

46253

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 18 - 24 enero 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Epoca - Núm. 529 Depósito legal: M. 58.69 - 1958



RIBADELAGO VOLVERÁ A VIVIR



**LA GARGANTA
ES EL PUNTO
VULNERABLE**

Lo proclaman las estadísticas. En Norteamérica, cuna del Antiséptico LISTERINE y modelo de prácticas higiénicas, hay menos afecciones gripales que en otros países no tan escrupulosos sanitariamente.



Todos esos microbios que ustedes ven ampliados, están en la garganta; de no matarlos ahora, en cualquier momento le producirán la infección. En cambio, gargarizando con este poderoso germicida noche y mañana, eliminará probabilidades de peligro.



Millones y millones de microbios como los que aparecen en estas preparaciones microscópicas, llamados "invasores secundarios": STREPTOCOCCUS HEMOLYTICUS, BACILO DE FRIEDLANDER, STAPHYLOCOCCUS AUREUS, ETC.,

viven en la boca y garganta esperando la oportunidad de atacar los tejidos. A la vista de este cuadro, se comprende la importancia de usar LISTERINE para matarlos.



**ANTISEPTICO
LISTERINE
DESINFECCION BUCOFARINGEA**

RIBADELAGO VOLVERA A VIVIR



El Gobierno estuvo presente desde el primer momento en Ribadelago en la persona del Ministro de Obras Públicas

OLABA el camión por la carretera. Aun no había despuntado el sol. Sólo una claridad de humo se alzaba tras las crestas en sombra de la sierras de Cabrera. Los faros comenzaron a palidecer, amarillentos en el blanco puro y el cobre de los robledales, todos emplumados de escarcha como árboles de nacimiento.

Volaba el camión. Había que sujetarse con fuerza a la baranda de la caja para no salir despedido en una curva, tomadas todas por el condenado del chófer con el pie clavado en el acelerador. Había que agarrarse con fuerza también para apretar con saña los dedos y tratar de deshelarlos. El viento frío del camino calaba en limpio los guantes y se metía por las solapas levantadas del abrigo, arañando con rabia la nuca y las orejas.

Un frenazo. En una vuelta de la carretera tres hombres hacían

señales. Sin mediar palabra, un momento después estaban en lo alto de la caja, frotándose las manos.

—Buenos días nos dé Dios.

Eran tres pastores; tres pastores de chaleco peludo de piel de cabra, pantalones amarrados con tomita a las piernas y ojos sabedores de vientos y lluvias barruntados por los guiños de las estrellas.

—Buenos días.

Tras la arrancada, el chófer se tiró sin miedo y sin frenos otra cuesta. El viento pelado volvió a pegar en la cara aún más duro, haciendo saltar las lágrimas.

Fría venía la alborada, fría y triste no sólo de saber adonde íbamos. La neblina de las vaguadas del Tera, el blanco de los campos escarchados y las manchas azulinas de la nieve en los picachos, que ya se columbraban en un cielo de leche, metían tris-

teza rara en el pecho. Nadie hablaba.

«SE HA HECHO TODO
LO QUE SE HA PODIDO»

Otra parada. Ahora fueron cinco hombres los que saltaron por las ruedas gemelas del camión. Eramos ya quince, con los siete que subimos en el puente de Puebla de Sanabria, al lado del Parador.

Don Jorge Vigón, desde los seportales, nos vió partir. Iba él a misa temprana; después, a Madrid. Había visto ya lo que tenía que ver. Había trepado el día anterior desde Ribadelago a la presa Vega del Tera. Había hablado con las gentes que tenían los cadáveres de sus hijos y sus mujeres entre los cascotes de las ruinas o vagando por las entrañas del lago de Sanabria. Había dado apretones de mano en silencio y órde-



Una pasarela levantada sobre el río por los ingenieros militares

nes tajantes a uno y a otros de lo que se podía hacer, de todo lo que humanamente se podía remediar.

Quando vi al Ministro en el Parador leí al momento en sus ojos la verdad tremenda de lo que había ocurrido en Ribadelago.

—Se ha hecho todo lo que se ha podido. Es una catástrofe horrible. Nadie puede prever una cosa así.

Había en las palabras cansancio, piedad, algo de oración. Cuando le pregunté por las causas del desastre, la voz del Ministro se hizo seca:

—No se puede anticipar nada. Se está haciendo una investigación minuciosa. Hasta entonces no sabemos otra cosa sino que un pueblo español necesita ayuda urgente.

La ayuda estaba en marcha. Detrás de nuestro camión, otro cargado de gente nos pedía paso. A poco, adelantamos a una camioneta con más de veinte hombres encima. Detrás venía una docena de camiones más.

La mañana ya estaba abierta. Las cumbres fueron encendiendo de oro limpio las nieves y a poco levantaron las neblinas del Tera. El lago quedó a la vista. Al fondo, las lomas de Ribadelago, de lo que hace dos días era un pueblo de quinientas almas.

La raya de las aguas, quietas desde la distancia como un espejo, doblaban el horizonte de sierras. Bello era el paisaje; bello el cementerio terso donde descansaban las víctimas de Ribadelago.

—Ahí tienen que estar, sepalo usted; ahí tienen que estar. El agua se lo llevó todo con la tromba. No dejó otra cosa sino las piedras.

El agua se lo llevó todo. En la playita del lago que serpea la carretera aparecen los primeros restos flotando: tablonés, vigas, ba-

rriles, bidones, lajas y astillas apelmazadas...

EL SOLITARIO

La carretera se hace lenta. Por aquí estuvo cortada durante la madrugada trágica. El camión, dando tumbos, se mete por un barrizal helado donde las ruedas no pueden salir de los surcos abiertos antes por centenares de coches. A la derecha queda una planicie que llega hasta la misma ribera. Fue ésta la zona de huertas del pueblo.

—Vea a ese hombre. ¿Lo ve allí, ahí en medio, solo? Perdió a su mujer y a dos hijos. Los está buscando. No quiere irse a Benavente con los demás. Es terco

No sé que da ver al desgraciado, vagando solitario por medio de los charcos helados, empeñado en algo seguramente estéril.

El camión no sigue, no puede seguir más. En los diversos altos del camino se fueron sumando gente. Ibamos ya repletos. Ahora todos echan pie a tierra.

—¡A ver! Los barqueros que vengan conmigo Ustedes por allá, a la brigada del pueblo. Los demás que se junten con los del otro camión.

Y los barqueros acuden a preparar sus lanchas para guiar a los diez «hombres-rana» venidos de Madrid en la macabra búsqueda por las frías entrañas del lago.

Todavía queda por llegar al lugar de la catástrofe. La carretera embarrada, las huertas arrasadas sin el más leve rastro de cultivo dicen bien del torbellino de las aguas. En medio de la pequeña llanura, el coche de viajeros de Auto-Res, tumbado a seiscientos metros del garaje donde estaba.

UN CENTENAR DE HOMBRES TRABAJA ENTRE LAS RUINAS

La Guardia Civil corta el paso.

Una línea de coches, de camiones, está formado al lado del camino. Bien que madrugó la gente. Pasan soldados, al mando de un capitán, con picos y palas al hombro. Se habla poco. Las caras, están apretadas, con barba de dos días. Cada grupo va a lo suyo, a su faena, a su tarea de descombro en busca de cadáveres o de recuperar lo poco que quedó intacto.

En un edificio al lado de la carretera, un letrero: «Escuela Nacional de Ribadelago». Es una casa bonita de una sola planta amplia, con una escalinata a la entrada. Está casi intacta por la fachada. Por un boquete enorme en la pared lateral de la escuela todavía miro. Debe ser la vivienda del maestro. El agua entró en el edificio, por la espalda. Camas de hierro, retorcidas, armarios volcados hechos trizas, paredes derruidas, sillas como aplastadas por una maza enorme, todo en medio de barro, de montones de barro.

Sigo rápido adelante. Me voy derecho al pueblo. Dejo atrás las ruinas de otra casa frente a la escuela, la casa de la que han contado los periódicos cómo la gente del primer piso se salvó y las del bajo perecieron ahogadas.

El río Tera está por medio. Cruzándolo, dos puentes militares de siete flotadores cada uno montados por un pelotón de ingenieros llegado de Salamanca. En frente, en la ladera de una colina de peñascos, una torrencera de piedras grises. En lo alto, algunas casas. Es lo que queda de Ribadelago.

—Vaya con cuidado—me dice el soldado de vigilancia en el puente— Sólo un hombre en cada tablero, no hay por qué cargar los flotadores.

Dejo pasar a diez obreros, todos con su pico al hombro. Me llega el turno. Cruzo cuidando no resbalar con la escaracha sobre la madera.

En la otra orilla, desde la primera luz, trabajan los soldados.



El helicóptero vuela sobre la zona siniestrada de Ribadelago

Un centenar de hombres repartidos en brigadas desbrozan varios árboles desgajados que dificultan el acceso a las ruinas. Pero ¿por dónde entrar? No hay calles, no hay senderos, no hay otra cosa sino piedras amontonadas, lajas de pizarras de lo que debieron ser los techos de las casas. Y entre las ruinas, trozos de camas, platos rotos, ropas empapadas de barro, cuadros de santos, herramientas de laboreo, zapatos, pedazos de muebles... A veces una fotografía ante el carro, una prenda cualquiera, un muñeco roto...

Con las manos en los bolsillos, un hombre como de unos cuarenta años pasea por las ruinas, saltando de piedra en piedra. Tiene el rostro torcido y habla solo:

—No sé ni adónde voy a ir. No sé ni adónde voy a ir. No sé ni adónde voy a ir...

EL CAÑONAZO DEL AGUA

Me habla Martín, el alcalde pedáneo de Ribadelago:

—El agua vino de allá, de aquella garganta. Chocó con el pueblo y se repartió en dos ramas. Por donde usted ha venido se llevó en limpio el puente de cemento y destruyó la escuela. Por el otro lado la tromba acabó con las casas de la parte baja del pueblo, embistió contra la iglesia, para desahogar en el lago.

Martín Fernández es hombre de aspecto sano y recio, con el pelo blanco. Lleva tres noches sin dormir. No tiene sueño ni quiere tenerlo. Le doy la mano y dos lágrimas le caen rodando por la cara. Se echa a llorar como un niño. Las manos siguen estrechadas, en silencio. No puedo preguntar nada. Le dejo y él corre, saltando por los riscos de las

ruinas, a unirse a las brigadas de descombro.

Fué un cañonazo. Sí; debió ser un formidable cañonazo continuo de agua durante unos diez minutos. Se ve claro desde lo alto de las ruinas, mirando la garganta de roca que enfilaba el pueblo. Ocho millones de metros cúbicos se precipitaron sobre Ribadelago saltando en limpio la planicie del Valle del Tera. En los árboles de la ribera dejó primero su huella. Un haz, un cono de desolación en la arboleda con el vértice hacia la garganta pelada del monte señala el camino de muerte del torrente. Debía traer el torbellino cascotes de los sesenta metros de cemento que se llevó de presa, árboles arrancados de cuajo y grandes trozos de roca viva, todo

rodando en pendiente cada vez mayor por los montes. Se estrelló contra Ribadelago y aplastó las veinticinco o treinta casas que halló en el frente, tras abrir el ancho surco de la arboleda. Los cascotes, los árboles descuajados, el turbión entero se abrió entonces en remolino por las dos ramas de muerte que decía el alcalde. Sólo así se explica que las casas de la parte alta quedaran casi intactas y que un buen número de personas tuviera tiempo justo para abandonar sus hogares y salvarse trepando rápidamente a lo alto. Eran las doce y cuarto de la noche.

La noche de la catástrofe fué inenarrable. Pasado el turbión, las aguas del lago subieron varios metros inundando la carretera. El teléfono estaba cortado, lo mismo que el suministro de energía eléctrica. No había enlace alguno con otros pueblos. Los supervivientes,



Las líneas telefónicas fueron reparadas en los primeros momentos



El trabajo entre las ruinas de lo que fué el pueblo de Ribadelago

agrupados en la parte alta de Ribadelago, desconcertados, no pensaban la mayoría sino en huir del lugar del desastre. El párroco, don Plácido Esteban, había quedado al otro lado del río sin puente, pues

tenía su casita en el poblado inmediato de la central hidroeléctrica próxima, intacto sólo por la dirección exacta de las aguas de Ribadelago.

Sin embargo, en el desconcier-

to de la noche sin luz, hubo quien se sobrepuso al drama y al momento pensó en los heridos, en los desgraciados que podían aún sobrevivir entre los cascotes de las ruinas. El vecino Antonio Fernán-

BASE POLITICA

UN Estado necesita, sin duda, apoyarse en la existencia de un ordenamiento legislativo. Pero el ordenamiento legislativo, el Derecho, no es su sólo y único soporte. El Estado reclama, además, una medula política, necesita contar también, en su base, con la ancha y firme sustentación de una opinión o un programa político, mediante los cuales la sociedad le apoya. Esta base política del Estado puede fabricarse con técnicas distintas. Puede ser, y este es el caso de los Estados liberales, una base constituida por el mosaico inconsistente de la multiplicidad de los partidos políticos. Puede ser, y este es el caso de los Estados que han superado la inestabilidad liberal, una base formada por el firme cimiento de una unidad política social, que admite el juego de diversos matices de opinión, dentro del general asentimiento a unos principios que se establecen, se estiman y se aceptan como normas constituyentes, como principios fundamentales.

El nuevo Estado español es un claro ejemplo de esta segunda modalidad estatal. Ha superado la vieja arquitectura de los Estados dédicomóni-

cos y alza su mecanismo gobernante sobre la base de la unidad política social. Esta base es el Movimiento, cuya estructura y cuya finalidad se definen con absoluta precisión en el mensaje de fin de año de Su Excelencia el Jefe del Estado:

"Dentro de la amplitud de las ordenanzas doctrinales del Movimiento, caben, sin discriminación de procedencia y estamento, todos los españoles que por sus actividades en el ambiente privado, familiar y profesional, responden con generosidad a la llamada del sacrificio diario por la Patria; pero hay que hacer una discriminación entre el Movimiento Nacional, que comprende a todos los españoles, y el servicio de este Movimiento, que, requiriendo una actividad política, como en todos los países, es tarea de minorías, pues no todos aman el servicio político cuando éste entraña sacrificios. Los principios todos del Movimiento han de ser aceptados y de modo especial han de servir de norma y norte a quienes asumen función de servicio."

Trazadas así las líneas maestras de la organización del Movimiento, y afirmada plenamente la necesidad de

la aceptación general de sus principios inspiradores, la finalidad política esencial del mismo se concreta en estas otras palabras del mensaje:

"Una política nacional que merezca este nombre necesita mirar al futuro, señalarse metas ambiciosas y movilizar los medios todos para alcanzarlas. Un movimiento ha de pugnar y esforzarse sin descanso porque se realicen hasta el extremo límite que las circunstancias y los medios disponibles prudentemente permitan, cuantas aspiraciones están contenidas en su entendimiento del bien y el perfeccionamiento de la persona y de la sociedad. Aquí radica, en última instancia, la diferencia sustancial entre partido y movimiento, entre la adscripción a un programa y la fe operante ordenada a un quehacer nacional, entre una etiqueta política y un modo de ser y de actuar."

Resulta, pues, el Movimiento Nacional el instrumento esencial y primero de la actuación política de la sociedad en el marco del Estado, su base política, la que le configura como expresión estatal nueva, como verdadero Estado moderno.

dez, de veintitrés años, cuando aún las aguas no habían descendido, se lanzó a las ruinas y empujando maderas y levantando cascotes, rescató a una familia entera antes de que su hogar se derrumbara del todo. Un hombre, a quien no he podido localizar, salvó uno por uno a sus siete hijos, el último de ellos ya con el agua al pecho. Cuando estaba a salvo, se lanzó de nuevo al agua para rescatar a una madre con su hijo de pocos meses.

No fueron éstos los únicos casos de heroísmo. Son sólo los que se saben. La mayoría de los hombres de Ribadelago que consiguieron salvarse intentaron rescatar a sus vecinos, sus amigos. No había luz. El cielo encapotado y con lluvia no dejaba paso ni a la tenue de las estrellas; no se veía a dos metros a la redonda; había que andar a tientas por los cascotes empapados de fango. Y abajo, entre la tempestad de piedras de las ruinas, no había otra cosa sino silencio.

Numerosos vecinos de Ribadelago trataban de hallar el camino del monte, al otro lado de la iglesia. Detrás se oía el resoplido feroz del turbión, agonizando en espiramarajos en el lago.

En una barca milagrosamente intacta, con la primera luz del día pudieron cruzar el Tera los técnicos y obreros de la Empresa. Con ellos estaba el párroco de Ribadelago, don Plácido Esteban Gallejo, que no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Entre los que atravesaron por vez primera el Tera desde la catástrofe había varios de la central hidroeléctrica que acudían ansiosos a ver qué había sido de sus familias y casas. Más de uno sólo halló un montón de piedras mojadas entre las lajas de pizarras del techo.

El pueblo estaba casi desierto. A el casi centenar y medio de muertos y desaparecidos se había unido la desbandada de la mayoría de los supervivientes. Un pánico espantoso alimentado durante toda una larga noche de frío y lluvia constante, se había adueñado de las pobres gentes de Ribadelago. Nadie comprendía de una manera clara lo ocurrido; temían de un momento a otro que una nueva tromba de agua se precipitase sobre el pueblo, arrasando lo poco que había quedado en pie.

URGENCIA EN LOS PRIMEROS AUXILIOS

La crecida del lago de Sanabria y el sordo ruido del turbión, junto con el corte del fluido eléctrico, habían hecho temer en los pueblos vecinos de Galende y Mercado del Puente por la suerte de las gentes de Ribadelago. Al amanecer los fugitivos del pueblo a través del monte, por el camino del cementerio y la iglesia, llegaron a estos pueblos con la noticia del drama. Inmediatamente se organizaron brigadas de socorro y comunicaron con Puebla de Sanabria por teléfono. A Zamora llegó la noticia en las primeras horas de la mañana, lo mismo que a Orense. Al instante el Gobernador Civil de la provincia se desplazó a Ribadelago, lo mismo que el comandante militar.

La primera medida tomada fue la requisita de camiones de todo el



En barcas se atraviesa el río Tera



El Ejército y la Guardia Civil actuaron con eficacia



Una caravana constante de camiones en el camino de Ribadelago

contorno, el llamamiento a la población civil para los trabajos de descombro, a la par que el comandante militar cursaba orden al Regimiento de Infantería Toledo, de guarnición en Zamora, para el envío urgente de un centenar de soldados en camiones para los trabajos de descombro y de varias barcas para vadear el río sin puente. Por su parte, el Gobernador Civil telefónicamente reclamaba los servicios de la Sección Femenina y Auxilio Social de Zamora para el establecimiento de una cocina ambulante en Ribadela, además de ambulancias, servicios médicos, bomberos, Cruz Roja, etc.

Antes del mediodía ya estaban funcionando en el pueblo todos los servicios reclamados, y salía de Madrid el primer camión de Cáritas. Los soldados, unidos a los vecinos de los pueblos y a los obreros de la Empresa hidroeléctrica, que puso todos sus hombres para lo que fuese necesario, consiguieron rescatar los primeros cadáveres de entre los escombros. Por su parte, la Sección Femenina se hacía cargo de los niños huérfanos, de los ancianos, de las mujeres que no se sentían capaces de otra cosa sino de apretar el pañuelo contra sus ojos y desahacerse en lamentos, efectuando las primeras entregas de ropas y alimentos venidos de Zamora y Orense.

Los directivos de la Empresa abrieron las puertas de su economato en el vecino poblado de la central eléctrica a todos los afectados por la catástrofe. Inmediatamente, los camiones cargados de víveres procedentes de Puebla de Sanabria, donde las panaderías recibieron orden de fabricar todo el pan que fuese necesario.

COLABORACION CRISTIANA POR PARTE DE TODOS

El Gobernador Civil, el Militar, los Alcaldes de pueblos vecinos y los oficiales del Ejército y Guardia Civil se mostraron todos de acuerdo en que era de todo punto necesario evacuar a los supervivientes, en especial a mujeres y niños. No podían continuarse los trabajos en medio de un desconcierto de llantos, de gente que quería por su cuenta efectuar trabajos de descombro, además de la necesidad que se imponía de dar cobijo a tanta familia sin hogar.

La requisita de camiones y autobuses—requisita que no fue necesario llevar de una rigurosa manera oficial, ya que todos los vehículos de la comarca acudieron espontáneamente al llamamiento—resultó en extremo útil. El deseo de huir del pueblo inundado ante la amenaza de una nueva riada, en este caso se volvió ahora en favor de lo que convenía hacer. No hubo que forzar a nadie para dejar atrás el pueblo. Rápidamente fueron trasladados mujeres y niños a Mercado del Puente, donde radica el Ayuntamiento de Ribadela, ya que éste tiene sólo Alcaldía pedánea. A las mujeres y niños siguieron los hombres, en especial los más deprimidos por la catástrofe.

Hacia la media tarde, tanto los vecinos que quedaron en el pueblo como los refugiados en



Familiares de las víctimas atendidos en Zamora y otros lugares de la provincia

Mercado del Puente recibieron nuevos auxilios de ropa y comida. En tanto se disponía el traslado de los refugiados a los diversos centros benéficos y de asistencia social de la provincia, Veinticinco mujeres y niños quedaron alojados en la Residencia Sanatorial «Rodríguez Chamorro», del Frente de Juventudes; otro número igual fué acogido en la Universidad Laboral de Zamora; quince en la residencia «Ramiro Ledesma», del Seguro de Enfermedad, y veintidós niños y niñas en el Colegio Nuestra Señora del Tránsito, también de la capital. Otro importante grupo quedó alojado en el Hospital Provincial.

Por otra parte, 83 refugiados fueron trasladados al pueblo de Benavente, siendo albergados en la Policlínica Regional de la Diputación y en otros centros benéficos. El resto de los damnificados encontraron nuevo hogar en los domicilios de diversas familias zamoranas, que se ofrecieron a las autoridades en generoso y cristiano rasgo.

La provincia entera de Zamora y las vecinas de Orense y León recogieron prontamente la llamada de auxilio de Ribadela. La actitud abnegada de las gentes de los pueblos de Galende, Mercado del Puente, Puebla de Sanabria, Portas, etc., era la misma que la de las tres provincias enteras volcadas en un pequeño punto a la orilla del «Mar de Castilla».

—No ha sido necesario tomar una sola actitud violenta contra nadie—me dice el comandante militar de Zamora—. No he hallado más que comprensión y verdadero deseo de colaborar en todas partes.

En este plano de colaboración cristiana hay que resaltar la ejemplo rdisposición de la Empresa. El Consejo de Administración de la misma, casi en pleno, se trasladó hasta el lugar de la catástrofe para apreciar los daños. Al momento el presidente dió orden a todas las brigadas de obreros que se pusiesen a disposición de la autoridad militar para los trabajos de descombro.

UN CEMENTERIO OCUPADO CON UN SOLO ENTIERRO

Mientras se efectuaban los tras-

lados de refugiados, el Ministro de Obras Públicas, acompañado del Subsecretario de Gobernación, los directores generales de Beneficencia, Obras Hidráulicas y Guardia Civil, además de otras autoridades nacionales y de la provincia, se disponían a subir peñas arriba hasta la presa siniestrada.

Doce kilómetros de monte, gran parte cubierto de nieve, fueron remontados en caravana sin descanso hasta llegar al lugar mismo origen del drama, teniendo a veces que dejar en los ventisqueros helados a las adiestradas caballerías de las comarcas, incapaces de salvarlos.

Al regreso de las autoridades de la inspección ocular de la preta se procedió al entierro en el pequeño cementerio de Ribadela de los dieciséis primeros cadáveres hallados, quedando el placido recinto casi totalmente ocupado con las inhumaciones. Los restos de una mujer y una niña, por deseo de sus familiares, fueron trasladados a Zamora.

Un sol sangriento alumbraba en la tarde la patética escena. Soldados, obreros de la Empresa, autoridades, lugareños de los pueblos vecinos portaron en sus hombros los féretros y escucharon cara a la tierra la oración póstuma de los responsables. Pero había que continuar los trabajos.

En la mañana siguiente se zambulleron en las frías aguas del «Mar de Castilla» los diez hombres-rana del C. I. A. S. de Madrid, que ofrecieron sus servicios a la Dirección General de Seguridad. También se redoblaron, si cabe, los esfuerzos de las brigadas de descombro, pues se apuntaba el riesgo de insalubridad por las muchas horas transcurridas desde la noche trágica. Las ambulancias del Servicio de Desinfección de la Jefatura Provincial de Sanidad, al otro lado del río, estaban listas para intervenir en caso necesario.

Para aminorar el riesgo de in-

fección, la autoridad sanitaria ordenó la cremación de todos los animales muertos. Hasta entonces nadie se había preocupado demasiado de los cadáveres hinchados de 200 vacas y otras tantas cabras y ovejas, que hasta sólo hacía unos días fueron la principal riqueza de los pacíficos lugareños de Ribadelago. La baja temperatura reinante fué retrasando la descomposición, pero se imponía la purificación del fuego. Y grandes fogatas, alimentadas de roble, levantaron hasta el cielo sus columnatas de humo lento, esparciendo por el ambiente el acre olor de las catástrofes.

De todas partes del mundo se reciben muestras de pesar. La catástrofe ha impresionado vivamente no sólo a España. Las gentes del valle de Conway (Inglaterra), que en 1925 sufrieron una catástrofe similar, han enviado un telegrama de condolencia. El pueblecito de Doigaarog quedó totalmente arrasado al romperse una presa. Docenas de cadáveres fueron arrastrados por las aguas; lo mismo que en Ribadelago, no tuvieron tiempo de ponerse a salvo.

Italia ha sufrido también varias catástrofes motivadas por las presas. La más grave de todas fué la de Plenio, en 1917. Nunca se logró saber las causas del desastre. Con un estrepito formidable, las aguas arrasaron varios pequeños poblados. No fué posible siquiera determinar el número exacto de víctimas, que superó los dos centenares.

En los Estados Unidos también se han registrado accidentes de este tipo, todos igualmente envueltos en el misterio. La presa de San Francisco, próxima a Hollywood, saltó en pedazos en 1928, inundando una gran comarca. El balance de víctimas ascendió a 450 y más de 700 viviendas quedaron destruidas.

LA AYUDA A LOS DAMNIFICADOS

El organismo distribuidor de socorros lo forma una Junta como directa reemplazaria de los donativos, integrada por el Gobernador Civil, el Presidente de la Diputación, el Alcalde de Zamora y los representantes de los Ministerios de la Vivienda, Gobernación, Trabajo, Agricultura y Secretaría General del Movimiento, en cuya incumbencia recaen los respectivos problemas que ha originado la catástrofe como consecuencia de los acuerdos tomados en el último Consejo de Ministros y la especial adopción del Caudillo del pueblo de Ribadelago.

Como se ve, la eficacia es la norma única inmediata. Los deseos de remediar con urgencia en todo lo humanamente posible el desastre ha sido la idea clave en la organización de la Junta de socorro.

El mecanismo de la ayuda ha funcionado desde el primer momento con la más exacta precisión, atento a los mínimos detalles, presto a cubrir las necesidades urgentes.

Se habla de un nuevo Ribadelago, un nuevo pueblo nacido al amparo de la adopción del Caudillo.

La fórmula está en estudio. En



Hombres que perdieron su hogar en Ribadelago fueron alojados en diversas residencias

tanto, Radio Zamora ha organizado una subasta similar a la famosa de Radio Juventud de Murcia tras la catástrofe de Valencia, y en la cuenta abierta en un Banco de Zamora se reciben donativos de toda España. Su Santidad el Papa ha enviado 100 000 pesetas junto con su paternal bendición, y los beneficios del partido Real Madrid - Atlético contra el Fortuna de Düsseldorf, por especial deseo de la patrocinadora del mismo, doña Carmen Polo de Franco, han sido destinados íntegros a los damnificados. Es el comienzo de una serie de ayudas oficiales y privadas para el pueblo de Ribadelago.

De conformidad con los acuerdos del Consejo de Ministros del día 9, veinticuatro horas después las autoridades de Zamora y los representantes ministeriales han abordado un plan conjunto para la recuperación de la zona y las familias afectadas por la catástrofe.

Las medidas adoptadas abarcan el montaje y sostenimiento del comedor colectivo de Ribadelago, la evacuación de ancianos, mujeres y niños sin alojamiento o ajuar; la reincorporación al pueblo de los varones útiles para el trabajo; vacunación de personas presentes en el lugar de la catástrofe, para

evitar el peligro de aguas contaminadas; suministro de piensos y pastos a animales; descombro y derribo de casas ruinosas a cargo de equipos que dispongan de material mecánico, palas excavadoras, etc.; estudio agropecuario y laboral de la capacidad de la zona y trabajos consiguientes de colonización.

Además reconstrucción del poblado y reasentamiento definitivo de sus habitantes por la Dirección General de Arquitectura y, finalmente, coordinación para la administración de subsidios, donativos, subvenciones que se reciban destinados a los damnificados.

Ante la desgracia tremenda, rápida y coordinadamente se han movilizado todos los auxilios.

Ribadelago volverá a vivir.

Federico VILLAGRAN
(Enviado especial)

Un grupo de niños supervivientes acogidos en un establecimiento benéfico de Zamora



SOBRE LA CENSURA

Por Juan ZARAGUETA

LA «censura» es una institución política ponderada por muchos, odiada por no pocos, pero a la que todos se acogen en momentos de grave crisis nacional o internacional. Los regímenes políticos que presumen de «liberales» o «democráticos» se glorían de no recurrir a ella más que en casos excepcionales; los otros hacen de ella un permanentemente resorte de gobierno. Veamos con toda serenidad cuáles son sus características y su razón de ser.

Ante todo, sabe la censura para la exhibición de cosas (verbigracia, la de escenas cinematográficas), de personas (verbigracia, de trajes más o menos procaces) o de hechos (los que por pudor se ocultaban). Se da también, y aún es lo único que ordinariamente se entiende por tal, la de palabras. Puede tener un sentido preceptivo (de obligar a alguno a decir algo) o prohibitivo (de impedirlo); esto último se llama más propiamente censura. Puede versar sobre la palabra oral o la escrita, que es la que se «somete a la censura», y contener simples conceptos o ideas o más bien juicios afirmativos o negativos o inductores a acciones u omisiones que el poder público estima «dignas de censura». Puede imponerse como censura previa o como censura posterior a las manifestaciones verbales, y ser en su extensión privada o pública, de todo el público o de un público determinado, señalado, verbigracia, por su grado de cultura inferior.

La razón que los panegiristas de la censura más esgrimen es la de que «el error no puede tener derechos, y que sólo los tiene la verdad». El arte se trata de la verdad ni del error en sí, sino de gumento, no obstante, cae fuera de la cuestión: no lo que los hombres —autoridades o súbditos— juzgan ser verdad o no, y en lo que pueden o no convenir: la unanimidad doctrinal se da rara vez entre los hombres (ello implica que, sea cualquiera favorecida por el régimen de censura). Tampoco es dudoso que nadie, ni autoridades ni súbditos, puede presumir de infalibilidad, con lo cual el problema de la legitimidad de la censura pudiera parecer insoluble. No obstante, y en el terreno práctico, puede y debe tener una solución.

Pero esta solución no habrá de ser absoluta o extremista —cual sería la de quien negara la existencia o cognoscibilidad de toda verdad o la conceptuara monopolio de determinados hombres—, sino prudencial, distinguiendo tipos y grados de verdad, clases y grados de evidencia, y de cultura, doctrinas y métodos de discusión, y finalmente, los intereses sociales en juego.

Hay verdades de pura información de hechos —de hechos naturales o sociales y de hechos doctrinales u opiniones vigentes— y de formación de un juicio explicativo o estimativo de los mismos como buenos o bellos para su prosecución, más o menos aproximada al ideal o desviada de él. Se dan verdades de un grado de evidencia tal que quien las niega pasa por ser anormal o loco, y otras de menor grado de evidencia o certeza, y por ello más discutibles. De esta discusión —que pueda afectar al fondo de la cuestión o al método para resolverla— son más o menos capaces los hombres por sus dotes personales o su grado de cultura para formarse un criterio propio o necesitar del ajeno: así como hay clases económicamente débiles, las hay culturalmente débiles —y son la mayoría en uno y otro orden—, cuya tutela se impone a la sociedad: en ella estriba la principal razón de la censura.

Pero esta función tutelar habrá de tener en cuenta, sobre todo, el interés social de la verdad

o el error en cuestión. Adviértase que la exteriorización de un juicio cualquiera no implica para alguno interin no sea adoptado por el oyente, lo que depende de que lo encuentre fundado, ya por su propio criterio, ya por la autoridad que le merece el dicente, que es el caso más frecuente. Adviértase también que el interés por proteger no depende de la condición verdadera o errónea de tal juicio: hay verdades cuya profesión puede resultar dolorosa o funesta, así como la de ciertos errores puede ser grata o ventajosa, tal es el concepto «pragmático» de la verdad y del error que tiene un enorme valor en la vida sobre todo social. ¡Cuántas veces ocultamos y hasta desmentimos un juicio a pesar de saber ser verdadero para evitar un disgusto o una resolución disparatada a la persona que lo haga suyo, y la dejamos en la ignorancia o en el error que la hace feliz o sensata! El gobernante que tiene la responsabilidad de su pueblo en una grave crisis de su historia se guardará muchas veces de declarar toda su verdad, lo que pudiera frustrar su solución. Lo malo es que, siendo la censura arma de dos filos, puede también ser em-censura arma de dos filos, puede también ser em-

Un aspecto importante de la censura se halla en la libertad de discusión que ella parece extinguir o mermar, y con ello la condición normal del descubrimiento de la verdad entre los humanos, que es la colaboración social, por ser cada individuo incapaz de darse cuenta de todos los aspectos de un problema y necesitar de los demás para integrarlos con el suyo, y formar un juicio cabal de su solución razonable. El reconocimiento o la negativa de esta libertad de discusión recuerda la parábola del trigo y de la cizaña en el Evangelio, en la que Jesús disuade de entrar a saco para cortar ésta, «no sea —dice— que al intentarlo acabéis también con el buen trigo». Así, la pretendida extinción del error puede acabar con la invención de la verdad auténtica, como la prohibición a alguien de que se caiga, pueda hacer que no llegue a aprender a andar; cierta libertad de investigación es indispensable para respetarla a cohibirla, so pretexto de evitar peligros y extravíos. La vida es toda ella riesgo, y el no saber afrontarlo hace al hombre incapaz de progreso en su misión social e histórica.

Con todo ello se echa de ver que, en orden a la censura como institución ni a la denigración sistemática, sino un alerta al censor por sus posibles exageraciones al manejarla, de las cuales dependen sus aciertos o desaciertos, sus ventajas e inconvenientes. La prudencia o imprudencia del criterio del censor, con sus grados de rigidez o de flexibilidad mesuradas o excesivas, teniendo en cuenta todo lo que antecede y se aplica a cada coyuntura circunstancial, hace que la institución como tal sea provechosa o perjudicial para la vida individual y social. Esta condición del censor depende, a su vez, de su grado de educación cultural y política y de su conocimiento de la realidad en que vive y sobre la cual está llamado a actuar sin palos de ciego, sino con medidas restrictivas que los propios afectados por ellas sean los primeros en reconocer y agradecer al darse cuenta de su oportunidad. Un siglo de liberalismo desenfundado ha acumulado las ruinas doctrinales que todas las personas clarividentes lamentan en la hora actual, pero también permitido a favor de la libertad el alumbramiento de una cultura científica y técnica que es el honor de nuestra edad. Evitar aquellas ruinas sin atajar estos avances habrá de ser el difícil pero necesario cometido de toda censura razonable. A él habrá de contribuir la educación intelectual de los funcionarios encargados de la censura, quienes, sin ser especialistas en ninguna rama de la cultura, deben poseer sus principios generales y como la sensibilidad de toda ella y de la extremada delicadeza con que ha de ser tratada; así como de las exigencias de la justicia intelectual, consistente en dar a cada uno lo suyo en la interpretación y la valoración de su pensamiento. Precaución interesante al efecto habrá de ser la de hacerse cargo de los equívocos que trae consigo el lenguaje para limitar las responsabilidades a su empleo más atemperado al medio social cuando se expone a desorientarse en orden al auténtico pensamiento de un autor. Finalmente, a esta disciplina de la censura oficial habrá de precederle en el mismo sentido de la autocensura de los censurados, que presumen no pocas veces de una absoluta libertad de pensamiento y de palabra, no siempre conducen a la verdad, pero a menudo perturbadora de la convivencia social.

LIBIA

CITA DE LOS BUSCADORES DE PETROLEO



Una patrulla de la Policía en el desierto de Libia

UNA ESPERADA RIQUEZA QUE CAMBIARIA LA FAZ DEL PAIS

RECUERDOS DE ESPAÑA EN TRIPOLI

LIBIA se ha convertido de unoy meses a esta parte en centro de atracción de los buscadores de petróleo. Por las calles de Trípoli circulan «jeeps» y camiones pesados que enfilan las pistas que conducen hasta los campos de sondeo. Se ven por todas partes hombres con bien poblada barba, quemados por el sol del desierto, que han llegado al país con largas esperanzas de encontrar el combustible. La secular batalla entre arena y agua es ahora lucha por el petróleo. Esta palabra suena en todas las lenguas y en todos los lugares de Libia.

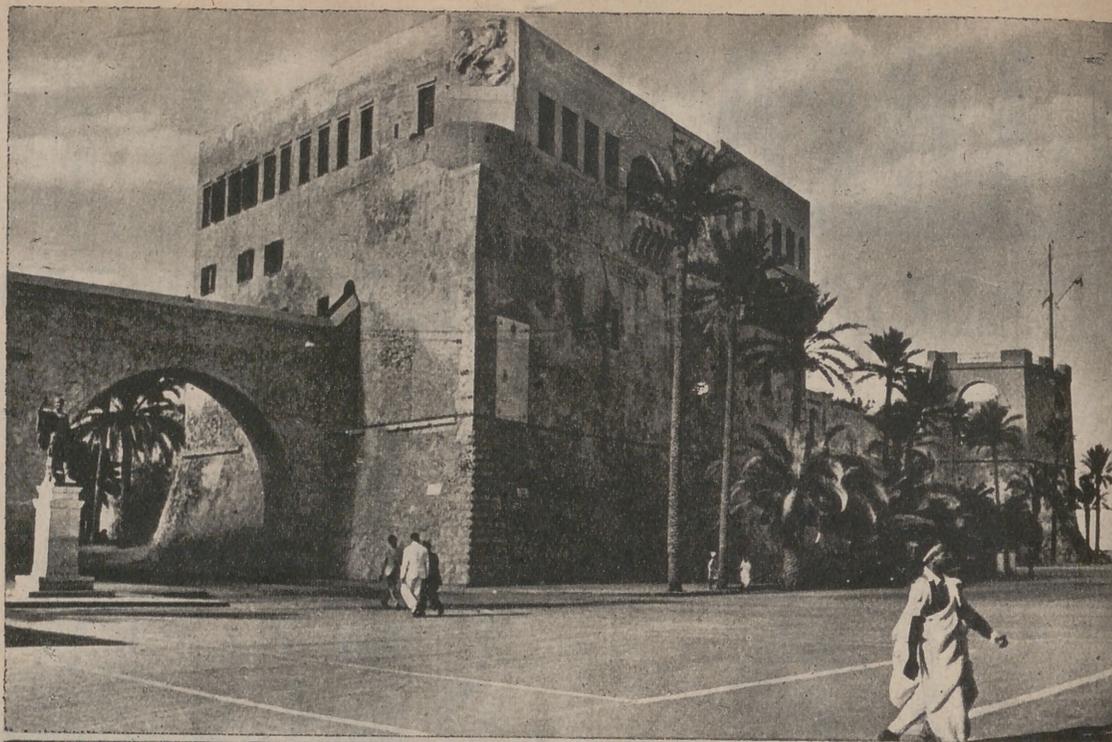
—En Fezzan sigue saliendo petróleo, mezclado con fuertes cantidades de gases.

—Las perforaciones al Este de

Sebha acaban de ser abandonadas, estábamos trabajando en un agujero vacío.

—Los que andan por la región de Bdea han alcanzado ya los siete mil pies de profundidad y tropiezan con roca.

Es como en tiempos de la conquista del Oeste americano, con la sola diferencia de que es otra clase de oro la que se busca. Y con la diferencia también de que antes bastaba valor y un simple pico para descubrir los escondidos tesoros y ahora se requieren técnicas y considerables inversiones de capital para tentar la fortuna. Son los nombres de las grandes Compañías internacionales los que encabezan la aventura, y a su amparo trabajan noche y día, con fe-



De la presencia de España en Trípoli queda este magnífico castillo.

bril esfuerzo, hombres venidos de los cinco Continentes.

Al margen de esta dramática búsqueda están 1.100.000 libios. Ellos siguen con ilusiónada, espera el resultado de la gran batalla del petróleo que se libra sobre su país. Se limitan a oír las noticias de los que van llegando procedentes del desierto. Confían en que pronto los descubrimientos de reservas cambien la situación económica de su patria, que desde el año 1951 se cuenta entre las naciones de los años 1951 se cuenta entre las naciones independientes.

—Para darse exacta cuenta de la importancia que tiene para Libia el descubrimiento de petróleo basta decir que en la actualidad el país no podría subsistir sin la ayuda económica extranjera. El presupuesto anual de gastos del Estado asciende a unos 50 millones de dólares y los ingresos se limitan a 19 millones. La diferencia viene siendo cubierta con aportaciones de otras potencias—explica un banquero de Trípoli.

Estados Unidos es la potencia que ha echado sobre sus hombros el compromiso de ayudar a Libia en su economía. Gran Bretaña también contribuye con unos diez millones de dólares anuales. Esta situación viene a demostrar que estos antiguos territorios italianos no constituían precisamente una fuente de enriquecimiento para la metrópoli. Al contrario, es suficiente poner los pies en Trípoli o recorrer los alrededores para tener la evidencia de la grandiosa obra realizada por Italia durante los treinta años escasos que estuvo Libia bajo su pabellón.

LA OBRA DE ITALIA, EN FIE

Si Italia no tuviera otros títulos de nación civilizadora, bastaría repasar su labor en los territorios que constituyen ahora el Reino Unido de Libia para situar-

la entre los primeros pueblos colonizadores. Sería también negar la evidencia, si no se apuntase en el haber del régimen de Mussolini la gigantesca tarea realizada sobre la tierra estéril de Tripolitania y Cirenaica. Porque fué precisamente en esos años cuando Italia volcó en ese desierto su genio, sus ahorros y su trabajo. Y también, hay que decirlo, muchas vidas en la generosa empresa de hacer habitables y productivos 1.750.000 kilómetros cuadrados de esos territorios africanos. Más de tres veces la extensión de España.

La obra de Italia está en pie, a pesar de la guerra y de otras medidas adoptadas con posterioridad. Trípoli es hoy una de las más hermosas ciudades mediterráneas. Se abre en amplia curva sobre la costa y da frente al mar con el paseo «Afrían Pelt». Son miles de palmeras entre jardines artísticamente trazados. Detrás se alinean los grandes edificios de los Bancos, hoteles y oficinas públicas, todos pintados de blanco con amplios ventanales al cielo mediterráneo.

Centro de la ciudad es la airosa catedral católica. Ante su fachada principal hay una vasta plaza porticada. De allí arranca la gran vía que antes se llamaba Coso, con sus aceras cubiertas por soportales que traen a la memoria muchas de nuestras castizas plazas mayores. En torno a este eje urbano, está el centro comercial de la ciudad, y por allí siguen desarrollándose las actividades de la colonia italiana que ha quedado en Trípoli. En el año 1938 habitaban la ciudad 40.000 italianos; hoy ese número se ha reducido en más de la mitad.

Las mejores tiendas, los más cómodos cafés y los mejores establecimientos hoteleros siguen siendo, en su mayoría, propiedad de italianos. Donde el éxodo adquirió mayores proporciones fué entre

los agricultores que poblaban las colonias agrícolas. Entre ellos es donde el drama de la repatriación adquirió más conmovedora amplitud. Hoy en día quedan muy pocas familias de aquellos que iban llegando a Tripolitania para hacer el milagro de convertir tierras secas y estériles en los fecundos oasis que son ahora los alrededores de la ciudad.

SIN TIEMPO PARA LA SIEGA

Fué en 1938 cuando la colonización alcanzó su apogeo. Ese año llegaron a desembarcar en Trípoli, en una misma expedición, más de 20.000 italianos. Antes, el Gobierno había construido pueblos enteros y había alumbrado aguas para los cultivos y trazado carreteras. Cada familia tenía su casa preparada con muebles, alimentos en la despensa y utensilios para el trabajo. Además, disponía de un crédito para atender sus necesidades hasta que las tierras recién roturadas y los árboles plantados pudieran dar las primeras cosechas.

—El pueblo de Sabrata era antes un arenal; hoy da espléndidas recolecciones de naranjas, limones y aceitunas—dice Hugo Petri, que se ha quedado en la localidad al frente de su establecimiento de bebidas.

La plaza central del pueblo es un jardín, a la sombra de esbeltas palmeras, con macizos de mimosas y gladiolos. En un extremo se alza la iglesia católica, y en el otro, una mezquita. La escuela y el Ayuntamiento también se hallan en la plaza.

—Ya no hay apenas italianos en Sabrata. Todos se fueron. Hace pocos días, una familia que quedaba, vendió su casa con el mejor jardín de la comarca. Sacó solamente 2.000 libras. Da gloria ver esa finca—explica Hugo Petri. Sabrata está a 80 kilómetros de

fué también construída por nuestros compatriotas para el culto católico. Ahora aquella fortaleza de imponente traza militar se ha habilitado como Museo Arqueológico y de Historia Natural. Sus patios y jardines interiores constituyen una de las principales reliquias del pasado.

Fué Carlos I quien ordenó la conquista de Trípoli para impedir que sirviera de refugio a los piratas. Pedro Navarro se apoderó de la ciudad en 1510, y el año 1530 fué entregada a la Orden de San Juan por el propio Emperador. No consiguieron retenerla largo tiempo, pues en 1551 fué tomada por los turcos, y las tentativas hechas por Felipe II para reconquistarla no dieron resultado.

De esta manera Libia fué parte del Imperio otomano hasta 1912, año en que pasó a depender de Italia. En 1942 fué ocupada por los ingleses, que la administran hasta su independencia. El Reino Unido de Libia se establece en 1951, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, adoptando la forma de Monarquía constitucional. Mohamed Idris El-Senussi es el primer Monarca y él que reina en la actualidad.

Libia es una Federación de tres provincias: Tripolitania, Cirenaica y Fezzan. A la cabeza de cada una de ellas hay un wali o gobernador, designado por el Rey; su misión es vigilar por el exacto cumplimiento de las leyes constitucionales y federales. Las provincias tienen sus propios diputados y ministros. El Gobierno federal posee atribuciones máximas en materia de Asuntos Exteriores, Hacienda y Defensa, y en las cuestiones que afectan a la totalidad del país. En el Congreso hay 35 representantes de Tripolitania, 15 de Cirenaica y cinco de Fezzan. El Senado lo integran 24 miembros, ocho de cada provincia.

Dato de interés es que Libia tiene oficialmente dos capitales: Trípoli y Benghazi. El Parlamento suele reunirse en la primera de ellas, y el Monarca reside casi siempre en la otra. En muy raras ocasiones el Palacio Real de Trípoli está ocupado por el Jefe del Estado.

TRADICIONES DE LA MUJER LIBIA

La gran mayoría de la población del país se halla concentrada en la zona litoral de Tripolitania. Se estima que del 1.100.000 libios, por lo menos 800.000 viven en esa comarca, que es la que ha alcanzado mayor desarrollo económico. La agricultura es la principal fuente de riqueza y la industria es prácticamente inexistente si se prescinde de unas salinas, de una fábrica de cervezas, de unos talleres para la elaboración de cigarrillos y de unas naves para conservar alimenticias.

La población oriunda de Libia está compuesta en su mayoría por bereberes, tuaregs y árabes; todos ellos profesan la religión islámica. Tanto en las ciudades como en las zonas del interior, los libios van vestidos con el «barracán», que es una especie de manta inspirada en las túnicas romanas. Sirve para resguardar del calor y del frío. Cuando sopla el



Un «jebbad» —aguador típico—, camino del pozo para extraer agua

viento Sur, el temible «ghibli», que arrastra las arenas del desierto en proporciones tan minúsculas que podrían introducirse en el interior de los relojes de pulsera, el «barracán» es una prenda de eficacia incalculable.

Esta manta goza de la estima de la población masculina y femenina de Libia. Las mujeres, casi sin excepción, se envuelven en ella y no dejan ver de su rostro nada más que el ojo izquierdo. La tradición les prohíbe rigurosamente descubrirse en presencia de personas extrañas; en todo caso es la boca la que jamás debe ser vista por otro varón que no sea el marido o los hijos pequeños.

La vida urbana no suaviza en modo alguno esa prohibición de descubrir los labios. Cuando las mujeres suben a un autobús o

tienen que valerse de ambas manos, muerden entonces los bordes de su «barracán» y de esta manera la manta sigue ocultando esa parte del rostro.

La mujer libia es cien por cien casera y procura salir muy pocas veces de su hogar. Sus viviendas suelen tener un patio inspirado en nuestras edificaciones típicas andaluzas. En la parte superior se alza una balconada. Hay proyección de plantas y macetas. El piso de arriba se destina únicamente a dormitorios. Entre la calle y el patio hay un vestíbulo, donde los amigos del marido se

Un aspecto de las salinas próximas a Trípoli





Los nómadas hacen aguada en los oasis

mo por su soberanía. Fueron tantos siglos de dominación extranjera sobre esos territorios que los actuales habitantes están acostumbrados a callar sus pensamientos y a no exteriorizar sus alegrías.

Por su importante situación geo-

gráfica, que le permite vigilar la navegación en el sur del Mediterráneo, los territorios que constituyen el actual Reino Unido de Libia fueron dominados por muchas naciones y razas. Fenicios, griegos, romanos, vándalos, bizantinos, árabes, españoles, turcos.

italianos e ingleses plantaron su pabellón en sus costas.

La presencia española en Trípoli no fué duradera; pero de ella queda constancia en la ciudadela, que se conserva en el centro mismo de la capital, dominando el puerto. La mezquita Pashá

MODERNIDAD Y EFICACIA EN EL MAR

SON los vigilantes del mar. Sobre el casco, las torretas, los tubos lanzatorpedos, las baterías, las ametralladoras, la marinería... Armas de guerra para funciones de paz. Esta es misión de Flota.

La seguridad de los mercantes, de los pesqueros, de los simples navíos de cabotaje se encuentra respaldada por la eficacia de la Marina de guerra.

La Marina de guerra viene a ser así: el arma poderosa sobre la cual se asienta, se afirma, la seguridad del mar. Heroísmo, abnegación y eficacia pueden ser, y son, los tres atributos básicos que resumen su espíritu. En los tres, la materia prima es el hombre, pero en los tres también el material juega su decisivo e importante papel.

El almirante Abárzuza ha expuesto en estos días las líneas generales para un amplio programa naval de mejora material de nuestra Flota de guerra. El almirante Abárzuza ha explicado la pronta entrada en servicio de nuevas

unidades modernas: la creación de centros de instrucción y adiestramiento para especialistas de la Armada; la entrada en servicio, después de modernizadas, de dos fragatas, cinco corbetas, dos minadores y siete dragaminas; la construcción de novísimas unidades aprovechando las experiencias obtenidas en la serie "Audaz"; la mejora de los servicios de la Escuela de Guerra Naval; de los óptimos resultados obtenidos por Centros de reciente creación, como el de Adiestramiento de la Flota en Cartagena y el de Rastreo de Minas en Baleares; el inmediato funcionamiento de los Centros de Defensas Portuarias en Cádiz, de Formación de Instructores en San Fernando, de Información y Combate en Cartagena y El Ferrol, el de Seguridad Interior en este mismo Departamento y el de Adiestramiento de Tiro Naval de Artillería en Cádiz.

El almirante Abárzuza también se ha referido al desarrollo de un programa de acción

social —encajado en las magníficas gestiones ya en camino logrado de la Junta Superior de Acción Social de la Armada— como complemento de ayuda y protección para el marino, no desvalido, pero si acosado por la necesidad o la desgracia.

Los vigilantes del mar, esos cientos de marineros de nuestra Flota de guerra —horas en claro de permanencia sobre el puente— serán en primer término los mejorados. Pero esta mejora redundará fundamentalmente en toda la actividad marinera de España. Nuestros barcos de pesca, nuestra Marina de comercio estará en un eventual caso dolosamente protegidos.

Y luego, las provincias, esas provincias cuyo mayor orgullo es ser puerto, casual o permanente, de los navíos de guerra, se sentirán más aun orgullosas y confiadas. Orgullo que así sabe la posesión de los mejores oficios en las dotaciones marítimas; confianza en la eficacia de unos navíos, última palabra de las técnicas del mar.



Una calle típica de Benghasi. Arquitectura clásica del Africa del desierto

Tripoli, en dirección a Túnez, sobre la costa. Hasta llegar a esa localidad, la carretera atraviesa infinidad de pequeños pueblos contruidos por los italianos. Los campos son verdaderos oasis de vegetación, con tierras admirablemente cultivadas. Los libios han sabido recoger la herencia y trabajan con celo las fincas, cuidan las propiedades y mantienen las calles en perfecto estado de limpieza.

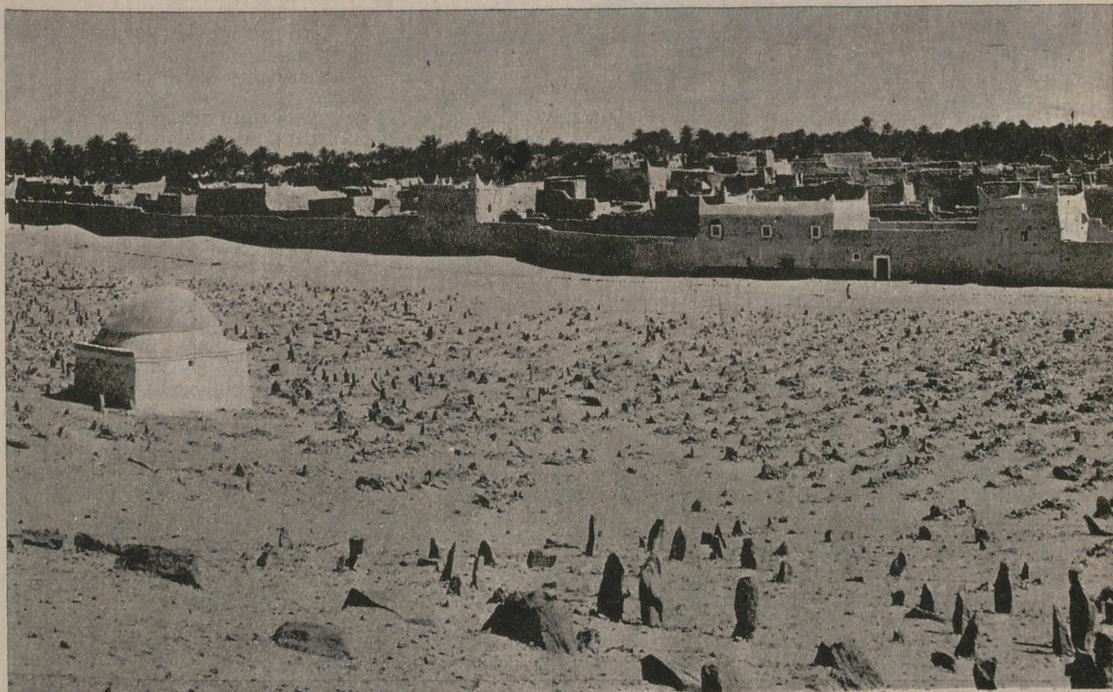
Es ahora cuando el país se beneficia plenamente de la obra colonizadora de Italia. La producción de frutas, sobre todo de na-

ranjas y mandarinas, es cuantiosa y de primera calidad. Los olivos plantados hace veinte años están ya dando pleno rendimiento. En torno a los caminos y carreteras van surgiendo nuevos poblados. Libia avanza así en el camino de su prosperidad. La semilla quedó bien sembrada, y justo es reconocer que se ha sabido recoger con mimo la cosecha. Por todo esto, hay que rendir un tributo de respeto y reconocimiento hacia esas familias de labradores que araron los surcos sin tener luego tiempo para la siega. No hace falta ser campesino para medir todo el al-

cance de ese gran drama humano vivido recientemente en las soleadas tierras de Libia.

RECUERDOS DE ESPAÑA EN TRIPOLI

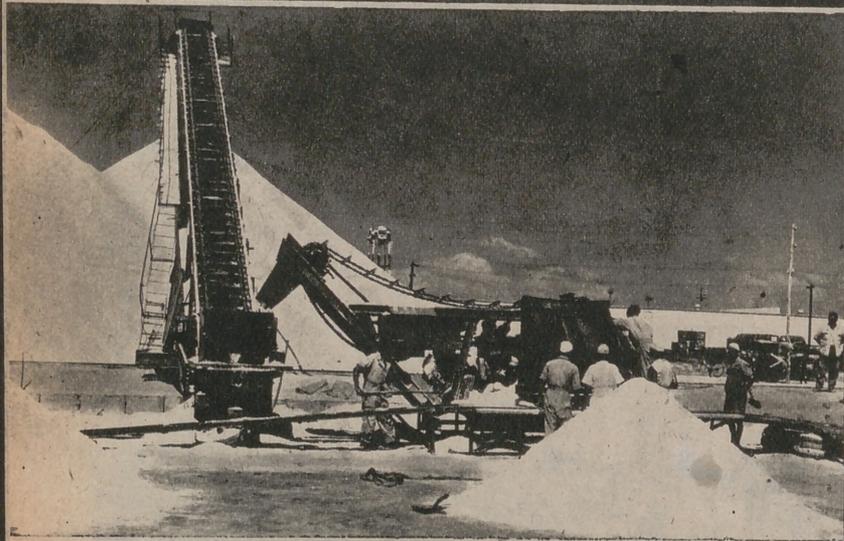
El pasado día 24 de diciembre Libia ha conmemorado su séptimo aniversario de la independencia. Algunos diarios de Tripoli daban cuenta de los actos celebrados con tal motivo, al mismo tiempo que se dolían por la falta de asistencia popular. Este fenómeno no indica, sin embargo, que los libios no sientan entusias-



En pleno desierto se alza la ciudad de Ghadames. En primer plano, un cementerio musulmán



Los trabajos de artesanía atraen la atención de los turistas



Otra vista de las salinas de Trípoli

sientan en tertulia sin pasar al interior.

Tanto si hay invitados como si están solos los miembros de la familia, comen primero los varones y luego ceden la estancia a las mujeres de la casa. Los alimentos se sirven en grandes bandejas, que se depositan sobre el suelo. Muy pocos muebles hay en las habitaciones y cuando se colocan alfombras es costumbre descalzarse para evitar pisarlas con los zapatos.

Estos hábitos no se han alterado con el paso del tiempo. Los vínculos familiares son muy estrechos y la autoridad del jefe de la casa es poco menos que omnipotente. Ningún hijo se atrevería a tomar la palabra si antes el padre no pregunta y ninguno se atrevería a encender un cigarrillo

en presencia del cabeza de familia.

Tales costumbres limitan extraordinariamente las actividades de la mujer, y es de suponer que muchas de las casadas añoran los años de soltera, cuando iban al taller del «arifá» para recibir clase de costura. Entonces era posible cambiar impresiones con las amigas y dar un paseo antes de regresar al hogar. Después únicamente a fin de asistir a una boda o funeral habrá motivo suficiente para salir de la casa. Pocos países islámicos habrá tan cumplidos de sus antiguas tradiciones y preceptos religiosos como Libia.

DOLARES PARA LIBIA

El primer tratado firmado por Libia al ser reconocida su inde-

pendencia fué con Gran Bretaña. Esta potencia influyó directamente para que el país se independizara, rompiendo vínculos con Italia. El actual Rey Idris fué el líder combatiente y organizador de la resistencia contra los italianos. Al iniciarse la última guerra, se hallaba refugiado en Egipto. Formó entonces unas unidades libias que fueron encuadradas en el VIII ejército británico. El actual Monarca recibió promesa inglesa de apoyo para lograr la independencia del país a cambio de esa colaboración para combatir a las fuerzas del Eje.

En virtud de aquel tratado libio-británico, Inglaterra ha obtenido autorización para instalar una base militar pagando por ella una cantidad anual de diez millones y medio de dólares. Después de la evacuación del canal de Suez, Libia se convirtió en la base terrestre británica más importante de esa zona estratégica del Mediterráneo.

Además de este compromiso con Londres, Libia suscribió un acuerdo con Estados Unidos en el año 1954 para instalar en este país una base militar próxima a Trípoli. A unos diez kilómetros de esta capital se hallan las pistas y obras de la base «Wheelus», utilizadas principalmente por fuerzas del Ejército del Aire norteamericano.

Al mismo tiempo que se llegaba a ese acuerdo para la defensa del mundo libre, Washington firmaba también los Tratados de Ayuda económica y de Asistencia técnica. Según estos pactos, Norteamérica pagará 39 millones de dólares a lo largo de dieciocho años, que por otros conceptos han sido ya elevados a la cifra de 43. Además, durante el año fiscal de 1956, entregó Norteamérica cinco millones para impulsar el desarrollo económico de Libia. En 1957, esta ayuda extraordinaria se aumentó a otros siete millones de dólares.

Con esto no se cierra el capítulo de la ayuda estadounidense. En el último año fiscal para asistencia técnica, Washington dedicó cerca de tres millones y como donativo alimenticio envió géneros por valor de seis millones y medio. También hay que añadir la aportación de las Naciones Unidas a Libia, que según las últimas cifras conocidas suma otros cuatro millones y medio de dólares. De esta cantidad el 50 por 100 ha sido aportado por Norteamérica.

De esta manera, con tales aportaciones y alguna otra más, Libia consolida su posición entre las naciones independientes. Un periodista escribió hace poco que si se cortase la ayuda económica exterior el país volvería a ser lo mismo que hace bastantes años: un desierto de arena tostado por el sol. Pero éste es un criterio pesimista, que no valora el afán y la firme voluntad de trabajo de los libios. Además, no cabe descartar las esperanzas y los augurios de que entre las arenas calientes se abrigan, remansados por los siglos, los tesoros del petróleo. Libia entra en el año 1959 con la esperanza abierta a la buena fortuna.

Alfonso BARRA
(Enviado especial)



LO QUE SE GANA AL MAR

LA AVENTURA Y LA LEY EN EL HALLAZGO DEL «Y-15»

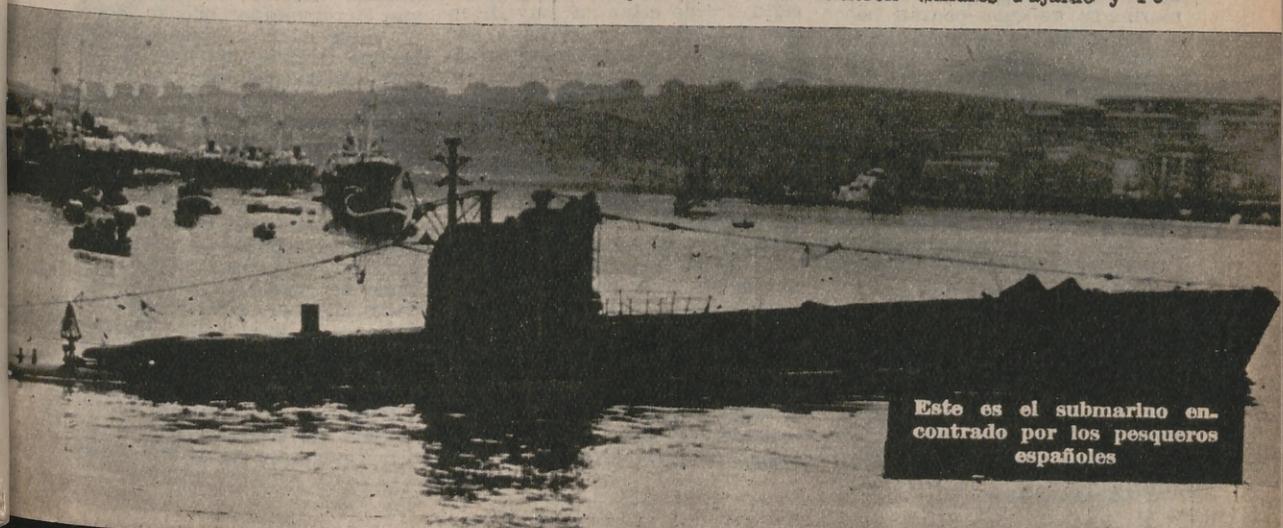
LOS CASOS DEL "LINET" Y EL "CANOVA Y ARENDAL", ANTECEDENTES CURIOSOS

EL BARCO MADERERO QUE ENCONTRO EL «CABO PEÑAS» Y EL MENSAJE QUE SALVO AL TRASATLANTICO «WASHINGTON»

[A aventura de las tripulaciones de la pareja de vaporcitos pesqueros «María Jesús» y «María del Coro», que hallaron en alta mar, a noventa y cinco millas de la costa, un submarino a

la deriva, y con evidente riesgo de sus vidas y sus embarcaciones lo remolcaron hasta el puerto de Pasajes, es una noticia conocida ya en el mundo entero y divulgada por la Prensa y la radio has-

ta el más mínimo detalle. Conocemos, pues, las circunstancias del hallazgo, la fecha (domingo 4 de enero), los nombres de los patronos de los barcos que intervinieron (Andrés Fajardo y Pe-



Este es el submarino encontrado por los pesqueros españoles

dro Suárez), de la entidad armadora de los dos pesqueros (Sociedad Iriberrí), de los tres marineros que, jugándose la vida, saltaron a la cubierta del sumergible para desde allí realizar con sus compañeros las necesarias maniobras del remolque (Antonio Loureiro, de Santa Eugenia de Ribeira; Arturo Rey, de Noya, y Manuel González, de Marín)... Lo sabemos casi todo, excepto el acto final, que —nunca mejor empleada la frase— es, de momento, secreto del sumario.

El caso es singularísimo, pero no porque sea extraño que un barco encuentre a otro en alta mar, entero o partido, abandonado o sin abandonar, pero con riesgo de perderse. Lo singular de este caso está en que el buque hallado es, nada más y nada menos, que un submarino a la deriva, no porque su tripulación lo hubiese abandonado o, llevándola dentro estuviese imposibilitada de gobernarlo; tampoco era un barco varado en una playa desierta, hundido en una ensenada, comido de moho su casco y hecha su quilla semillero de minúsculos caracoles marinos. Nada de eso; es un submarino entero, útil y dispuesto a sumergirse en cuanto tenga a bordo tripulación. Por otra parte, siempre que un barco es hallado en alta mar, a la deriva y sin tripulación, lleva alguna señal externa de su nacionalidad, servicio o causas de su extravío. El submarino hallado por los vaporcitos gallegos apenas si lleva su «Y-15» y alguna marca de fábrica en su armadura y máquinas.

Los marineros de todo el mundo han podido contar siempre cientos de aventuras en alta mar relacionadas con hallazgos sensacionales: el buque fantasma del holandés errante, monstruos marinos que asomaban un instante el largo cuello para hundirse luego en la inmensidad del océano, barcos abandonados de los que nunca se supo quiénes fueron sus tripulantes y por qué desaparecieron en alta mar, pecios de sorprendente parecido con cadáveres de ballenas o costillares gigantes de enormes bueyes como torres carcomidas por los peces, cadáveres de gente extraña y facciones desconocidas, como los encontrados por las tripulaciones de las tres carabelas: hierbas, troncos de arbustos y ramas de árboles labradas a punta de cuchillos de piedra... Pero los marineros gallegos podrán hacer callar a los de todo el mundo cuando de contar extraños hallazgos en alta mar se trate. Ellos dirán ya siempre: «... el domingo día 4 de enero de 1959 dos pesqueros nuestros, navegando a 95 millas de la costa, encontraron a la deriva un submarino sin tripulación y lo remolcaron hasta el puerto de Pasajes, donde entraron en la madrugada del día 6, fiesta de los Reyes Magos, Epifanía del Señor...»

Ya está el submarino en puerto. Ya han estado en él los técnicos y han empezado a actuar las autoridades competentes. Incluso han vuelto a hacerse a la mar los dos pesqueros que le hallaron, listos ya para reanudar su interminable faena de pesca. Sólo el

fogonero Antonio Loureiro y el engrasador Manuel González han quedado en tierra, enfermos y magullados tras sus inacabables horas sobre la cubierta del submarino, resistiendo a cuerpo limpio, con Arturo Rey, la furia del mar y los varetazos de los cables que se rompían. Pero ahora es cuando empieza lo complicado del hallazgo, mucho más complicado, aunque infinitamente menos peligroso que el remolque y todo lo que el suceso tiene de gran aventura marinera con categoría suficiente para que su relato sea incluido en la serie de los fabulosos que se cuentan en todos los puertos del mundo, junto a la aparición de la isla de San Barondán o la existencia de islas con tesoros escondidos por los piratas ingleses.

NO TODO ES UNO Y LO MISMO

Para que la vida en alta mar estuviera regulada por leyes justas y eficaces que evitaran en lo posible la piratería y el fraude en los hallazgos de buques o cargamentos abandonados en alta mar, los hombres desde siempre fueron sumando costumbres, reglamentaciones, acuerdos y leyes más o menos solemnes para que cuando alguien hallase aquellas riquezas y las llevase a puerto con riesgo o sin riesgo de su vida y de su propio barco, pudiera recompensarse en la medida que fuera justa. Para ello fué necesario establecer sutiles distinciones en casos que, contados por los intérpretes o por quienes sólo se ocuparan del aspecto novelesco y aventurero del caso, podrían parecer uno y lo mismo siendo en absoluto diferentes.

Un barco abandonado en alta mar puede haber sido teatro de un motín y su tripulación haberlo abandonado después de asesinar a sus oficiales; o haber atravesado un peligro tan grande que, pareciéndole a su capitán inútil toda lucha, haya acudido al salvamento de la carga y de los hombres a costa de abandonarlo, no creyendo que, horas más tarde, el buque no sólo no estaría hundido, sino que navegaría en superficie, útil para volver a la navegación activa tras las naturales reparaciones; o puede tener a bordo personas incapacitadas para gobernarlo porque estén heridos o enfermos o no sepan hacerlo. Puede estar en muy diversas condiciones, y en cada una de ellas el hallador habrá realizado un acto distinto. Unas veces habrá prestado auxilio; otras, realizado un salvamento; alguna, la simple colaboración en ese mismo salvamento. No siempre será pura y llanamente un hallazgo en alta mar. De ahí la necesidad de que las autoridades abran un sumario y escuchan a todas y cada una de las personas que intervinieron en la operación.

En España, aparte de los convenios internacionales, en cuya redacción ha tomado parte, ya estaba previsto y definido el hallazgo, el salvamento y el auxilio en el «Fuero Real», en las «Partidas» del Rey Sabio y en los fabulosos códigos marítimos, orgullo



nuestro y asombro de todos, que se llaman «Libro del Consulado del Mar» y «Ordenanzas de Bilbao». En el caso concreto del submarino «Y-15», resulta extraño que el remolcador que lo llevaba no diese cuenta inmediatamente de que lo había perdido en alta mar, con lo cual todos los barcos habrían estado advertidos y alerta, no sólo por el afán de encontrarlo, sino para eludirlo como posible elemento de peligro para la navegación. Algunos entienden que si el submarino estaba dado de baja en la Armada de cualquier país y era remolcado para su desguace, más que un barco de guerra es un mercante. Salvo algunas noticias oficiosas de la radio y la Prensa inglesa, nadie ha reclamado oficialmente al que parece identificarse con el «Virulent», que Inglaterra cedió a Grecia y que ahora era devuelto para ser desguazado. Los técnicos aseguran que el sumergible

llevaba por lo menos un mes herméticamente cerrado, sin nadie a bordo.

El encuentro del «Y-15» parece, indudablemente, un hallazgo en alta mar y no prestación de auxilio, salvamento o rescate, ya que, en estos tres casos, habría sido necesaria la presencia a bordo de tripulación, con o sin mando en el barco, o que el submarino hubiera estado hundido y hubiese sido puesto a flote mediante una serie de trabajos encaminados a este fin. Si se declara hallazgo y el submarino es inglés, el Almirantazgo podrá aplicar su doctrina de que quien halla un buque abandonado no necesita probar que sus dueños le abandonaron, renunciando a sus derechos. La Legislación española es bien clara en estos casos: los que realizan el hallazgo tienen derecho a un premio equivalente a la tercera parte del valor del buque hallado y su cargamento.

No obstante, la legislación internacional —Convenio de Bruselas— establece que al fijar la cuantía de este premio se tengan en cuenta las circunstancias de cada caso: peligro corrido por el barco salvador y sus tripulantes, pérdidas ocasionadas al armador del barco y tripulantes por el tiempo y combustible empleados en el remolque a puerto, abandonando la ruta y la misión propias, y otras que podrían modificar el justo valor del premio.

LA AVENTURA DEL «CABO DE PEÑAS»

Para que se vea claro lo difícil que es definir uno de estos hallazgos en alta mar, sin recurrir antes a un estudio minucioso de las circunstancias y de las leyes a aplicar en cada caso, bastará recordar algunos hallazgos famosos que, por sus características, dieron lugar a comentarios, dis-

Los tripulantes Arturo Rey, Antonio Loureiro y Manuel González, que permanecieron en la cubierta del encontrado submarino

cusiones, pleitos y jurisprudencia para el futuro.

El día 23 de marzo de 1897 navegaba el buque español «Cabo Peñas» por alta mar cuando descubrió a un buque de vela que navegaba a la deriva. Inmediatamente, en cumplimiento del deber marino de su capitán, por si hubiese a bordo enfermos o malheridos y por si fuese posible el salvamento de la nave, se hicieron las maniobras precisas para que parte de la tripulación del «Cabo Peñas» subiese a bordo del barco desconocido. Resultó ser un barco cargado de madera, y con el natural riesgo y perjuicio económico al tener que abandonar su ruta y sus funciones, el «Cabo Peñas» remolcó al maderero al

puerto de Vigo. La aventura tenía todos los requisitos de una buena novela de aventuras, recalcados por la circunstancia de ser un velero el barco hallado. Aplicando al caso, que parecía clarísimo a los profanos, una «Instrucción» de fecha 4 de junio de 1873, se concedió a los halladores un premio equivalente a las 5/9 partes del valor del buque y su carga. Pero el fiscal no estuvo conforme y solicitó que se aplicara a este caso la legislación normal, con lo que el premio equivalió a la tercera parte de lo hallado. La razón alegada por la Fiscalía en su argumentación venía a decir que esto de conceder premios a quienes hallen barcos abandonados en alta mar debe aplicarse con método riguroso para evitar que en algunos ambiciosos se despierte el deseo de aplicarse a la piratería.

EL CASO DEL «LINNET»

A dieciséis millas al NO. de Ribadesella pescaban el día 3 de marzo de 1901 los vaporesitos «Emilia», «Flor de Mayo» y «Elisa». Las faenas de la pesca hubieron de ser suspendidas para atender a una aventura de verdadera ley. Cerca de los vapores pesqueros navegaba a la deriva un barco con fuego en las bodegas de proa. Resultó ser el vapor inglés «Linnet», que había sido abandonado por su tripulación. Los pescadores no lo pensaron siquiera, y con el brío que en tantas ocasiones han puesto de manifiesto los marinos españoles, saltaron a bordo del buque incendiado y consiguieron sujetarlo a sus vaporcitos, disponiendo en seguida el remolque a puerto español. Cuando todo estaba ya listo para emprender el regreso, o quizá ya navegaban, con las na-

turales dificultades, apareció un nuevo barco, el «Cabo de San Sebastián», cuyo capitán se puso de acuerdo con los patrones de los pesqueros y colaboró en las faenas de remolque hasta dejar el barco hallado en puerto seguro. Entraron todos en el de Santander, y allí se realizaron por las autoridades las imprescindibles averiguaciones previas a cualquier adjudicación y distribución de premio por el hallazgo. Por las circunstancias concurridas en este caso, el capitán del «Cabo de San Sebastián» cobró una cantidad como pago de su colaboración en el remolque, deduciéndose la misma del total del valor del buque y carga hallados; del resto, y aplicando la legislación vigente, se dedujo una tercera parte para premio de los halladores, la cual fué distribuida en proporción al número de tripulantes de cada uno de los tres vaporcitos, «Emilia», «Flor de Mayo» y «Elisa».

EL HALLAZGO DEL «CANOVA Y ARENDAL»

El día 4 de enero de 1875 los habitantes de Gijón vieron entrar en su puerto, remolcado, a un buque que había sido hallado a la deriva y abandonado en el Golfo de Vizcaya. En la proa se podía leer con claridad un nombre: «Cánova y Arendal». Apenas conocida la noticia, el vicecónsul de Noruega compareció ante las autoridades de Marina alegando que aquel barco era noruego, matrícula de Arendal, «Cánova» de nombre, abandonado por una tripulación que más tarde había sido recogida en alta mar por el barco inglés «Arcadia» y llevada a Liverpool. Por lo tanto, reclamaba la entrega del barco, que era propiedad, según él, de la na-

ción que representaba, dejando reducido el hallazgo a un salvamento. Este caso provocó una serie de reclamaciones y de problemas que los juristas españoles resolvieron de una vez para siempre, sentando doctrina de que el mero hecho de la coincidencia de un nombre no es prueba suficiente de la identidad de un buque, y que quien lo reclame ha de aportar documentos de cuya legitimidad sea imposible dudar. Aquí se ve que el hecho de que el submarino «Y-15» lleve esta sigla a la vista no significa nada si quien lo reclame, si lo reclama, no aporta documentación fehaciente e indiscutible. El caso de ese norteamericano que desde Seattle (Estado de Washington) ha telegrafado al embajador de España en los Estados Unidos agradeciendo a las tripulaciones gallegas el hallazgo de su submarino particular no creo que sea sino una broma.

EL TRANSATLANTICO «WASHINGTON», SALVADO GRACIAS A UN RADIOAFICIONADO DE LAS PALMAS

Un caso curioso de cómo puede participarse en el salvamento de un buque es el del trasatlántico «Washington», que en alta mar pidió auxilio un día, allá por los años 1920 a 1925. Un radioaficionado de Las Palmas de



Gran Canaria captó los mensajes angustiosos de la nave y con toda diligencia dió aviso a las autoridades marítimas. Puesto en movimiento el servicio de salvamento, pudo llegarse a tiempo de socorrer al navío en peligro. Los armadores y aseguradores del «Washington» recompensaron al radioaficionado canario con una bolsa de mil libras esterlinas, que en aquella fecha debía de representar una bonita suma de dinero. Seguramente, el afortunado y activo radioaficionado emplearía parte de su pequeña fortuna en mejorar sus instalaciones con la esperanza de captar más mensajes y desde más lejos.

LAS TRAMPAS

La historia de la Marina —y ello es natural, como ocupación de hombres que es— da también un porcentaje de picaresca, lindante a veces con la piratería y otras con el crimen a secas. En los casos siguientes no son precisos los nombres y circunstancias de los partícipes en las operaciones, porque ya fueron castigados en su día, si bien es preciso decir, para nuestra tranquilidad, que ninguno de ellos era español.

Un barco fué hallado abandonado en alta mar sin tripulación y remolcado a puerto por otro buque, exigiendo los halladores el premio correspondiente, que en

aquel país asciende a casi el 80 por 100 del valor de lo hallado. La aventura acabó mal cuando se averiguó que la tripulación salvadora no era ni más ni menos que la del propio barco encontrado, puesta de acuerdo con la de otro buque para simular la pérdida y el hallazgo.

Durante la última guerra un barco halló en alta mar un petrolero ardiendo y lo remolcó a puerto. El hallazgo parecía muy claro, pero luego se averiguaron determinadas circunstancias que pusieron a los halladores en peligro de muerte, acusados de piratería.

Esto demuestra que las autoridades de Marina hilan delgado en los casos de hallazgo de buques totalmente abandonados donde sólo exista la versión que del caso den los halladores.

Y EL FIN...

A estas horas el «María Jesús» y el «María del Coro» estarán en alta mar de nuevo, dedicadas sus tripulaciones a las faenas de la pesca que les son propias. Sus armadores han quedado en tierra, encargados, con sus asesores jurídicos, de defender los indudables derechos de premio que la autoridad competente determine.

Pero con ser, en definitiva, lo importante, una vez aclarado, después de dos días de instrucción del sumario, que los marine-

La llegada al puerto de Pasajes

ros gallegos encontraron en alta mar un submarino cerrado, sin nadie a bordo, flotando a la deriva, sin documentación en su interior, sin que exista reclamación oficial previa de su pérdida, sin que nadie le haya reclamado todavía..., hay otro aspecto del caso, quizá más perdurable: Que los marineros de todo el mundo, en particular los del mar Cantábrico, tienen ya una nueva y maravillosa historia que añadir al acervo que desde siglos se nutre con barcos fantasmas, motines tipo «Bounthy»... y submarinos abandonados.

Domingo MANFREDI CANO

SUSCRIBASE A

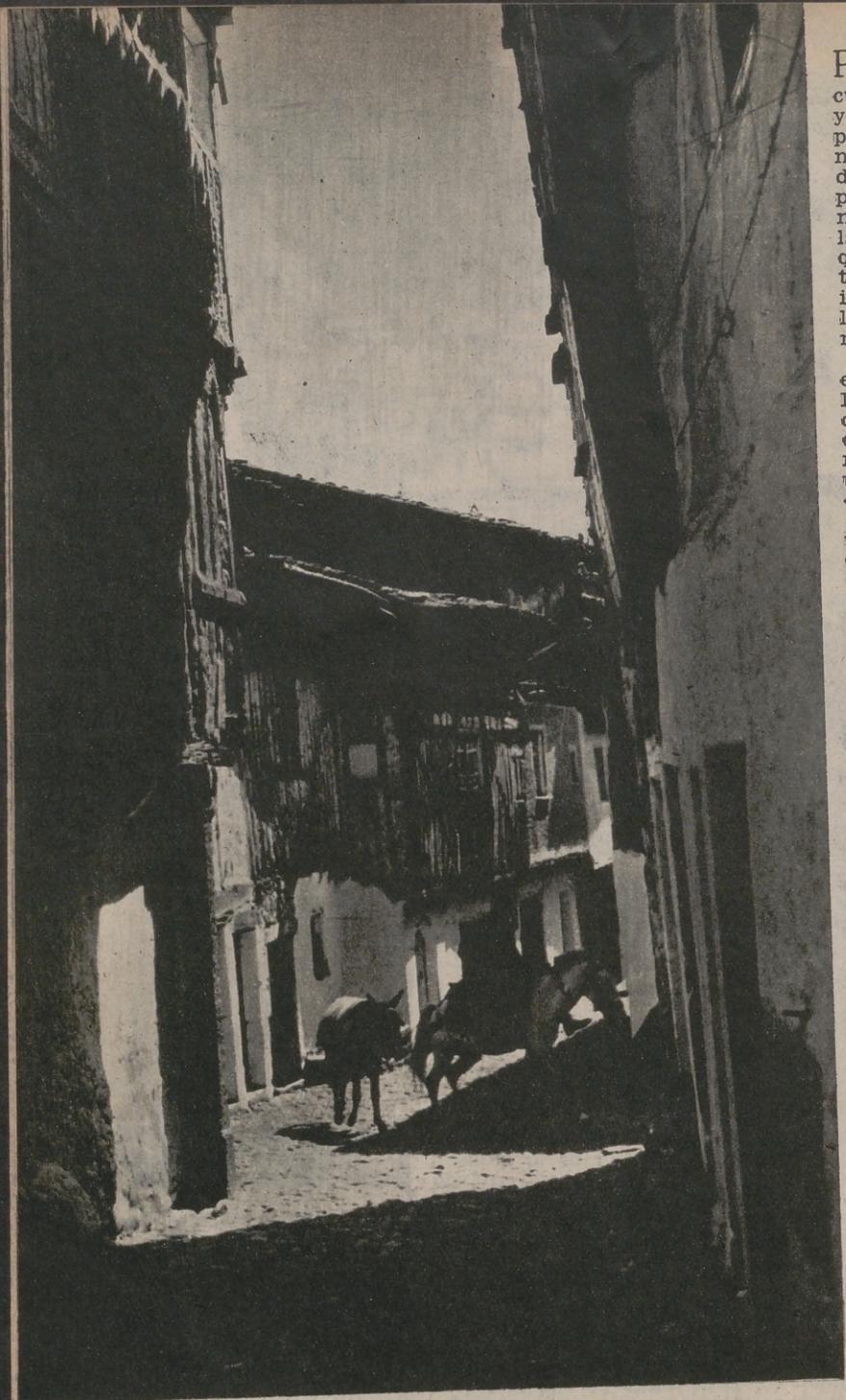
“EL ESPAÑOL”

Tres meses 38 pías.
Seis meses 76 »
Un año 150 »

Administración: Pinar, 5
MADRID



Andrés Fajardo, a la izquierda, patrón del «Virgen del Carmen», que fué el primero en saltar a bordo del submarino. A la derecha, Nicolás Bengoechea



LA ALBERCA, TODO EL PUEBLO UN MONUMENTO

FIESTAS, COSTUMBRES Y TRADICIONES DE HACE CIENTOS DE AÑOS

REALIZACIONES NUEVAS PARA LA VIDA DE HOY

Por las estrechas calles de La Alberca el autobús pasa con cuidado. Llegamos a la Plaza Mayor, un ensanche de las callejas presidido por un crucero de granito, en cuya columna están tallados los símbolos de la Pasión. A la plaza asoman sus amplios balcones el Ayuntamiento, el casino y las principales casas de este pequeño núcleo de dos mil habitantes, pero que a pesar de la poca importancia de su número de pobladores es un pueblo único en el mundo por variadas razones.

La primera de ellas es la unidad estilística de su caserío urbano. Desde que el viajero desciende percibe inmediatamente que ha llegado a un lugar sin parecido con nada. No se trata de una calle o un rincón especial; es un pueblo en el que nada desentona, que en su totalidad se ha conservado con peculiaridades que hacen de él algo aparte, de una fuerte seducción.

La Alberca es un reducto donde la vida se ha remansado para siempre, conservando el perfume y el sabor de otros tiempos que ya creíamos pasados sin remedio. Cuando el autobús desaparece, nada nos indica que estamos en la segunda mitad de este siglo de las velocidades. El caserío no tiene edad; lo mismo puede ser de la pasada centuria que de hace tres. Por las calles engujarradas las gallinas picotean libremente, los hombres vuelven de sus trabajos en el campo montados en las caballerías, y ni por el traje campesino ni por las herramientas se podría deducir el año ni siquiera con aproximación.

Otra característica del pueblo es la gran cantidad de agua que se oye y corre por doquier. Las fuentes públicas dejan caer gruesos chorros de aguas purísimas que vienen de las vecinas sierras y luego se derraman en regatos que corren por medio de las calles con un rumor incesante. Vivir en La Alberca es como estar sobre un torrente, un manantial que no tuviese fin, y si en la alta madrugada el viajero despierta de pronto escuchará sorprendido esa música acuática que constituye el contrapunto melódico de la vida albercana. Ello nos hace comprender que el nombre del pueblo lo tiene con entera propiedad.

UNA VIDA PATRIARCAL Y APACIBLE

A medida que el viajero se adentro por los recovecos sorprendentes de La Alberca, captará en seguida que la vida transcurre apacible y sencilla; lo mismo que las casas del pueblo están hermanadas en proporciones, formas y color, sus habitantes no se diferencian grandemente unos de unos en cuanto a indumentaria y porte externo.

En las gradas de la Cruz de la Plaza Mayor se sientan los de más edad con ese regusto que los viejos tienen por el último sol. Aún llevan los trajes típicos de la serranía, con pantalones amplios abiertos a los costados, y por cuyas aberturas asoman la blancura de las polainas de lana.

Por las calles cruzan las mujeres con mantos negros, a la cabeza y las jóvenes que van a buscar agua a las numerosas fuentes. En



Cuatro aspectos de La Alberca: calles; sus trajes típicos, que se ven en las fiestas y en las bodas; el baile de «El Castillo», que se celebra el día de la Asunción en plaza Mayor, y una típica procesión



la plaza hay siempre alguna parada para conocer la novedad del día o del momento. El pueblo es casi totalmente agrícola y cultiva pastos, cereales, legumbres y frutas en cantidades suficientes para abastecer a sus vecinos; pero la principal riqueza es la arbórea, derivada de la gran altura y la abundancia de aguas, que imprimen a los alrededores el carácter de un bosque donde el castaño se mezcla con los robles, los nogales y las encinas.

La gran salubridad del lugar hace posible estos ancianos que se ven por las calles, cuyas manos tienen ya calidades vegetales, como si la piel hubiese sido sustituida por una capa de madera de nogal pulimentada. Estos aires serenos, esta vida tranquila y sosegada, la belleza varía de los paisajes circundantes, hacen que La Alberca tenga en verano una numerosa colonia veraniega, proce-

dente de la capital salmantina principalmente, aunque también tenga visitantes de otros muchos lugares y esporádicamente algún pintor nacional o extranjero que pinta en sus calles los rincones más sugestivos. Tantos han sido ya los pintores que han pasado por La Alberca, que éstos no despiertan ninguna curiosidad entre los albercanos; un pintor allí es tan habitual como en la plaza de Montmartre parisiense, que ya es decir.

COSTUMBRES CELOSAMENTE GUARDADAS

Si bien cualquier época es buena para visitar este pueblo único, recomendamos que a ser posible coincida con alguna efeméride local, que por lo general suelen ser festividades religiosas. La Semana Santa en La Alberca es inolvidable para quien la haya

contemplado una vez, lo mismo que las fiestas patronales del día de la Asunción o el «día del Perdón» y las numerosas romerías que durante el año se celebran. Si se tiene la suerte de presenciar una boda, entonces es cuando la imagen de este pueblo no se borrará jamás.

En toda estas ceremonias públicas participa el pueblo por entero de manera activa; allí no hay espectadores, y únicamente las viejas o las impedidas por alguna causa son las que asoman sus curiosas cabezas por las ventanas entreabiertas.

Los desfiles procesionales de la Semana Santa tienen un dramatismo severo que parece arrancado de las pinturas negras de Goya o de Gutiérrez Solana. Todos los hombres con sus largas capas pardas rodean las tétricas imágenes, a las que no adornan ni flores ni luces. Es algo sobrecogedor y emo-



Las costumbres de siglos se conservan puras en La Alberca



La plaza Mayor de La Alberca

cionante presenciar una de esas procesiones, en las que el pueblo en masa repite una y otra vez los versículos dialogados del Miserere. De las estrechas calles se sale a las ermitas de las afueras, y la masa negra y parda de los acompañantes rodea las andas de los descarnados Cristos sangrantes o de las desoladas Virgenes traspasadas.

La voz del sacerdote se eleva en la tranquila soledad de los campos:

*De Jesús Nazareno, devotos,
oídme, que quiero de Su Majestad
referir los dolores y afrentas
que pasó pagando las culpas de*

[Adm.]

Y el coro unánime de hombres y mujeres contesta con tristura sincera una salmodia estremeceadora:

*Orad y contemplad
la pasión y la muerte de Cristo,
que es el mejor medio
para no pecar.*

Hasta veinticinco cuartetos repite el sacerdote, en cada uno de los cuales se narra un pasaje esencial de la Pasión; la redacción de los versículos es directa y tiene la ingenuidad necesaria para ser comprendida por todos los oyentes, que realmente reviven la Pasión:

*La lanzada que tiene el costado
dicen que Longinos fué el que se*

[La dió];

*se la dió por satisfacerse
de tantas maldades de su corazón.*

OBRAS NUEVAS EN EL PUEBLO ANTIGUO

No se piense por lo que se lleva leído hasta aquí que La Alberca es un pueblo que sólo vive en su pasado conservado con celo y amor. La vida tiene sus exigencias, que no pueden ser soslayadas ni en estas ciudades-museos, y así, conservando en toda su pureza el casco antiguo de la población, en los alrededores del pueblo las obras nuevas son y serán el símbolo de una colectividad industrial y trabajadora.

Los principales empeños en los que actualmente pone sus mejores anhelos La Alberca son los siguientes: matadero municipal, situado en la carretera de Salamanka, junto al frontón o juego de pelota. La importancia de este establecimiento se comprenderá al saber que en La Alberca existen hasta cuarenta familias cuya principal actividad industrial es la preparación y venta de los productos del cerdo. Las especiales condiciones climatológicas del lugar, la calidad de las carnes y una habilidad en la preparación de los embutidos hacen que éstos sean muy apreciados, sobre todo el chorizo y el lomo embuchado. En dos épocas del año se efectúan las matanzas, en noviembre y en febrero; cuando ya están curados los embutidos, los albercanos se desplazan por toda España para la venta de sus acreditados productos. En Barcelona, en Bilbao y en San Sebastián tienen sus mejores clientes.

—No necesitamos hacer propaganda. Cuando llegamos a una tienda y decimos: «Chorizo de La Alberca», nos compran la mercancía. Los tenderos ya saben lo que compran.

Otras obras inmediatas en cur-

se de realización son la piscina y el parque de San Blas, en las inmediaciones de la ermita del mismo nombre, que hasta hace poco se encontraba derruida, pero a la que se le va a devolver su antiguo trazado para que en ella puedan seguir celebrándose las romerías.

La afluencia de veraneantes a que aludíamos ha creado la necesidad de construir un hotel de viajeros en el que éstos encuentren todas las comodidades apetecibles. Será capaz para más de doscientos huéspedes y cubrirá las necesidades de alojamiento actuales. El sacristán del pueblo me asegura que ha oído comentar a un «ricacho» de Salamanca:

—Hijas mías, ¡cuánto dinero nos hemos gastado en balde yendo a Suiza a veranear, y resulta que teníamos la Suiza a dos pasos de Salamanca!

Viviendas para funcionarios municipales, incluidas las seis para los maestros con que cuenta el pueblo es otra de las tareas recientes de La Alberca.

LA CASA TRADICIONAL ALBERCANA

La casa familiar en La Alberca tiene peculiaridades poco conocidas, que la hacen inconfundible dentro de las edificaciones populares españolas. Estas características, unas son motivadas por la configuración del terreno donde el pueblo se asienta, otras por los materiales constructivos empleados, y finalmente, por ciertas restricciones impuestas por las autoridades, ya que habiendo sido declarada La Alberca monumento histórico-artístico en septiembre de 1940, se dictaron unas ordenanzas especiales de edificación, con objeto de reservar al conjunto urbano y conservarlo para el futuro conforme ha llegado a nuestros días.

Lo montañoso y abrupto del terreno donde está edificado el pueblo hace que el núcleo de la población se encuentre muy concentrado, siendo, por tanto, los solares edificables de pequeñas dimensiones, en comparación con lo que suelen ocupar las casas rurales en cualquier otra región. La casa en La Alberca sigue un tipo de disposición que se repite en todas ellas con muy ligeras variantes, y consiste en la superposición de cuadra, vivienda y almacenes, consiguiendo con este sistema adoptado resolver todas las necesidades de la vivienda en poco terreno.

En la planta baja se encuentra la cuadra para los animales de labor, ganado, gallinas, etc., y la escalera que conduce a los otros pisos. El primer piso de la vivienda se dedica a dormitorios, los cuales tienen cada uno su correspondiente sala. En la planta segunda se sitúa la cocina, y algún dormitorio más. Encima de la cocina existe una cámara de aire (bajo el tejado) que se utiliza como almacén o desván. Es en la cocina donde se acusa más la originalidad de esta casa, pues aparte de no ser frecuente que la cocina esté en el último piso, otros muchos detalles la hacen única en la casa rural española. El «hoguero» u hogar lo constituye una gran losa de granito que casi entra la habitación; sobre ella se



Viejo campesino con su traje tradicional



Danza del «Castillo», el típico baile de La Alberca

llamas alcanzan el caldero de cobre que pende del "illar". Otro detalle curioso es que esta cocina no tiene cielo raso, el cual está sustituido por una serie de listones de madera colocados paralelamente y por entre los cuales sale el humo; el objeto de estos listones es poder colocar sobre ellos las castañas que con tanta abundancia se recolectan en el lugar, para proceder a su secado, por lo cual esta parte recibe el nombre de "sequero". El humo de la cocina se extiende por el desván y sale al exterior por media tinaja de barro que hace los oficios de chimenea.

Los muros de la casa son siempre de granito en la planta baja, y en los altos, de troncos de madera, entre los que se colocan cascotes. Todos los materiales se presentan sin revocos y dan gran sobriedad a las fachadas, rematadas por unos grandes voladizos, que en algunas calles estrechas casi hacen que se toquen las casas por la parte de los tejados.

DEL «DÍA DEL PENDÓN», A LA PROCESION DE LA VIRGEN

En pocos lugares del mundo estarán tan celosamente guardadas las tradiciones como en este pueblo serrano. Hemos mencionado antes la emoción de la Semana Santa por estos parajes, pero hay otras varias ocasiones en el año en que se pueden presenciar ceremonias de gran carácter, como es, por ejemplo, el "día del Pendón". Este día coincide con el lunes de Pascua y en él se conmemora la toma de una bandera o "pendón" por las mujeres del pueblo a las tropas portuguesas que en lejanos siglos merodeaban por la cercana frontera y en una correría llegaron hasta las inmediaciones del pueblo. Las mujeres de La Alberca consiguieron arrebatarse la insignia a los soldados, y desde entonces la festividad rememora aquel suceso, que ahora se desarrolla según el siguiente ceremonial: Un hombre sale a caballo por la mañana llevando el "pendón" desde el Ayuntamiento hasta la vecina ermita de San Blas. En la cruz que hay en la puerta de la ermita se ata el "Pendón" y allí permanece todo el día, mientras se celebra el baile de romería, al son del tamboril. Por la tarde se simula una pelea hasta que una muchacha coge la bandera y la transporta de nuevo hasta el Ayuntamiento, donde permanece hasta el año siguiente, en que es sacada de nuevo. En la romería de esta fecha se come el "hornazo", especie de bollo hecho con aceite, dentro del cual lleva tajadas de lomo, jamón, chorizo y huevo duro.

Al lunes siguiente del "día del Pendón" se celebra la romería de Majadas Viejas, una ermita situada a varios kilómetros del pueblo. Antes de iniciarse la romería, seis hombres llamados "escancianos" reparten vino gratuitamente a la puerta del Ayuntamiento. Los escancianos son elegidos entre los casados en ese año.

La romería de Majadas Viejas ya tiene varios siglos de existencia, pues en 1533 el Papa Clemente VII concedió Bula para la

reconstrucción de la ermita, enclavada en el lugar en el que se halló la Virgen por el ermitaño Froilán Porqueiro. En esta romería las andas de la Virgen son transportadas por mujeres, las cuales se disputan el honor de llevarlas subastando los puestos:

—Doy cinco pesetas por la "pernilla" de delante (se entiende por "pernilla" el soporte de madera que se apoya en el hombro).

—Y yo doy diez.

El pugilato se resuelve en favor de la que alcanza mayor puja, y las limosnas más cuantiosas son por el momento en que la Virgen penetra en su ermita.

Pero la festividad más grande del año es el 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, y en el cual se celebra la procesión por las calles del pueblo. En la Plaza Mayor los mayordomos hacen las ofrendas a la imagen, precedidas de grandes reverencias. Los mozos bailan ante la Virgen esa danza de origen guerrero, procedente de los iberos tal vez, en que se entrechocan unos palos con otros siguiendo los pasos del baile. La fiesta termina con el "castillo" o torre humana formada subiéndose unos encima de otros. El que sube encima de todos recita la "relación" a la Virgen, la cual comienza con estos versos:

*Ahora que ya estoy arriba
voy a echar la relación
a nuestra Madre Santísima
la Virgen de la Asunción.*

La "relación" continúa dando las gracias, invocando la protección divina para todos los asistentes y "también al mundo entero".

EL CEREMONIAL DE LAS BODAS

Una boda en La Alberca no se piense que se celebra en poco tiempo, todo tiene que ser medido y ordenado por un ceremonial de lo más protocolario, cuyos requisitos sólo conocen a la perfección los albercanos. Este ceremonial comienza ya dos o tres días antes de la boda. En que la novia va recorriendo las casas de sus amistades acompañada de una hermana del novio; ambas portan un farol de aceite encendido, y el objeto de la visita es hacer las invitaciones de palabra:

—Señora María, que me caso el miércoles a las nueve, y que hagan el favor de acompañarme y tomar chocolate.

Las palabras en estos casos están todas medidas, pues en el supuesto que la novia sólo diga "y que hagan el favor de acompañarme" (sin añadir lo del chocolate) se sobrentiende que sólo están invitados a la ceremonia en la iglesia y a acompañar a los recién casados hasta la puerta de la casa donde se celebre el convite de los del «chocolate»; los que no penetran en la casa son obsequiados con dos bizcochos.

Los regalos a los futuros contrayentes son transportados por muchachas ricamente ataviadas que llevan sobre la cabeza la «cuartilla», un recipiente de madera lleno de trigo, alubias, e baba, y en los regalos de mucho rubo, recubierta con sábanas bordadas o piezas de tela. Las muchachas que llevan las cuartillas son

esperadas por sus cortejadores y durante todo el camino (hasta la casa de los novios) estos disparan en honor de la muchacha que pretieren múltiples cohetes.

El desfile hacia la iglesia se efectúa en fila de uno, que encabeza la novia, seguida por la macarina, luego las hermanas y familiares de ambos contrayentes, después el novio, padrino y familiares varones. Uno de los hombres llamado el "mozo del pollo" porta un gran ramo de enebro o acebo adornado con galletas y obclas y al que va atado un gallo vivo, que es el obsequio de los novios al sacerdote que les dará la bendición.

Al salir de la iglesia, concluida la ceremonia, los invitados desfilan siguiendo el mismo orden que a la entrada y van hasta la casa del novio, en la que la recién casada se queda sola con la macarina para tomar chocolate. Todos los demás se trasladan a la casa de la novia, donde se celebra el convite.

Después de la boda, a todos los que mandaron «cuartilla» los novios envían «el plato», consistente en una fuente de arroz con leche encima del cual van dos o tres peces fritos y varias albóndigas de carne. Todas estas ceremonias son escrupulosamente observadas y constituyen la culminación de los fastos locales, pues las mujeres y hombres visten en esas solemnidades sus bellos y ricos trajes de fiesta.

No es posible dar aquí con todo detalle todas estas costumbres albercanas tan especiales, que hacen de La Alberca un pueblo singular, cuyo conocimiento es indispensable para todo el que guste de las tradiciones populares.

UN ENAMORADO DE LA ALBERCA

Un verdadero enamorado, que en todas las ocasiones posibles acudía a convivir en La Alberca. Este fué Maurice Legendre, francés avecinado en Madrid, y durante muchos años secretario del Instituto Francés y de la Casa Velázquez. Legendre hace muchos años que descubrió este paraíso serrano y a su difusión contribuyó con numerosos y apasionados escritos y conferencias. El pueblo correspondió al amor manifestado erigiéndole un pequeño monumento en vida del escritor. La casa en la que siempre habitó Legendre se encuentra enfrente de su busto en piedra, y cuando el escritor se trasladaba a Madrid saludaba graciosamente a su representación pétrea, diciéndole:

—Hasta la vista, Maurice.

La muerte de Legendre, ocurrida hace pocos años, fué un luto general para La Alberca, aún lo recuerdan emocionados los albercanos:

—Dos misas, dos, de difuntos, le encargamos en mi familia, cuando supimos que había muerto. Era un caballero.

Así conserva la memoria de los que le quieren este pueblo singular, en el que las más bellas costumbres del pasado se conservan en toda su pureza y propiedad. Cuando visite La Alberca comprenderá que nos hemos quedado cortos en la descripción.

J. RAMIREZ DE LUCAS
(Enviado especial)

LOS CINCO MIL KILOMETROS DE «EL PEQUEÑO MUNDO»

CANARIAS-BARBADOS CON EL ATLANTICO EN MEDIO

UNA AVENTURA EN GLOBO QUE TERMINA EN EL MAR

DOCE de diciembre de 1958. «El Pequeño Mundo» ha inflado ya su enorme bola de plástico, que le hace parecer una pelota especial para un partido de gigantes.

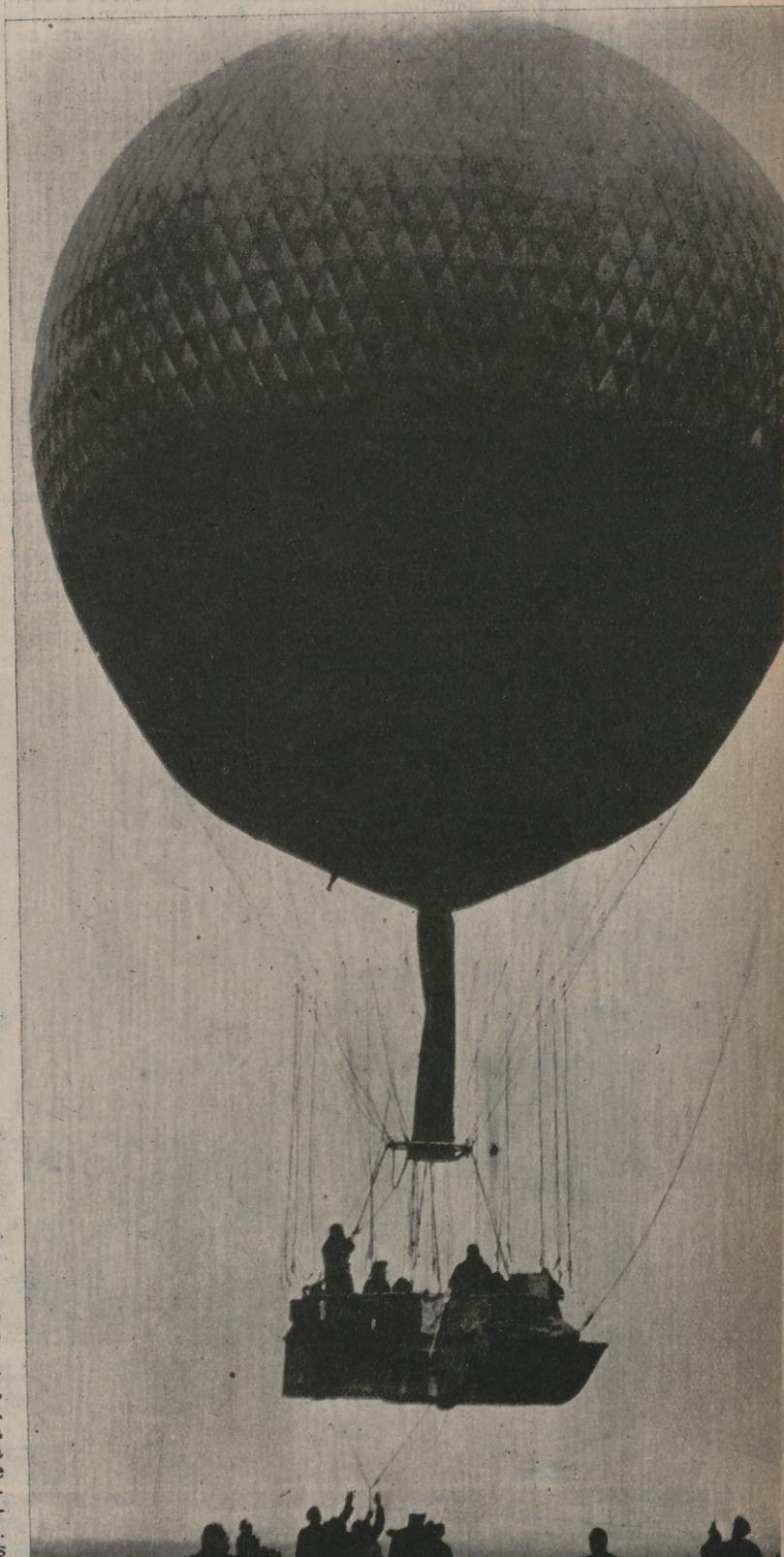
En el punto más occidental de la isla de Tenerife todo está preparado para la partida.

En lo más centrado del siglo XX se va a iniciar la aventura más fantástica que soñasen los novelistas: la travesía del Océano Atlántico en globo. Tres hombres y una mujer serán los protagonistas de un recorrido de cinco mil kilómetros en línea recta, que van desde estas españolas Islas Canarias hasta los mares del Caribe. Cinco mil kilómetros por el aire o por el mar, en los que la barquilla de «El Pequeño Mundo» igual puede ser aeronauta que marinera.

Se ha dado la señal de partida. Los cuatro tripulantes, enfundados en trajes especiales contra las bajas temperaturas han subido a la «Góndola», como ellos bautizaron a la pendular barquilla.

Sopla una fuerte brisa, que hace balancear peligrosamente el hinchado globo. Arnold Beauprés Elloart, el capitán de la singular nave, transmite las órdenes. Ordenes que van acompañadas de ostensibles señales con los brazos, porque el idioma de los tripulantes no es sabido, como es lógico, por el notable número de nativos ayudantes voluntarios que se han prestado a ser testigos de tan notorio acontecimiento.

Se han soltado las amarras. Por el escape del gas sale un chorro del mismo. Ello hace que, al perder peso total, «El Pequeño Mundo» ascienda rápidamente. De repente, una ráfaga de aire mucho más violenta que las anteriores arrastra al emprendedor globo, a su barquilla y a sus tripulantes a una altura de unos diez metros sobre el mismo nivel de la tierra e improvisada pista de despegue, contra unos acantilados. Por entre los que presencian la partida corre un escalofrío de angustia. A «El Pequeño Mundo» le amenaza el peligro de estrellarse contra unos cercanos acantilados. Desde tierra se ve a los tripulantes hacer denodados esfuerzos por enderezar el rumbo de la aeronave. Dentro de la barquilla, los nautas



contemplan cómo las humanas figuras, que cada vez se van haciendo más pequeñas, agitan sus manos, sus pañuelos, sus banderines de posición, para señalarles la manera de evitar el accidente.

Por fin, «El Pequeño Mundo» da un envite hacia arriba. Sin embargo, no puede impedir que este brusco tirón haga desengancharse el aparato de radio transmisor y receptor, que cae contra el fondo de la barquilla, estropeándose en sus partes más vitales.

«El Pequeño Mundo» comienza, libremente, a iniciar su viaje. Abajo quedan las Canarias. Cada vez se van viendo menores las rúbricas blancas que hacen las olas al romperse en las playas, en las calas, en las hendiduras de la costa isleña. Arriba está el cielo, el simple cielo. Delante, el mar, azul, uniforme, que señala el camino. El camino y, también, el peligro.

No importa. Rodeados de chillonas gaviotas y aves marinas, «El Pequeño Mundo» navega. Navegá por el aire.

Colin Mudie, el piloto, el arquitecto que dirigiese la nave, de contento se ha puesto a silbar una cancioncilla. Rose Mary Mudie, su mujer, ya todos más tranquilos, se dispone a hacer la cena. Timothy (Tim) Beauprés Eiloart, el hijo del capitán, el telegrafista, intenta arreglar la radio. Y algo consigue. Por lo menos, establecer contacto con el punto de partida.

Este es el mensaje:

—Todo va bien. Seguimos camino.

Y ésta es la respuesta.

—Que la Virgen de la Candelaria os tenga de su mano.

VERSOS DE SHELLEY AL AMANECCER

La primera noche fué, en lo meteorológico, relativamente tranquila. Rose Mary Mudie preparó la cena. Una cena a base de conservas, galletas y, naturalmente, té. Se bebió una botella de agua mineral que Tim B. Eiloart arrojó al mar con un mensaje, como las botellas de los naufragos. Tim no consintió en decir qué había escrito en su mensaje. Todo lo que se ha podido saber es que contenía unas letras de recuerdo a una muchacha de Cardington, de la cual, parece ser, Tim Eiloart se había enamorado en los días en que en aquel aeródromo inglés se hacían las pruebas preliminares de las condiciones de navegabilidad aérea de «El Pequeño Mundo».

Se estableció a bordo, pues, turno de guardia. Turnos de media hora para cada tripulante. El vigilante tenía por misión avisar de cualquier peligro, comprobar el buen funcionamiento de los aparatos de navegación y altura, estar atento a los posibles escapes de gas y cerrar las lonas en caso de lluvia. De esa lluvia que, más adelante, sería su peor enemigo.

La primera noche, pues, transcurrió en calma. Los vientos empujaban al globo conforme al plan previsto y a una velocidad de crucero que, caso de continuar sin interrupción, les permitiría llegar al Caribe tres o cuatro días antes de lo fijado.

Rose Mary Mudie era la encargada de guardia cuando amanecía al día siguiente. Rose Mary Mudie nunca había visto amanecer a mil quinientos metros en la perpendicular de las olas. Ella misma ha contado:

—Es el espectáculo más grandioso que jamás pude soñar. Fué tal mi emoción, que no pude por menos de recitar en alta voz aquella estrofa de Shelley que dice:

«Oh mar, tremendo mar,
tienes la fuerza de los ciclopes
y el aliento de los gigantes,
y guardas mil amantes en tus
[entrañas.

Son los cuerpos de los naufragos
[que revienen a ti.]»

Estas estrofas sirvieron para despertar al resto de la tripulación, como si hubieran tocado diana.

El horizonte se mostraba limpio, sin una nube. Todo parecía invitar a la esperanza. Tim Eiloart sacó un minúsculo flautín y comenzó a tocar una balada escocesa. Colin Mudie se apresuró a tomar un baño con jabón de olor en la bañera de plástico desmontable, que armaron en una esquina de la «Góndola». Rose Mary Mudie, después de friccionar a su marido con esencia de jazmines, regalo de una empresa londinense, se acicaló, no como para ir a una fiesta de noche, pero sí lo bastante como para hacer que toda la tripulación, tirando sus gorros al aire —a consecuencia de lo cual Arnold Eiloart perdió el suyo, que cayó al mar—, exclamase alborozada:

—¡Hurra por nuestra cocinera!
Y la cocinera, para corresponder a tamaña deferencia, les preparó el desayuno.

PILDORAS CONTRA EL MAREO

Durante la travesía no hubo, por fortuna, padecimientos ni enfermedades físicas de considera-



Los tripulantes de «El Pequeño Mundo»—Colin Mudie, su mujer Rose Mary, Tim y Arnold B. Eiloart—en la playa canaria que fué punto de partida



En la playa de Crave—Barbados—instantes después de la llegada

ción de ninguno de los tripulantes. Tan sólo un minúsculo fórnículo en la espalda que le apareció a Colin Mudie —y que fué combatido eficazmente con pomada de antibióticos— y un estrefimiento pertinaz a Tim Elioart, el miembro más joven de la tripulación, que fué igualmente anulado con los oportunos laxantes.

El primer suceso serio o pintoresco les ocurrió en la mañana del segundo día de travesía. Por la fuerza del viento, «El Pequeño Mundo» fué introducido en un ancho campo de nubes. Llevaban dentro de él —aunque siguiendo el buen rumbo, ya que los instrumentos técnicos de dirección cumplían perfectamente su misión— cosas de dos horas y media. A veces aparecían claros, pero otras veces la visibilidad era prácticamente nula.

De repente, en los rostros de los cuatro aventureros comenzó a aparecer una leve sombra de miedo. Se oía, cada vez más cerca y más intenso, el zumbido de los motores de un avión. Los aparatos magnéticos de a bordo comenzaron a acusar perturbaciones. Todo parecía indicar que «El Pequeño Mundo» iba a chocar contra una masa metálica o que una masa metálica iba a chocar contra «El Pequeño Mundo».

Colin Mudie no pudo por menos de exclamar:

—¡Es un avión, un gran avión que se encuentra en nuestra ruta!

Efectivamente, a los pocos segundos, a cosa de unos 15 metros, pudieron medio adivinar entre las nubes la figura colosal de un «Superconstellation», que pasó como un rayo a su lado. Afortunadamente, el avión de viajeros no

chocó contra «El Pequeño Mundo», pero el vacío dejado a su paso produjo una especie de corriente aérea de costadillo que dió de refilón al globo, y como si éste fuese una bola de billar picaña por el efecto de un taco o una peonza desenrollada del cordel del jugador, «El Pequeño Mundo» empezó a dar vueltas sobre su eje, y en este movimiento combinado, de rotación y traslación, continuó su navegación aérea por espacio de otras dos horas y media. Cuando «El Pequeño Mundo», salido ya del campo de nubes, paró en sus revoluciones, los tripulantes se vieron en la necesidad de recurrir, igual que unos simples viajeros primerizos de vuelos aéreos comerciales transoceánicos, al sencillo remedio de las píldoras contra el mareo.

Sin embargo, el principal enemigo no iba a tardar en aparecer: la lluvia. Las comunicaciones por radio eran irregulares, y tan pronto en los locales del «Daily Mail», el periódico inglés patrocinador de la ocurrencia, se sabían con pelos y señales todos los detalles del viaje, como se carecía en absoluto de la más mínima noticia.

Llevaban recorridos unos mil ochocientos kilómetros por aire desde que saliesen de Canarias. Se habían vencido los inconvenientes supuestos: el frío, el calor, el sueño, la sed, el hambre... Se había regulado, con la conveniencia de los momentos en que ello tenía necesidad de ocurrir, el dispositivo especial para el funcionamiento del mecanismo que hacía que el gas del globo sirviese de ascensor o de descensor. Los turnos de guardia eran perfectos. Algún que otro pájaro se había posado en

la «Góndola», sirviendo de ocasional compañero de viaje. Pero la lluvia no había aparecido.

Hasta que apareció.

LA LLUVIA, ENEMIGO DE MUERTE

Ello fué a la tercera noche.

Aún no había terminado de bajar el crepúsculo. El cielo presentaba un aspecto denso, con negros nubarrones, con descargas eléctricas en lejanía. El viento se había hecho más fuerte, más rápido. El mar ya no era verde, ni azul, sino gris plomizo, como si desde arriba pareciese el tinte de un inmenso féretro.

—Va a haber tempestad —sentenció lacónicamente Arnold Beauprés Elioart, el comandante de la nave.

Rose Mary Mudie y su marido se dispusieron a sujetar y ordenar los artefactos de a bordo. Tim Elioart, el joven telegrafista, afianzó los aparatos de comunicación inalámbrica y repasó el dispositivo de cierre del globo para impedir que la mezcla de aire con el hidrógeno se convirtiese en inflamable y, haciendo explosión, corriese el peligro de incendio para «El Pequeño Mundo».

—Ya estamos en ella.

Efectivamente, «El Pequeño Mundo», casi de repente, se encontró inmerso en la más espantosa mezcla de lluvia, huracanes, rayos, truenos, relámpagos y trombas marinas.

—Nos hallábamos entonces, cuando aquello ocurrió, a una altura de 1.375 metros —contaba Rose Mary Mudie—. Yo, entonces, con la luz de una bengala, traté, inútilmente, de mantener

en constante observación las variaciones del altímetro. Pero el viento me apagaba mi fuente luminosa. Los demás aseguraron bien todas las amarras y Arnold dió la orden terminante de cerrar las escotillas. Dentro de la «Góndola» oíamos caer, como repiqueteo de ametralladoras, los gruesos goterones de la tormenta. Por las junturas de la barquilla se divisaba la luz de los relámpagos y se escuchaba el rezumbido de los rayos cayendo en el mar. Yo, de verdad, entonces creí que jamás lo podríamos contar.

Sería ya más de media noche. La tormenta duraba cerca de cinco horas.

—Cinco horas como un auténtico papel de fumar en medio de una ráfaga de viento callejera.

En medio de aquel infierno de agua, electricidad y ruidos, los aterrados ocupantes de «El Pequeño Mundo» pudieron comprobar cómo iban perdiendo altura a una velocidad de seis metros por segundo. Luchando con el sueño, con el cansancio y con el miedo, los cuatro nautas redoblaron sus esfuerzos para evitar caer en las aguas.

—Hay que dejar salir más gas. El peso del agua empapando la «góndola», y la estructura del plástico es lo que ha hecho que el globo pese más. Para eso hay que arrojar lastre—ordenó Eiloar padre.

Fué arrojado al agua cuanto se consideró que no era indispensable: el jabón de olor, el flautín de Tim, los frascos de perfumes y el ya inservible aparato de radio. Lo único que conservó Rose Mary, enganchada a su cuello, fué la máquina fotográfica.

El aspecto de los aventureros era desconsolador. Presentaban la figura de unos auténticos náufragos, a unos cuatrocientos metros sobre el mar. Las ropas mojadas, casi destrozadas; soñolientos, hambrientos, se aprestaron a la tarea de dejar escapar el gas.

Estaba amaneciendo.

Como consecuencia de la manobra gaseosa, el globo comenzó a ascender rápidamente.

—Demasiado rápidamente —día luego Colin.

Se había salvado la tempestad. Pero aquella alegría duró poco. Una rotura en un enganche y la salida cada vez más tumultuosa del gas por la deteriorada boquilla, hizo comprender a los tripulantes de «El Pequeño Mundo» que el camino por el aire estaba tocando a su fin.

Habían recorrido dos mil kilómetros aéreos desde que salieron desde Canarias.

—Hay que prepararse para caer en el mar—resolvió Arnold, el capitán.

Todos se miraron apesadumbrados, con una gran sombra de tristeza en los ojos. pero no había más remedio si no se quería correr el riesgo de un amaraje forzoso, con el peligro de un vuelco de la góndola y una muerte segura para todos.

La claridad del día no había llegado totalmente.

Sin embargo, los expedicionarios sí pudieron comprobar que se encontraban, lo más, a una altura de trescientos metros sobre las aguas.

—Cortad poco a poco las amarras...

Tim empuñó los grandes cortafíos.

—Que se escape el gas por completo...

Colin abrió totalmente la espita de la pelota de plástico.

La naranja blanchuzca, que parecía el globo, empezó a aflojarse. Por efecto de los cortes de las amarras y de la pérdida del gas, la «Góndola» comenzó a descender velozmente.

—Notábamos cómo nos faltaban sesenta, cincuenta, cuarenta, treinta metros—relata Rose Mary—. De repente nos quedamos un momento como suspendidos del aire, y ya, sin poderlo remediar, desde una altura de catorce metros, la «Góndola» cayó pesadamente a plomo sobre la superficie del mar, se encabritó un momento y luego se quedó muy quieta, terriblemente quieta.

Arnold ordenó:

—¡Echad el ancla!

Serían las once de la mañana cuando los tripulantes de «El Pequeño Mundo», que habrán sido antes rendidos por el sueño, volvieron a despertar.

LA LUZ DEL FARO DE BARBADOS

—Ya estábamos en el agua. Mis tres compañeros y yo nos encontramos entre aturdidos, entre confusos. Yo me dispuse lo primero a preparar un poco de té y algún alimento para todos, que buena falta nos hacía. Se nos presentaba, tanto para Arnold como para Tim y Colin, mi marido, como para mí, la parte más dura y penosa del viaje. La navegación por nuestros propios pies.

Efectivamente, la barquilla o «Góndola» de «El Pequeño Mundo» llevaba un dispositivo especial, accionado por los pies de los propios tripulantes, parecido a los pedales de las bicicletas. Para servir de fuerza motriz e impulsora del artefacto caso de que este tuviera que navegar sobre la superficie del mar.

En aquel momento les quedaban casi tres mil kilómetros de travesía marinera, en el supuesto de que no tropezasen con tifones u otros obstáculos prácticamente insalvables.

Como complemento de estas palas marineras, la «Góndola» llevaba en su aparejo un palo mástil y un par de velas gemelas que serían de gran ayuda en la navegación.

—No nos tropezamos con ningún barco en nuestro camino. Sólo durante dos veces, en lontananza, divisamos un par de columnas de humo, pero estaban tan lejos y nosotros éramos tan pequeños que era prácticamente imposible que se diesen cuenta de nuestra presencia.

Mientras tanto, sin aparato de radio, en Londres se empezó a temer por la suerte de los tripulantes de «El Pequeño Mundo».

—La parte de navegación por el agua—continúa Rose Mary—fué menos sensacional, y mucho



La barquilla de «El Pequeño Mundo», después de más de 3.000 kilómetros de navegación marítima, termina felizmente su travesía



Arnold B. Biloart es llevado a hombros por los nativos de las islas Barbados

más pesada que la de navegación por el aire. No tuvimos grandes tormentas ni excesivas calmas chichas. Lo peor de todo fué la Navidad. Y no físicamente, sino moralmente. Nos encontramos como en soledad, en aquella fecha, en medio mundo. Por ello, la Navidad fué más bien triste. Nuestra única celebración consistió en un poco más de agua por cabeza y una doble ración de coñac.

Sería el coñac, sería el estómago vacío, lo cierto es que Tim comenzó machaconamente a entonar canciones nostálgicas de sus tiempos de estudiante en Cambridge. Monótonamente fué quedándose dormido. Y aquella noche no pudo hacer su guardia porque lo que tenía era una sencilla borrachera cogida con una simple copa de coñac.

A las once y media de la noche del 23, día de navegación, alcanzaron a ver la luz del faro de Ragned Point, Barbados.

—Aquello nos indicó que nuestra aventura estaba, felizmente, tocando a su fin.

A LA CABEZA, EL GOBERNADOR

A las seis de la mañana, la se-

ñora Mudie advirtió la línea de la costa.

—Era la playa de Crane.

A tan temprana hora de la mañana, por aquellas aguas había un pescador, el señor Brathwaite, dedicado a la captura de del-fines. Cuando avistó a la singular embarcación, se les acercó y así, sin más, les espetó la pregunta:

—¿Son ustedes los de «El Pequeño Mundo»?

Y sin más, también, la respuesta fué igual de laconica:

—Sí, somos.

Entonces se convino el negocio.

—Si me pagan diecisiete libras les puedo remolcar hasta la costa.

—Aceptado.

Los tripulantes, que después de veintitrés días de partida habían recorrido cinco mil kilómetros por aire, por mar o por lo que fuese, se aprestaron a llegar a tierra firme.

—Entonces echamos de menos nuestros desaparecidos frascos de perfumes, de jabón de olor, mi pintura para labios y mi esmalte para las uñas—se lamentaba la señora Mudie.

Cuando llegaron a la playa de Crane, tras una tardanza de más de dos horas desde que se convi-

niese el remolque, en la playa había una nube de fotógrafos, de periodistas, de indígenas con el gobernador, incluso, a la cabeza. Un helicóptero del «Daily Mail» evolucionó sobre las cabezas, recogiendo el acontecimiento, y la foto de arribada de tan singulares viajeros fué transmitida por telefoto y reproducida en todos los periódicos del mundo.

Los cuatro aeronautas y nautas, mitad y mitad por las circunstancias, estaban contentos, tranquilos y satisfechos.

Alguien ha habido que ha echado cuentas sobre ciertas incompatibilidades entre horarios, distancias y demás menudencias que para nada empañan este suceso.

Porque, como ellos dicen:

—Hemos superado el record de permanencia en el aire en globo y el de distancia en el mismo medio de locomoción.

Y por ahora, mientras no se demuestre lo contrario, ésa es su victoria.

A menos que salga el que lo certifique.

Que siempre hay aguafiestas en este mundo pecador.

José María DELEYTO



EL ARTE, UN LENGUAJE QUE TODOS ENTIENDEN



La educación artística es fundamental para el progreso cultural de los pueblos. Arriba, a la derecha, Gert Weber, especialista de la U. N. E. S. C. O. en esta materia

UN MODO EFICAZ DE RESTAURAR EL EQUILIBRIO INDIVIDUAL EN LA SOCIEDAD MODERNA

GERT WEBER, PRIMER ESPECIALISTA DEL MUNDO EN EDUCACION ARTISTICA

EN el aeropuerto de Barajas las carreras y las prisas son el pan de cada hora. En el aeropuerto de Barajas basta el más leve signo de interés para que una verdadera nube de fotógrafos, creyendo atisbar la cabeza de algún «astro» cinematográfico, se lance a la pista a la caza de su placa en exclusiva.

Algo por el estilo ocurría este día de la llegada del señor Gert Weber, especialista del Programa de Educación Artística de la Unesco. La vista del fotógrafo que acompañaba a don Hugo Muñoz García, secretario general adjunto de la O. E. I., causaba inquietudes entre los representantes de la profesión que no estaban en antecedentes. ¿Llegaría alguna estrella rutilante, algún futbolista?

—¿Mister Weber? ¿Mister Weber?

A la llegada de un avión es difícil entenderse. Y más cuando los fogonazos de los «flashes» estorbaban. Pero en esta ocasión todo se hizo con orden. Sólo que Hugo Muñoz García no atinaba a distinguir al señor Weber. Hasta que

se oyó una voz alegre, una mano que se agitaba sin protocolos en el aire.

—¡Yooo!

HAGA USTED ARTE

Mister Gert Weber es un hombre joven, alto, de rasgos vigorosos y simpático. Es cordial, alegre y decidido. El primer especialista del mundo en educación artística es, más que nada, alegre. Todo parece captarlo para su alegría. De nuestra ciudad le iban gustando la luz, las calles, el aire de las gentes. Y esta manera de accionar nuestra, en la que las manos son las protagonistas principales.

De las teorías que sobre la importancia de la educación artística en la sociedad moderna tiene el señor Weber, nos fuimos enterando poco a poco. Toda su vida la viene dedicando este hombre de aspecto recio y campechano al Arte. Profesor de Arte ha sido en Alemania en varios Institutos de enseñanza media.

—En esta enseñanza me fui dando cuenta de la importancia

que la educación artística puede tener en la sociedad.

Dedicado de lleno a esta actividad, su nombre se conoce y difunde. En 1934 es miembro fundador de la Asociación Internacional de Educación a través del Arte, en la Casa de la Unesco. En 1956 se le nombra especialista en programas de Educación Artística.

En calidad de representante de la Unesco viene ahora a nuestro país para pronunciar una conferencia en la Exposición de Arte Iberoamericano.

—La conferencia tendrá este tema: «La importancia de la educación artística en la sociedad moderna». Es muy importante que un niño pueda desarrollar una actividad artística del tipo que sea. Y es muy importante también que los adultos dediquen algún rato libre a aquella actividad de tipo artístico que más les vaya. Es una manera de terminar con la angustia de vivir.

COMPRESION ENTRE LAS GENTES

En un mundo que vive bajo el choque amenazador de la técnica,

tendiendo cada vez más hacia el racionalismo y el materialismo, el alentar la sensibilidad y el activar la capacidad creadora constituye una tarea primordial en la educación escolar y de adultos.

—Este es un mundo de progreso técnico, de industrialización y administración, de energía atómica, investigaciones nucleares y proyectiles dirigidos, de radio, televisión, materiales sintéticos y producción masiva. Nuestra sociedad moderna se encuentra moldeada por la economía y la tecnología. La creciente atmósfera de sobresalto y angustia a todos preocupa.

Míster Weber cree que hay una manera de restaurar el equilibrio del individuo.

—Esta manera es el Arte, indudablemente.

De manera sencilla da el porqué.

—Al trabajar, al crear, por mínima que la obra sea, el hombre aprende a valorar su propio trabajo. Aprende a valorar su sencilla obra artística creada por sus manos.

Todo esto, tan simple aparente-

mente, tiene una serie de ventajas para la sociedad. Un tipo cualquiera de interés artístico sirve para reunir una serie de personas, de individuos de diferente condición, clase y edad, que se sienten atraídos por idéntico quehacer y comunidad de miras.

—Es una forma de llegar a una comprensión entre gentes muy diferentes. Con obras de arte se pueden comprender quiénes poseen diferente idioma y nacionalidad.

El Arte es un valioso lenguaje para la comprensión internacional.

EQUILIBRIO Y CREACION

Por este motivo, la Unesco ha dedicado parte de su variado programa a promover la educación artística.

—Se vale de muchos medios. A los especialistas se les ha organizado para que estudien el papel de las artes visuales y aun la artesanía en la educación.

—¿Es que la música no es importante en este sentido?

—Muchísimo, pero se incluye en programa aparte.

No es fácil que la mayoría de la gente pueda llegar a «crear» música buena o mala. En cambio, si es fácil que cualquier persona llegue a ejecutar un dibujo o una cerámica. Mejor o peor estas obras llegará a realizarlas. Y de lo que se trata es de que el individuo recupere el equilibrio y el interés por la existencia que le aplasta, a través de la «creación artística».

—En diversos centros de trabajo se han organizado cursos de educación artística para adultos. Y, sobre todo, se han organizado ejercicios prácticos.

En España existen en numerosas empresas desde hace ya tiempo Cuadros Artísticos para los que sienten afición por el teatro, por ejemplo. Todo esto se pretende llevar y se lleva de hecho más allá. El trabajador puede pasar sus horas libres pintando, estudiando un instrumento musical o modelando.

—Naturalmente se cuenta con la adhesión a la idea de numerosos centros de trabajo y empresas que están en todo de acuerdo con el programa de Educación Artística de la Unesco.

EL ARTE INFANTIL, DON DE LA HUMANIDAD

El señor Gert Weber es un hombre abierto. Interrumpe su charla para gastar bromas y contar chistes. Ha recorrido Madrid y se marcha lleno de admiración por ella. Fué, desde luego, al Museo del Prado y al Palacio de Oriente.

—El Museo del Prado me pareció la pinacoteca más completa que he visto nunca.

Sus elogios están llenos de sinceridad. La conferencia que ha venido a dar sobre el tema tan apasionante que discutimos tuvo por escenario la Exposición Iberoamericana de Arte Infantil, en la que se exhiben obras originales de niños menores de catorce años, de veintidós países. Para ella tuvo el señor Weber esos elogios que no se fingen.

—Es la Exposición más formida-



Nuevos modelos funcionales de tres dimensiones



Una clase de Arte de una Universidad americana

ble que, en su género, se haya hecho nunca.

Está contento, muy contento del éxito de su conferencia.

A don Hugo Muñoz García, secretario general adjunto de la O. E. L., se le vió cargar con sillas porque faltaban asientos para todos.

—Y eso que era una conferencia en inglés.

Cuando Gert Weber habla de los niños, lo hace de una manera especial. Hacia ellos se dirige la mayor parte de la atención de los especialistas de este programa de la Unesco.

—El niño es asombroso. El niño posee una capacidad artística en la que parece raro que no se haya reparado hasta hace unos años, muy pocos.

Esta capacidad artística del niño permanece latente en la adolescencia y en la edad adulta. Al adulto se le puede educar como se viene haciendo, pero carece de la espontaneidad y frescura del chico.

—Todos han estado ciegos para ver esa magnífica capacidad de los chiquillos. En las clases de dibujo técnico o académico los niños se veían obligados a copiar del natural modelos o formas geométricas de un modo superfi-

cial y absolutamente impersonal.

Creo que cada cual recuerda aquellas horribles láminas que uno tenía que reproducir con cierta fidelidad—si ésta era excesiva uno podía ser culpado de haberla calcado—o aquellos modelos de escayola tan difíciles de sacar con la nariz del tamaño adecuado. La verdad es que creo que a nadie le importaban demasiado. Pues bien, ahora al niño se le permite expresarse por medio del dibujo libre y espontáneamente.

—El arte infantil, don precioso de la Humanidad, se ha transformado de manera sorprendente: de ser una rutinaria actividad escolar ha pasado a ser un factor fundamental en la educación de la juventud. El niño, al crear, lo mismo en pintura, dibujo, escultura, baile, representación teatral o canto, intenta expresar sus sentimientos, emociones y pensamientos de una forma comprensible.

FUERA DEL CIRCULO MAGICO

Weber es un magnífico conocedor de la infancia y de la adolescencia. Desde que comenzara sus estudios de Arte en la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf hasta el día de hoy le ha ve-

nido interesando vivamente la educación artística del niño.

Desde el primer momento vió Weber claro en los chiquillos. Y vió que esas manifestaciones artísticas libres no se debían de considerar como graciosos productos de las lecciones de Arte en los Jardines de la Infancia o en la escuela, sino como manifestaciones estéticas de particular interés para los profesores y padres. Porque, sobre todo, son documentos del desarrollo de la individualidad, manifestaciones de la fuerza creadora que hay que descubrir y alentar.

Gert Weber, que figuró en su país como inspector en la educación artística y formación de maestros; que ha sido, como ya se ha dicho, profesor de Arte en varios Institutos alemanes de Enseñanza Media, ha podido comprobar el fruto real de estas teorías. Cuando representó a Alemania en el Seminario de la Unesco sobre el «Papel de las artes visuales en la educación», pudo aportar datos decisivos.

—El niño no dibuja o pinta de forma enigmática. Cuando crea se da a conocer a sí mismo con una franqueza impresionante. Estas comunicaciones en color, forma, gesto o baile—estas manifes-



En la escultura también van entrando todos los «ismos», como exploración de la capacidad creadora del individuo

taciones espontáneas—indican la necesidad del niño de verse a sí mismo y expresarse tal como es, así como su deseo de expresar e imaginar libremente con el fin de constituirse en un ser activo.

Hay más: el hecho de que las obras artísticas de un niño revelen más claramente que ningún «test» psicológico las fases del desarrollo de su personalidad nos demuestra la importancia que se debe dar a la enseñanza de las artes. Son múltiples las posibilidades educativas que de ello se derivan y una gran responsabilidad la que pesa sobre los padres y maestros.

El lugar que el Arte debe ocupar en el cuadro de la educación tiene en la actualidad un nuevo significado.

—La libertad creadora, esa maravillosa habilidad de expresar emociones y sensaciones, debe ser cuidadosamente fomentada dentro de un sistema educativo compensado.

Nos hace recordar los colores, formas y calidades pictóricas de la Exposición de Arte Iberoamericano, en la que los niños se expresaron libremente.

—Los adultos, al contemplar los dibujos infantiles, nos sentimos

como introducidos en un círculo mágico, un paraíso perdido, al que solamente vuelven quizá algunos pocos privilegiados artistas.

LA INFLUENCIA DEL ARTE INFANTIL EN EL ARTE MODERNO. ARTE PARA TODOS

Las investigaciones psicológicas efectuadas durante las primeras décadas del siglo actual dieron un gran impulso al descubrimiento de la capacidad creadora latente en los niños. Estas investigaciones trajeron consigo muchos cambios, algunos radicales, en los métodos de enseñanza. Artistas y críticos de Arte han prestado en los tiempos pasados una importante contribución alentando la educación artística. Junto con el arte popular o el arte indígena, los expresivos dibujos y multicolores pinturas del arte infantil fueron descubiertos, acogidos con entusiasmo y dados a conocer al público. El arte infantil penetró en Exposiciones, se mostró en galerías de Arte y aun en Museos. Por otra parte, se observa un proceso inaudito: la influencia del arte infantil en el arte moderno. El cambio de actitud con respecto a la capacidad crea-

dora del niño ha hecho cambiar la actitud pedagógica. El marcado lugar que debe ocupar la educación a través del Arte en la educación en general, su influencia posterior en las relaciones de la sociedad moderna precisa otro tipo de dirección.

—Estos han sido los motivos por los cuales el primitivo profesor de dibujo ha sido paulatinamente sustituido por el especialista en educación artística.

Weber habla de lo que es un educador artístico y de las muchas cargas que pesan sobre él. —Sus tareas son difíciles, su labor tan agotadora como satisfactoria. También sus funciones formativas son muchas y la carga de responsabilidad pesa como educador y como artista.

Aún más: el profesor de Arte titulado ocupa una posición clave. Debe conocer las diferencias que existen en la naturaleza humana, las diferentes capacidades, la relación que existe entre la expresión creadora y el arte, para proporcionar al alumno los resultados de la investigación profesional.

—El educador artístico nunca deberá abusar de la capacidad creadora del niño con teorías o



métodos nuevos. Es de la mayor importancia que conozca la medida que debe exigir a sus alumnos.

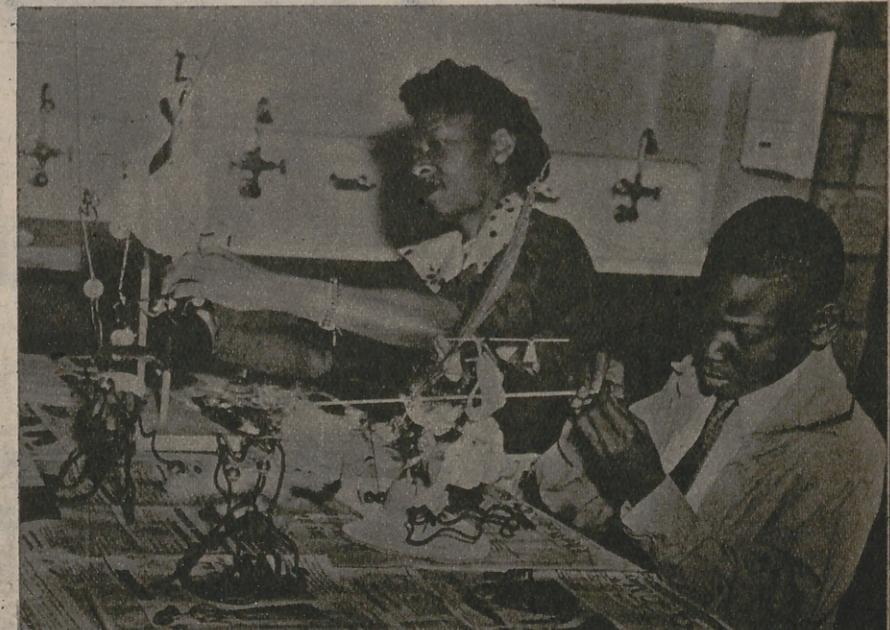
Gert Weber, el hombre del que don Hugo Muñoz decía que «es alemán, escribe en inglés y piensa en español», tiene algo más que añadir para los educadores en esta tarea suya de conseguir una sociedad más perfecta por medio del Arte.

—Por encima de todos los profesores de Arte tiene que persuadirse de que nunca puede ser el propósito, fin u objeto de la educación artística el convertir a los niños en artistas. La educación artística no es el privilegio de unos pocos superdotados, los «astros». La educación artística es para todos.

Niños, adolescentes y adultos aún están todos a tiempo. Gert Weber, profesor de Arte, que como buen alemán fuma cigarrillos ingleses, sonríe en castellano.

Tres cosas le gustaron mucho de nuestro país: la paella, el vino de Rioja y el Museo del Prado. Tres cosas consabidas, pero no por ello menos halagadoras.

Maria Jesús ECHEVARRIA



Los niños tienen una sensibilidad extraordinaria para el Arte y en estos últimos años se ha procurado educarlos en todas las manifestaciones artísticas



EL EMIGRANTE

NOVELA por Pedro GARMENDIA

EL emigrante, apoyados los fuertes brazos en la banda del barco, observaba la lenta maniobra del vapor saliendo del puerto. Un agua sucia y burbujeante, con escamas de grasa y detritus, era la huella dejada donde había amarrado antes. La sirena ululaba advirtiendo la maniobra. Los bultos y las personas apiñadas en el muelle empezaban a adquirir movimientos oscilatorios, como si también partiesen. Barcos de gran tonelaje, empenachados

gentes, cabeceando bovinamente al costado del muelle. Un olor intenso, entremezclado de especias, alimentos, con el salitroso de los cordajes y la madera de cubierta, se le metía por el olfato, dándole un raro gusto de tufillo entre cocina oriental y fuerte olor a brea y tela mojada. El barco enfilaba ya la salida del puerto. Las gentes reunidas en el malecón, que habían ido despedir a los viajeros, se reducían de tamaño por momentos. Pequeños barcos de pesca pasaban

emigrantes, reunidos en cubierta, agitaban los brazos en señal de despedida. Muchos estaban francamente emocionados, pero él era un hombre fuerte y, henchido el pecho de confianza en el futuro, observaba con despreciativa benevolencia la emotividad de sus compañeros.

Allí, sin todavía hacer esfuerzo de vista, podía distinguir a los viejos apoyados el uno en el otro, moviendo sus tímidos pañuelos en gesto dulce y fatal. Le habían acompañado hasta el puerto para decirle adiós en el último instante, a pesar de su resistencia. A él le incomodaban estas demostraciones públicas de cariño paterno. Hubiera preferido haberlo hecho en casa como si se fuese a un trabajo cualquiera. Sin darle importancia. Pero no pudo vencer su terca determinación y no hubo más remedio que ceder. Todo fué resistencia hasta vencer la voluntad paterna.

—En casa estarás siempre mejor, hijo. Ya pasarán las apreturas. En esos sitios nunca se sabe lo que te puede ocurrir.

Estos y otros argumentos fueron expuestos por los padres con terquedad heroica para frustrar sus planes americanos, pero al fin venció aquellos tontos temores. Esto último no pudo evitarlo. La escena que le hicieron antes de salir el barco le llenaba de vergüenza y de indignación. Era cruel pensar así, pero no podía reaccionar de otra manera. Hubiera dado la mitad de su vida para que no sucediese. La madre se abrazó a él emocionada:

—¡Hijo mío, qué será de ti! Escribenos en cuanto llegues. Cuidate mucho. Mira que no estaré a tu lado para cuidarte.

Y sensiblerías por el estilo. El padre era más discreto. Le dirigió la palabra en pocas ocasiones y disimulaba su emoción con un aire torvo y vencido. La madre le echaba las manos al cuello por cualquier pretexto, besuqueándole y llorando constantemente.

Tenía la sensación de que las gentes allí reunidas le miraban a hurtadillas, y esta sospecha le avergonzaba hasta enojecer. Los oficiales andaban por cubierta rogando desembarcasen los familiares y amigos, pues el barco iba a zarpar. Hizo un esfuerzo para que los padres no se diesen cuenta de su violencia.

Ahora lo veía todo claro. Estas demostraciones de cariño paterno siempre le habían ablandado a la hora de las grandes decisiones. No era ésta la única vez que había intentado emanciparse de la tutela familiar e indefectiblemente había acabado cediendo a sus ruegos. Esta vez, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse intimidar por tales argumentos.

La emoción, a pesar suyo, se le subía a la garganta en un nudo inexorable, y no pudiendo contenerla, se sintió irritado contra sí mismo y cuanto le rodeaba.

—Madre volveré y volveré rico. No tenéis por qué atormentaros ni sacar las cosas de quicio.... y daros prisa que el barco va a salir de un momento a otro.

Al oírle hablar así la madre se agarró desesperadamente a él. Le miraba fija, como queriendo grabar en su mente la imagen del hijo. Así estuvo un momento que a él le pareció un siglo. Los alta-vozes de cubierta advirtieron por última vez la inminencia de la marcha. El apartó sus brazos en gesto rápido, casi con violencia. El padre, rodeándola con el brazo, la arrastró materialmente a tierra.

Se hizo la maniobra de desatraque y el barco empezó a girar sobre sí mismo, separándose lentamente del muro de atraque.

¡Al fin se acabó la bochornosa escena! Sintió con alivio cómo al soltar el barco cabos que le unían con tierra él también se había desembarazado del sórdido pasado. De la mediocridad que le corroía en constante irresolución haciendo presa en sus ansias de libertad, de acción. Él y el horizonte subyugante de la aventura que desentrañaría, cuyo misterio hendiría como la proa del barco abría la ancha superficie del mar.

El nutrido grupo de pasajeros fué diseminándose. Unos se quedaron paseando o apoyados en la borda, contemplando el agua; otros bajaron a sus camarotes. El barco entraba en mar abierta, y una fuerte brisa azotaba la cubierta por babor. El ir y venir de la marinería, el suave balanceo del barco y los mil detalles de su construcción le distraían por su novedad. Las áridas tierras castellanas fueron la monótona y constante visión de sus vein-

tiacho años de existencia. Los fuertes calores estivales y los rudos fríos de la meseta, sus únicas experiencias climatológicas. El mar no lo conocía. El mar se lo contaron. Lo había intuido incluso antes de tener noticia de él. Y ahora que estaba en él, azotado por su brisa, contemplando el azul intenso de su piel, oyendo el golpear de su cresta contra los costados de la nave, le transmitía una fuerza, unas esperanzas nuevas.

Seguía mirando el mar, pero ya sus pensamientos se remontaban hacia las doradas cimas del triunfo. América era para los fuertes —pensó—, para los audaces que como él iban sin reservas, sin miedo alguno, a enfrentarse con el azar.

Un ímpetu que no había sentido hasta entonces se apoderó de él. Su imaginación exaltada vagaba por los más insospechados caminos de la fortuna y de las cosas agradables. Con optimismo creciente veía su arribada al Nuevo Continente como el principio de una serie de venturosas coincidencias. Ninguna duda, ningún pensamiento desagradable se interponía entre su ánimo fiero y sus amables consideraciones.

Volvería y volvería rico. ¡Ya lo creo! Demostraría a más de un idiota de lo que era capaz él. Borraría de un manotazo todas aquellas miradas de escepticismo con que acogieron su marcha. Al boticario y... al hijo del médico. Aquellos imbéciles que por tener dinero veían y miraban a los demás como a seres inferiores. Esto no podía durar y no tendría que esperar mucho tiempo. Uno de los motivos que le habían impulsado a tomar esta determinación fué la serie de pequeñas humillaciones a que se veía sometido casi a diario por los caciques del pueblo a costa de su humilde condición. Su espíritu orgulloso no podía soportar tal estado de cosas. Por eso se hallaba ahora rumbo a América, dispuesto al todo por el todo, a demostrarles que él no necesitaba heredar para conseguir una posición privilegiada, brillante.

Se dió cuenta de que tales pensamientos le habían dado una actitud casi fiera, insolente, hasta el extremo de accionar físicamente. Al salir de su ensimismamiento notó que algunos pasajeros le miraban extrañados. A punto estuvo de perder el aplomo. Rápidamente adoptó una expresión altanera, y mirando con calculada frialdad a un grupo



de personas que le miraban perplejas se dirigió hacia su camarote.

La atmósfera estaba un poco cargada de humo. El camarote era para cuatro personas. Tres hombres sentados en el borde de la litera inferior fumaban y hablaban acaloradamente. El grupo interrumpió la charla, estudiando al que llegaba. Eran tres emigrantes que, como él, iban a Venezuela. Tenían un aire intimidado y hacían cábalas sobre su destino futuro. Con un «buenas tardes» seco entró y gateó hasta su petate. Los tres hombres prosiguieron su charla:

—No sé... —argüía uno, pequeño, regordete, atacado de pánico reflexivo— No veo nada tranquilizador en esas tierras. El interior me han dicho que está lleno de alimañas y mosquitos. No se puede dar un paso sin tener algún contratiempo o tropezar con alguna fiera. Está infestado de mosquitos y de fiebre... En las ciudades no hay trabajo para tanta gente. Te mandan al interior. Me lo ha contado un marinero que tuvo que enrolarse en este barco de mala manera, después de haber pasado lo suyo en esa maldita selva. Si le hubieseis oído contar se os quita hasta el apetito. ¡Con lo tranquilo que estaba en mi terruño!

—Si tuviésemos alguna suerte, quizá habrá algo en Caracas... —el que así hablaba era un mocetón pícaro de un aire tímido y que imprimía a todo lo que decía un sello convencional e ingenuo—. En los llanos hay bandidos. Es preciso tener mucho cuidado. Si me mandan al campo me vuelvo a casa. Nos lo pintan todo de color de rosa y luego se nos abren los ojos.

El tercero era un hombre de edad indefinida y aire chulángano. Asentía a todo con un movimiento aprobatorio de cabeza. Quizá fuese el más vivo del grupo; sin embargo, su pesimismo le identificaba con los otros dos.

—Lo malo es que no te puedes quedar en el ohollo. Allí no hay trabajo ni na. Lo sé por «El Cansao» que se volvió con el billete pagao y con más gusa...

—Si después de malvender las cuatro cosas que le quedaban a uno sale esto mal... —dijo el mocetón ingenuo al borde del llanto.

—Eso no es lo peor. A ver quien nos paga la vuelta. Yo lo vendí todo, y si no encuentro trabajo al llegar, no sé ni cómo voy a dormir ese mismo día —dijo el regordete, cada vez más alarado.

—¡Quién me mandaría a mí...!

Los tres hombres, atezados por un mismo y negro pensamiento, callaron. Se veía claramente que en la idea confusa de sus temores no encontraban una solución a tanta pesadumbre. La declaración mutua de sus dudas no había hecho sino confundirlos y asustarlos más. Amedrentados, silenciosos, posaban su mirada huidiza por todos los sitios del compartimento, sin atreverse a mantener la mirada fija en ningún punto. El regordete se agarraba las manos nerviosamente, como si quisiera arrancárselas. El, entre distraído y divertido, había oído la conversación «Con pobres de espíritu como éstos nada se podía hacer» —pensó. Mejor hubiera sido que se hubiesen quedado en su casa. Era un espectáculo lastimoso para los demás. Para los que, como él, tenían un verdadero temple de hombres de garra, de lucha. Esta era la diferencia, el abismo que los separaba entre él y aquellos tipejos. Se complacía contemplando a aquellos seres empujados por el miedo y por la duda. Le halagaba comparar el estado de ánimo, la desmoralización de aquellos insignificantes seres, con su optimismo, con su seguridad, con esa manera de ser y de pisar fuerte en la vida que él tenía.

Los tres infelices, sacudidos como por una sola idea salvadora, miraron suplicantes, inquisitivos, hacia él, como esperando que les aportase algo menos sombrío, alguna explicación que aliviase sus negras reflexiones. El hombre de edad indefinida, haciendo un esfuerzo visible, se dirigió a él:

—Y... usted, ¿qué opina, ¿qué le parece...?

Los miró con indolencia. Una sonrisa de condescendiente desprecio se dibujó en sus labios. Había que darles una lección y estaba dispuesto a ello. Tenía que inyectarles una porción de optimismo. Debía, al mismo tiempo, desengañarles de esa actitud tan poco gallarda como negativa que habían adoptado. Les habló con vozarrón fuerte, dominante.

—¿Craéis, por ejemplo, que si ese marinero de tres peras al cuarto hubiese sido un tipo de reafos, se encontraría ahora limpiando cubiertas? ¿No veis, ignorantes que su derrotada versión es consecuen-

cia de una falta de valor para la vida? ¡Cuánta mamez! ¡Cuánta odiosidad tiene que oír uno! Pensando así nadie intentaría nada. Si hay bandidos, que los haya. ¡Que me echen a mí todos los bandidos, los mosquitos y fieras del llano! ¡Ya verán cómo las gasti! Hay que abordar las dificultades con la moral entera, como tios de verdad. Que no digan que necesitamos nifera. Tenemos que triunfar apartando a los demás. Con decisión. Hay que hacer honor de donde procedemos. ¿No veis que parecéis tímidos muchachos asustados? ¡Animo, hombre! Según vuestro estado de ánimo, de vuestra presencia, así os juzgarán. ¡Valor y adelante! ¡Hasta el final!

A medida que iba hablando se contagiaba más y más de su propia palabra. Decididamente, era un tipo duro. Mientras estuvieran con él sabía que el desánimo no haría mella en ellos. No estaba dispuesto a dejarlos hundirse antes de empezar la pelea. Desgraciadamente, al desembarcar se separarían, y entonces él no podría dominarlos, dirigirlos... En fin, si por lo menos se acordasen de sus palabras, del sentido fuerte, esforzado, que había tratado de inculcarles...

Los otros escucharon boquiabiertos. Con una expresión embobada en el rostro le contemplaban como a un pequeño dios, le admiraban. Les hipnotizaba su palabra arrogante y su actitud insolente, magnífica. El se dio cuenta de este mudo homenaje en la expresión de sus ojos de perros agradecidos y humillados. En su compostura rendida hacia su persona, una sonrisa de satisfacción le inundó el semblante.

—¿Fuma usted?

—No, gracias; ahora, no.

No merecía la pena hablar más. Se volvió mirando al techo. Sin previo aviso. Los otros, confundidos, se tumbaron en sus literas, fumando en silencio. Aunque la luz del camarote era deficiente, quizá pudiese leer algo hasta que les llegase el turno de la cena. Rebuscó en el petate que le habían preparado en casa algún libro con que distraer el tiempo de espera. Por el tragaluz del camarote apenas entraba ya una luz mortecina que indicaba claramente la caída de la tarde. Encontró al azar un pequeño libro, precisamente de viajes, y se dispuso a hojearlo.

La verdad era que jamás había viajado en barco. No tenía ninguna experiencia, como es lógico, del mar ni de los pequeños achaques que le podían ocurrir. Quizá fuese eso. Las líneas del libro se superponían unas sobre otras, viendo borrosamente el texto del mismo. No obstante, intentó leer. Imposible. Un balanceo continuo, desagradable, le impedía fijar la vista sobre el libro. Echó una mirada circular por el camarote. La luz del techo, que pendía de una especie de lámpara enrejada, oscilaba constantemente, proyectando sectores intermitentes de sombra y luz en el compartimento. El agua, al golpear en los costados del barco, producía un ruido sordo, monótono, de monstruo adormecido. El ojo de buey, con su párpado oscurecido de la noche, parecía mirarle sombrío, amenazador, destellando desde el fondo negro y semioviente de su pupila pálidos reflejos inquietantes de mudas amenazas. El golpe del agua sobre la obra muerta del vapor iba en aumento por momentos. Cerró el libro nerviosamente, dominado por un vago temor todavía inconcreto. El envite del mar, golpeando cada vez con más brío, hacía crujir de manera siniestra todas sus entrañas, en un lamento continuo e impotente. La puerta del camarote, empujada por un golpe de viento, se cerró con fuerza, haciendo oscilar peligrosamente la lámpara. Cerró el libro y se recostó en el camastro, mirando a un punto fijo del techo. A fin de cuentas, esto no era más que un temporal que pronto pasaría; no debía, pues, alarmarse innecesariamente. No obstante, sentía como una sensación de vacío, de vértigo. Cerró los ojos y trató de dominarse. La habitación permanecía silenciosa. «Los otros —pensó— están aterrizados». Esta suposición le alivió algo. La sensación de malestar seguía en aumento. Abrió los ojos tratando de encontrar una postura más cómoda. A través de la puerta oyó confusamente voces que se acercaban. La puerta se abrió, dando paso a dos marineros, inconfundibles por su indumentaria y sus rostros bronceados por el mar. Parecían de buen humor, a juzgar por sus semblantes sonrientes.

—Esto no tiene ninguna importancia; afortunadamente, hemos evitado la galerna y dentro de unas horas todo habrá pasado.

—Si demoramos un día más la salida, nos quedamos...

de lleno —le contestó el otro, rascándose la cabeza—. ¡En buena nos hubiéramos metido!

—Se quedaron mirando a los ocupantes del camarote entre divertidos y paternos!

—No se preocupen. No es nada. Se trata del coletazo de un temporal que nos pilla de fuera. El centro del baile lo hemos sorteado. Dentro de poco estará todo en calma.

—Aguanten un poco —dijo el otro marinero— y beban algo fuerte, si llevan a mano. Así se pasan mejor las penas... ¡Ah, no suban a cubierta, porque el piso no está muy firme!

Los marineros rieron la ocurrencia. Se volvieron dispuestos a marcharse. Al ir a cerrar la puerta, el último que había hablado se volvió, observando los semblantes preocupados:

—Estén tumbados. Procuren no moverse; se marearán menos —les aconsejó.

Se incorporó ligeramente, apoyándose en los codos. ¿Qué se creían aquellos tipos? Marineros o no, él no necesitaba consejos de esa clase. Hacía falta mucho más tупé para reírse de él.

—¡Eh, oigan! ¡Que ya hemos echado los dientes! ¡Vayan ustedes con el biberón a otra parte! Cuando necesitemos que nos expliquen lo que es el mareo les llamaremos —replicó con furia mal contenida.

Los marineros, sorprendidos por esta inesperada réplica, se volvieron mirándole con asombro. Uno de ellos se adelantó como para replicarle violentamente. Le miró ceñudo a los ojos. El sostuvo desafiante la mirada. Este, pensándolo mejor, se encogió de hombros y, saliendo en pos del otro, cerró de un portazo.

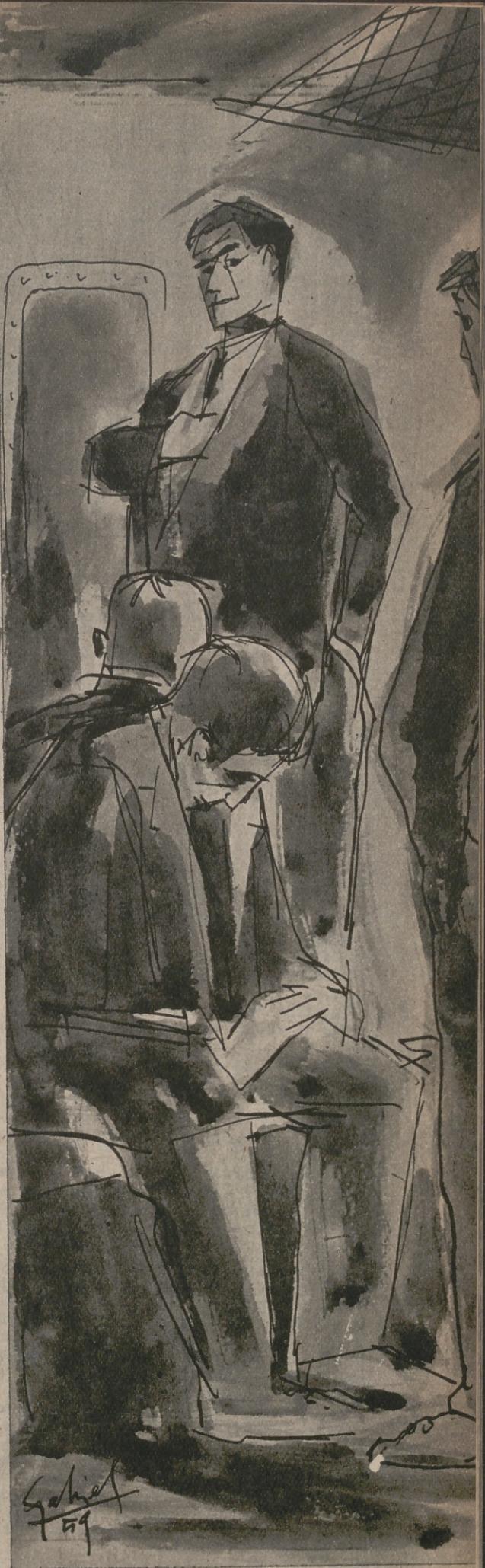
La indignación que le produjo el incidente distrajo su atención momentánea, olvidando casi por completo su malestar. Ya más tranquilo, se recostó dispuesto a dormir un poco. Sin embargo, la sensación de náusea persistía. La cabeza parecía que la tuviese completamente vacía. La náusea se le hacía intolerable por momentos. Abrió los ojos un poco alarmado. ¿No se habría puesto realmente enfermo? Desechó la idea con indignación; los marineros habían dicho que pronto pasaría el temporal, y no había razón para sentirse inquieto. Se acordó de que llevaba en el equipaje unas pastillas contra el mareo. Rebuscó en el mismo y tomó una. Dentro de unos momentos haría su efecto y se encontraría mejor. Entornó los ojos esperando el resultado. Oleadas amarillas y rojizas giraban vertiginosamente por su cabeza. No sentía ninguna mejoría, sino al contrario: se sentía cada vez peor. Abrió los ojos y miró angustiado a todas partes. El camarote le daba vueltas de una manera endemoniada. Un desaliento muy grande iba entrando en él a pesar de todas las reconvenciones que se había hecho a sí mismo. Se encontraba solo, como desamparado, sin saber a quién recurrir en caso de encontrarse peor. Echaba de menos la cama de tierra firme. Aquella cama que ahora le recordaba con íntimo deseo y que todavía estaría caliente en la modesta casa de sus padres. No podía figurarse que fuese tan angustiada la sensación del mareo. Si aquel armatoste dejase de moverse, aunque no fuese más que un rato, le daría tiempo a respirar... A recobrar energías. Miró por el tragaluz con la esperanza de comprobar que el mar estaría más calmado, pero vana ilusión. Las olas se estrellaban ininterrumpidas, furiosas, contra aquel trozo de esperanza por el que él miraba anhelante.

—Lo mejor es no abrir los ojos y quedarse quieto hasta que pase—dijo el hombre delgado, recordando la advertencia de los marineros.

No se atrevía a mirar a los de abajo. Si veían su cara, podrían pensar que tenía miedo... ¡Y eso jamás! Le dolía terriblemente la cabeza. Intentó en un último esfuerzo volverse boca abajo. Todo fué inútil; una creciente angustia le hacía removerse sin encontrar calma. En uno de sus movimientos desesperados sobre el petate, su mirada se encontró con la del hombre delgado que acababa de hacer el comentario y el mocetón, que, sentados ambos al borde de la cama, intercambiaban monosílabos y se miraban con aire preocupado. Del regordete no había ni rastro. Debía de estar tumbado en su litera, y desde donde él se hallaba no podía verlo.

—Mal tiempo...—dijo el hombre delgado, por decir algo, observando con aire crítico su cara—

El mocetón levantó la cabeza, que tenía apoyada entre sus manos, y se le quedó mirando. Debía de tener un aspecto poco tranquilizador, por-



que ambos cambiaron una mirada de auténtica alarma.

—¿Por qué no se toma una aspirina?—se atrevió a balbucir el mocetón.

—¡Si tiene la cara como el yeso! Hay que llamar al médico—dijo asustado el delgadito.

El los miraba entontecido, sin saber qué responder. Inesperadamente un tercer rostro surgió inmediato debajo de él. Era el hombrecito pequeño y medio calvo. Tenía la cara descompuesta por el mareo, y hasta ese momento no había dado señales de vida. Le miró con los ojos relucientes como por el llanto y volvió a desaparecer en su litera.

No, no era broma; estaba realmente malo. Y lo peor de todo es que no tenía nadie a quien acudir. No podía pedirles socorro a ellos después de haberse mostrado tan despreciativo. Los otros también estaban mareados. Sin embargo, parecía que no les afectase como a él. Lo que él tenía debía de ser otra cosa, puesto que, a juzgar por sus efectos, estaba más muerto que vivo. Una taza de té caliente, como le traía su madre cuando estaba enfermo, le aliviaría el cuerpo. Intentar moverse de allí, ¡imposible! En el estado en que se hallaba se rompería la crisma al intentar bajarse de la litera. No sabía qué decisión tomar para salir del estado lastimoso en que se encontraba. ¿Se vería alguna vez al fin de todo aquello? Para colmo de desconsuelos, no se oía ni un solo ruido, ni una lamentación de sus compañeros de camarote que le indujese a suponer que no era a él sólo al que le ocurrían estas tribulaciones. Quizá a ellos no les afectase en lo mínimo el endiablado movimiento del barco..., ¡aunque parecía imposible! Estaba a punto de arrojar... Y luego los mosquitos, el calor, las fieras, los bandidos..., los mil contratiempos que esperaban en aquellas tierras. Se agarró la cabeza, que parecía que le iba a estallar. Tenía frío. Una tiritona le recorría el cuerpo. Tenía casi la certeza que les pasaba lo mismo a los que iban a morir. No podría dormir si le mandaban al Llano; la fiebre inoculada por los mosquitos le haría tiritar como ahora. Un pánico irreflexivo le acometió. Ni vestigio de su antiguo ardor quedaba en él. Estaba caído, destrozado. Era como un animal acorralado y vencido.

Alguien hablaba ahora. Percibía como un murmullo lejano debajo de él. Al parecer, eran frases destinadas a despejar el pesimismo del gordito, que tenía su litera inmediatamente debajo de la suya:

—¡Animo, hombre! No se desanime. Si tiene ganas de arrojar, arroje; verá cómo se siente mejor.

—¡Vaya un tío! No ponga esa cara de desesperación—oía decir al hombre con aire achulado, como entre sueños—. Acuérdate de lo que nos dijo ese señor de ahí arriba. No debemos acoquinarnos por ná. Si a las primeras de cambio nos asustamos...

—¡Oiga, usted—le llamó el delgadito, levantándose del catre—. Dígame cuatro palabras a este desgraciado, que ha tomado a pecho este baile de San Vito y cree el pobrecillo que se va a morir o poco menos.

Se arrastró penosamente hasta el borde de la litera, dejando asomar la cabeza, que pendía inerte, sin vida, bamboleándose a cada movimiento del camarote. Los ojos húmedos, saltones, parecía que se le iban a salir de sus órbitas de un momento a otro. Trató de localizarlos con la mirada, dirigiendo la vista hacia donde le parecía que venían las voces. Una neblina parecía taparle los ojos. Distinguió confusamente unos bultos que se movían, sin concretar sus contornos. Los otros al verle reaparecer de su rincón de esta manera, convertido en un guifiapo, transformado de una manera tan radical, se le quedaron mirando asombrados. Un nuevo escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Intentaba contestarles, pero la boca se le abrió en una mueca trágica, grotesca. Emitió un

sinido ronco ininteligible. Los dos hombres, clavados en sus sitios, se habían quedado de piedra, sin querer dar crédito a lo que veían sus ojos. Por fin pudo ver sus caras de estupor mal disimulado. Creyó leer en su atónita mirada lo grave de su situación. La vida se le volvió negra. ¡No podía más!

—¡Yo me quiero ir con mi madre, yo me quiero ir con mi madre!—berreó sin poder contenerse

Un coro de carcajadas vino a acoger el final de este disparatado relato. Cualquiera que fuese la opinión que se hubieran formado respecto a la historia que acababa de confiarles, lo cierto era que el desenlace les había agradado. O por lo menos les había hecho reír, que ya era, en opinión de Enrique, un resultado nada despreciable. Esta deducción tan simple como cierta le dejó satisfecho. Enrique sonrió a sus invitados visiblemente complacido.

Acababan de tomar café junto a la chimenea, y en ese momento perezoso y satisfecho en que, después de una buena mesa, las gentes intiman, se hacen confidencias o relatan sucesos más o menos divertidos al ritmo de una buena digestión, fué cuando le llegaron suavemente, sin esfuerzo, a la memoria todos y cada uno de los pormenores de esta historia.

A juzgar por el semblante de los allí reunidos, casi se podría apostar que sin este pequeño estimulante se hubieran sentido igualmente felices. No obstante, Enrique no quiso desaprovechar el momento propicio para intercalar su relato, cerrando así por esa noche el ciclo de su hospitalidad.

El criado, después de servir los licores, se retiró silencioso. La habitación se hallaba solamente alumbrada por una pantalla de luz indirecta situada sobre una mesita tabaquera, a prudente distancia de donde se hallaban reunidos. Su luz tamizada apenas daba luz suficiente como para discernir las siluetas de las personas y los contornos de la habitación. Pesados stores cerraban el hueco de un balcón central. El chisporroteo de los leños de la chimenea iluminó por un instante la habitación.

—En realidad—dijo sonriendo todavía missis Hopkiss, una dama rubia pasada lo justo por París, Capri, Positano..., por todo ese camino implícito en código del gran mundo—, lo que menos importancia tiene es lo que pueda haber de cierto en este relato. Me admira la imaginación que tiene usted, Enrique, para inventar cualquier historia. Debería intentar escribir, querido.

Enrique se sintió halagado por el comentario. Sin embargo, estas hipotéticas cualidades de escritor que ya le habían ponderado en repetidas ocasiones sólo las aprovechaba como una función social más y para amigos benévolo que quisieran escucharle sin meterse en más averiguaciones. Sonrió significativamente, pareciéndole, por otra parte, que no era tan descabellada la apreciación de missis Hopkiss.

—El final sobre todo, es ocurrente, aun cuando si me permite la observación, no me parece demasiado similar—comentó un hombre fornido, tan lleno de andilios y de realismo como de falta de imaginación, que estaba acomodado a su izquierda—. No es, digamos, frecuente que en tales circunstancias un hombre como el que usted ha descrito reaccione de manera tan ridícula. Me parece una versión más literaria que real.

—Bien—replicó Enrique al señor que acababa de hablar—. Espero que coincidirán conmigo que, a fin de cuentas, eso que usted, Yáñez, llama una versión literaria es como debería haber ocurrido. Ya que en literatura se describen las cosas como deberían ser en la realidad y no como son. Supuesto

que un argumento está generalmente construido con una lógica, y todos tenemos constancia de que en los hechos, digamos otra vez reales, existe con demasiada frecuencia una ilógica aplastante. Yáñez le miró bovinamente, sin saber de qué iba la cosa.

—¿No querrá insinuarnos entonces que lo absurdo de este relato se debe a que es auténtico?—casi atajó con una mirada de inteligente descubrimiento missis Hopkiss.

—¡Oh!, imposible—exclamó la esposa del fornido y acaudalado caballero que había hablado antes. No terminaba de digerir bien el relato ni la controversia suscitada, y, dicho sea de paso, era una mujer pasada sin haber en realidad pasado por nada.

Mas la aguda observación de missis Hopkiss tuvo la virtud de despertar el interés general. Todas las miradas convergían interrogadoras sobre Enrique, esperando con avidez su aclaración.

Este, notando hasta qué punto había llegado la curiosidad de sus amigos por saber en qué paraba todo aquello, dilató deliberadamente la respuesta, intentando forzar un mayor tiempo de «suspense». Se levantó con parsimonia; se dirigió al licorero y se sirvió una generosa copa de «Martell». Con estudiada lentitud volvió a sentarse en su butaca, cruzando con displicencia las piernas. Se llevó la copa a los labios, observando mientras bebía con el rabllo del ojo a sus invitados. Una cortesía elemental les impedía interrumpirle en la libación. «Cuántas ventajas depara la civilización incluso a los inteligentes», pensó. Dejó la copa sobre la mesa y se les quedó mirando con ojos burlones:

—Sí, Missis Hopkiss, usted lo ha dicho. Es auténtico, real, cuanto he referido de esta historia. Verídicos los personajes y los hechos. Ni siquiera me queda el prurito de atribuirme el mérito de transmitirse a ustedes con fidelidad, ya que hasta en esto la evocación ha sido más fiel que mi memoria. Hará de esto —añadió como monologando consigo mismo— unos veinte años... Quizá algo más.

Sus amigos, que esperaban una respuesta mas categórica, acogieron esta nueva aportación al relato sin saber adónde quería ir a parar.

—Si usted lo afirma...—arguyó nada convencido el hombre acaudalado y próspero—, no tendremos inconveniente en creerlo. Pero en esta disparatada historia usted no aparece por ningún lado, ni como protagonista ni como testigo, me permito...

—¡Perdón! Ustedes no saben ni tienen por qué suponer que ese personaje central del relato, fatuo, falsamente arrogante, sea yo. Y les confieso que nunca he dicho mayor verdad de mi vida.

Calló, observando la expresión atónita, de sorpresa, de los que le escuchaban. Prosiguió:

—Espero que esta vez me crean, máxime cuando al contarles este pasaje de mi vida juvenil no haya tenido inconveniente en atribuirme papel tan poco gallardo.

Los reunidos no pudieron disimular un gesto de estupor ante esta última versión dada por Enrique. Se veía claramente que el nuevo giro que inesperadamente había tomado el relato les obligaba a admitir la alternativa de lamentar tan poco digno final, en menosprecio del anfitrión, o bien tomarlo como una divertida variante más, sin otra trascendencia que la puramente anecdótica. Tampoco acertaban a comprender que él se hubiese atrevido a confiarles este pasaje de su vida que no añadía, sino más bien restaba, a su fama actual de hombre audaz y triunfador. No obstante, pensaron que Enrique lo hizo así con la esperanza de que por cortesía le rogasen que narrase en qué terminó todo aquello. Pues ellos bien sabían su posición presente de hombre influyente, poderoso. Rieron al final.

Carmen, la esposa del hombre ensartijado, se atrevió a insinuar:

—En esto, querido Enrique, nos quiere usted demostrar que no calculó la serie de vacilaciones que le asaltarían en esa aventura de América. Pero tenemos que felicitarle por el feliz epílogo que le supo dar al volver rico.



—¡Muy bien, Enrique! ¡Bravo! Su historia es descomunally—añadió el marido con una gran risotada.

—Nada de eso. Después de unos días de vagar desorientado por Caracas me repatrió la Embajada de España.

—¿Entonces...?—dijo Missis Hopkiss, francamente divertida.

Los demás le miraban ceñudos, casi agresivos. Estaban en una posición falsa, sin saber qué actitud tomar. Se sentían burlados y de buena gana se hubieran marchado dando un portazo.

—Nunca se sabe dónde está el porvenir de uno. Volvi, como les dije, a España a compartir la modesta vida familiar.

—Pero si no es ser indiscreto, su fortuna, su posición actual—se atrevió a insinuar el señor Yáñez, a media voz, como temiendo una nueva sorpresa.

—¡Ah!—Enrique rió de buena gana—. Una suerte endiablada que tuvo mi madre. La pobre no entendía nada que se refiriese al deporte, pero yo me empecé en que probase suerte haciendo una quiniela y acerté todos los resultados, correspondole más de dos millones de pesetas. Después me ha tocado aumentarlo un poco.

Una sonrisa amarilla estaba en los labios de todos. Solamente Missis Hopkiss parecía divertirse a sus anchas.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL "A. B. C. DE LA INFLACION"

Por René SEDILLOT

Con pluma fácil y sano humor, lo que no impide su competencia, René Sedillon ha escrito un agradable libro sobre el problema de la inflación, donde estudia desde el origen filológico de la palabra hasta las causas extraeconómicas, tales como las psicológicas, de este proceso monetario, que se ha convertido casi en el mal del siglo. Sedillon narra objetivamente y de vez en cuando emite su opinión, casi siempre muy ecléctica, pues resulta difícil, por lo menos para el autor, inclinarse definitivamente a uno de los dos bandos, para uno de los cuales es el mayor mal de cuantos hemos conocido y para el otro un bien en última instancia que nos libra de muchos y grandes males.

SEDILLOT, René: "A B C de l'Inflation".
Tribune Libre, Plon, 1958.

USTED dice «avión»; en alemán se le llama «flugzeug»; en inglés, «airplane». Usted dice «radio»; en alemán se le llama «rundfunk», y en inglés, «broadcast». Ahora bien; si usted dice inflación, todos los pueblos del mundo dirán, como un eco, inflación. Es la palabra internacional, la palabra «passe partout», la que se impone a todos los entendimientos. «Inflation» se dice en Londres, en Sidney, en Nueva York, en Berlín. Inflación se dice en Madrid y en Buenos Aires. «Inflazione» dice el italiano, «inflatjune» dice el rumano, «inflation» dice el sueco, «inflatzia» dice el moscovita. Y supongo que en Tokio o en Shangai la palabra tiene la misma consonancia, no el mismo aspecto. Todo el planeta se encuentra en ella. Tanto es así que el siglo XX se proclama unánime para designar su mal, al igual que el XVI lo hizo para designar el cólera.

HISTORIA DE UNA PALABRA

Ahora bien; la palabra es bastante más joven que la cosa. Al igual que el cólera no esperó a los tiempos de la Reforma para devastar a las sociedades humanas, la inflación no ha esperado a la edad contemporánea para extenderse sobre el mundo. Lo que ocurría simplemente es que los hombres sufrían el mal antes de etiquetarlo. Fue necesario que los médicos del Renacimiento descubriesen los síntomas de un mal asiático y le diesen un nombre griego, como ha sido necesario que los economistas de la escuela anglosajona analizaran el fenómeno monetario y le diesen un nombre latino.

«Inflatio»: el término pertenece al latín clásico. Se encuentra en Cicerón y en Plinio. Radical: «flare», soplar. «Inflatio» no es otra cosa que hinchamiento. El arquitecto Vitrubio la emplea para designar la dilatación del agua vaporizada; el gra-

tribune libre

24

A. B. C.
DE
L'INFLATION

par

RENÉ SEDILLOT



PLON

mático «Priscuanus», el soplo del viento; el historiador Prospero, el orgullo.

Lógicamente el vocablo ha servido primero a los médicos. Ambrosio Pare lo ha confirmado en el léxico médico. Los cofrades de Diafoirus diagnosticaban inflaciones del bazo o de vejiga. Después la palabra se ha abierto camino.

Este camino la ha llevado al Nuevo Mundo en donde ha pasado del vocabulario de la biología al de la moneda. La guerra de Secesión, al multiplicar los dólares de dorso verde («greenbacks»), al precipitar la especulación del alza del oro y la baja del papel, puso en evidencia, en sus causas y en sus efectos, el mecanismo del «hinchazón» de los billetes, la inflación, como dijeron los yanquis. La palabra haría fortuna en la medida en que provocaba el infortunio de los hombres.

No obstante, después del conflicto americano apenas si sale de la terminología técnica. La época histórica no es propicia para preocuparse de enfermedades monetarias. A pesar de ello, el temible sustantivo gana terreno por vías discretas. Tiene ya derivados como el adjetivo «inflacionista», también de origen americano. Los profesores de Economía no le ignoran ya, aunque el gran público no sabe nada de él.

Son necesarias las guerras del siglo XX y sus prolongaciones financieras para lanzar la palabra. De 1914 a 1918 los Estados Mayores han cedido el paso a lo militar sobre lo económico, pero en 1920 se comienza a analizar el aspecto monetario de los problemas nuevos. La inflación se instala repentinamente en el lenguaje de las realidades cotidianas. Conquista el primer plano. Invasión al planeta.

Entonces empiezan a surgir los hijos terribles. De inflacionista se pasa a «antiinflacionista» o «contrainflacionista». Las jergas de la Universidad adoptan los fenómenos «inflacionarios», «inflationarios» la circulación, contrarrestan la «deflación» y hasta se habla de «desinflación». Cada vez estas espantosas palabras adquieren mayor derecho de ciudadanía: el «pathos» de ayer se convierte en el hablar corriente de mañana.

Pero no puede uno mandar al garete todos estos galimatías, y cuando crece la familia de una palabra, aunque no falten en ella los bastardos y los lisiados, es porque la palabra está viva. ¿Qué palabra hay más viva que ésta? La inflación se oye las tribunas de las Asambleas, alimenta las recomendaciones de las Comisiones, acapara las conclusiones de los informes, modifica los análisis de los balances, llena los comentarios de los periódicos, abunda en las conversaciones del hombre de la calle. Está en todas partes, articulada o escrita, impresa o lanzada por las ondas. Es a la vez el mal y la palabra del siglo.

PSICOLOGIA DE LA INFLACION

¿Cómo definir la inflación? Para la patología común para la etimología ya hemos visto que no es más que hinchazón. En todas sus acepciones ha sido de aumento.

En su sentido más estricto, la inflación concierne a los medios de pago, bien a las especies de materiales, monedas y billetes, bien al conjunto de la masa monetaria. que engloba también los otros medios de reglamentación, hasta los más inmateriales. Es difícil escoger una definición. La supuesta exacta inflación no se detalla. La verdad es que el concepto se extiende inevitablemente a todos los sectores de la economía política, a los precios, a los salarios, a los gastos, al presupuesto. Un río en crecida no respeta nada a su paso. Una moneda en crisis de desbordamiento se lleva todo en su corriente.

Pero no hay que considerar sólo a la inflación bajo su aspecto técnico, como si ella no se desentendiese en un universo físico que no estuviese poblado de hombres. El hombre, en el drama monetario, tiene el primer papel y la moneda no tiene más valor que por la idea que de ella se tiene. Por ejemplo, ¿qué es eso del oro? Un metal deseado. Es probable que el metal no tenga más valor que el que está en función de la locura de los hombres pero como hay sólidas razones para creer esta locura eterna, el valor del oro, tiene robustas bases de sustentación.

¿Paralelamente qué es la inflación? Más que un hecho monetario es la creencia en ese hecho. Hay inflación en una comunidad cuando ésta está persuadida de que hay inflación. Es entonces cuando reacciona en función de la inflación. Ella la ha creado, la provoca, la da a luz.

—Toda la inflación —dicen los matemáticos de la moneda— se encuentra en los precios.

—No; la auténtica inflación se encuentra en los espíritus.

Basta un rumor: que las divisas desaparecen, que la paridad de cambios está comprometida, etcétera, para que estos rumores de ayer se conviertan en realidades. La moneda se envilece en el interior y en el exterior. Siempre con la mayor rapidez. ¿Por qué diabólico encadenamiento? Simplemente porque una multitud pasa de la duda a la sospecha, después al temor, al espanto y, finalmente, al pánico. El solo temor de la inflación desencadena la inflación.

Naturalmente, el desenvolvimiento del fenómeno no es fatal. Basta con que un Gobierno disipe las angustias y rompa los mecanismos de la locura. Los Estados modernos están armados para contener y rechazar la inflación. Pueden actuar sobre el crédito, sobre los mercados, sobre la propia producción; pueden acrecentar el volumen de los bienes disponibles importando y reducir por los impuestos el volumen de los gastos.

Por otra parte, también es cierto que la misma palabra sirve para designar fenómenos muy distintos. Así cuando los americanos del siglo XX hablan de su inflación y cuando los alemanes evocan la que redujo su moneda a la nada, el pabellón cubre mercancías muy distintas.

Entre la inflación lenta que se prolonga durante siglos y la inflación galopante que se devora a ella misma en algunos meses, hay espacio para colocar toda clase de inflaciones del más diverso trote. Cuando marcha lentamente solo, despierta una desconfianza limitada y la opinión se acomoda a ella, a la manera del paciente que vive su mal. Al galope multiplica los reflejos de sospecha; luego, las alarmas, sin que por ello destruya todo el aparato monetario.

Oigamos hablar a dos franceses que juzgan la inflación: Juan, que la aprueba; Guilles, que le es hostil.

Juan.—La inflación, sobre la que es corriente hablar mal, no deja de tener sus méritos. Considera, amigo mío, la curva de la producción industrial desde 1914, sin excluir más que los períodos de guerra. Así, la curva progresa cuando sube la inflación, se estanca o desciende cuando parece detenida la inflación. ¿Quieres cifras concretas? Sobre la base 100 de 1929, el índice pasa a 44 en 1920, a 100 en 1930; entre 1930 y 1938 retrocede de 100 a 75, después de 1944 sube verticalmente de 29 a 153, en 1957. ¿No es todo ello elocuente? ¿No se confunde la inflación monetaria con la expansión económica?

Gilles.—Tu razonamiento es un poco simple: toma el efecto por la causa. Déjame primero hacer observar que las posguerras son normalmente los períodos de restauración y que en ellos toda hipótesis de la producción debe entonces desenvolverse. No pases por alto también un hecho internacional de importancia: la crisis que ha nacido en Nueva York en 1929, alcanzó progresivamente al mundo entero, llegando a Francia a partir de 1931. Que las industrias reduzcan su producción por falta de salidas y sus inversiones por falta de producción es consecuencia de la crisis y no de la deflación. O si tú prefieres, la deflación y la baja de la producción resultan una y otra de la crisis. Son hermanas, no son madre e hija. ¿Debo agregar que la inflación ha recuperado su carrera después de 1936 y que no ha impedido a la producción industrial retroceder de 1937 (índice 82) a 1938 (índice 75)? Inflación y expansión no se confunden, pues, necesariamente.

Juan.—Tú sutilizas sobre matices y detalles. Es indudable que la alza de precios estimula a los productores y a los intermediarios, pues la producción y los negocios, lejos de desalentar a los consumidores, les incita a apresurar sus gastos ante el temor de un alza nueva.

Gilles.—Distingamos inflación de ingresos e inflación de los costes así como Keynes nos la ha enseñado. Para que haya impulso económico es necesario que aumente el poder adquisitivo, es necesario que los ingresos y particularmente los salarios aumenten más que los precios, lo cual puede realizar una inflación contenida y escalonada, pero no una auténtica inflación.

Juan.—He aquí a lo que tú llegas. A distinguir entre la buena y la mala inflación; luego tú reconoces que la inflación puede ser buena.

Gilles.—Tu inflación buena confiesa que se parece mucho a la estabilidad. Es la que realizó Raymond Poincaré desde 1926, la de Antoine Pinay después de 1952: la masa monetaria se acrecienta, los salarios suben más que los precios. Fuera de estos períodos, los precios han subido generalmente más que los salarios, el poder adquisitivo ha disminuido, los franceses han pagado los gastos de la inflación. Minando el franco, han acabado minando también la economía: sin moneda no hay ahorro, sin ahorro no hay inversiones, sin inversiones no hay progreso. Créeme que la estabilidad es todavía la mejor receta del impulso económico.

Juan.—La inflación no arruina necesariamente a

SUSCRIBASE A

«EL ESPAÑOL»

Tres meses 38 ptas.

Seis meses 75 "

Un año 150 "

Administración: PINAR, 5 MADRID

todos los ahorradores. Hace ya mucho tiempo que los franceses han comprendido que existen muchos títulos y requisitos que les previenen contra la deteriorización de su moneda.

Gilles.—Líquidas a los franceses, sobre todo a los humildes, a los que confían sus economías a las Cajas de Ahorro o compran títulos del Estado. Son ellos los que si tenían 1.000 francos en 1913, no han conservado más de seis francos oro a finales de 1956, o sea que su poder adquisitivo se ha reducido unas 160 ó 170 veces. En cuanto a los que habían economizado acciones, han visto convertirse sus 1.000 francos en 116.000, lo que teniendo en cuenta el alza de los precios es un tercio menos que en 1913. No hay ahorro que resista la inflación ni aun a la lenta.

Juan.—Como contrapartida de esos daños individuales y limitados sacamos una ventaja colectiva, la de que el Estado consigue la disminución de su Deuda pública. ¿Sabes que en 1913 esta Deuda, con sus 33.000 millones, representaba cerca de 10.000 toneladas oro y que en 1958, habiendo subido casi a cinco, tres mil millones de dólares francos, no es, sin embargo, más? El Estado así ha podido pagar las dos guerras, las dos reconstrucciones y también una, inmensa «gabegie», sin por ello endeudarse.

Gilles.—¡Qué extraña virtud! No alivia al deudor más que arruinando al prestamista. Pero no es la sola víctima; con él se derrumba la moral y se empobrece toda la nación.

Juan.—¿La nación?

Gilles.—En 1913, según *Colson*, la fortuna nacional, pública y privada, se elevaba a 302 mil millones de francos. En 1954, según *Divisia*, no alcanzaba los 66.900 millones, de los cuales un tercio corresponde al sector público y los otros dos tercios al sector privado. La relación entre estas dos evaluaciones sobrepasa apenas el coeficiente 200. Dicho de otro modo, el patrimonio francés no se ha acrecentado, mientras que la producción y la renta han aumentado manifestamente.

Juan.—La inflación no es en modo alguno directamente responsable de los daños de guerra ni de la pérdida de los fondos rusos.

Gilles.—Directa o indirectamente es responsable del envilecimiento del patrimonio nacional inmobiliario, así como de la degradación del espíritu de ahorro. *Divisia*, que acabo de citar, estima en 19.000 millones de francos, valor 1954, la pérdida sufrida por los portadores de valores de ingresos fijos por el hecho de devaluaciones sucesivas.

Gilles y *Juan* podrían hablar largo tiempo sin convencerse en las cifras ni las razones que han hecho variar de opinión a las personas.

INFLACION ACEPTADA

En tanto que se discute sobre la inflación, constituirá un buen signo. Francia no practica la inflación, dejando inundar su parque por las aguas de un río furioso; no actúa como un jardinero torpe que no es ya capaz de cerrar el grifo de su manga de riego. Únicamente, como este accidente dura desde hace cuarenta y cinco años y más, incluso, ocurre que el jardín comienza a estar cada vez más húmedo.

De humor caprichoso, Francia cambia frecuentemente de jardinero, como si cada vez pensase encontrar al hombre capaz de recuperar el control del grifo estropeado. Pero el nuevo regador no tiene tiempo de estudiar sus cañerías. Los habitantes del jardín francés están perfectamente conscientes de esta extraña política y hasta llegan a deplorarla, pero la consienten por lo mucho que beneficia el riego, que les permite hacer fructificar este rincón sin esfuerzo.

Si el riego cesase por un momento, los franceses se indignarían en seguida. La sequedad, digamos la deflación, les sorprende y les desampara. Les priva de ciertas facilidades a las cuales se han acostumbrado. ¡Es tan fácil pagar los impuestos atrasados con los francos depreciados! Contra la estabilidad de 1935 votó por el jardinero, León Blum; contra la estabilidad de 1955 votó por el aprendiz de jardinero, Pierre Poujade.

En conjunto fingen repudiar la inflación, pero individualmente les gustan sus medios y sus efectos. Se sienten halagados por la opulencia nominal de su sobre de sueldo, por la alza nominal del «jarrón Luis XVI» o por la esmeralda que han comprado el pasado año. El convertirse en supuestos millonarios les produce un secreto orgullo.

Por todo ello la inflación se instala, se tolera y

después se acepta. No es una intrusa en la casa de la que forma parte. Se consiente su presencia y se deplora su ausencia. En Francia la inflación está en familia, con la condición de que sepa mantenerse discreta, mesurada, que haga buena compañía.

¿Cómo acabar con ella?, ¿cómo expulsarla? ¿Es que se va a incrustar definitivamente? Tres hipótesis podemos presentar:

Puede ocurrir que la inflación creciente persista durante largos años aún y que los franceses continúen dudando del franco y prefieren que suban todo, incluso sus impuestos, con una constante deteriorización de la moneda. Esta es la hipótesis del menor esfuerzo, de la facilidad perpetua. Es la menos pausable, porque en la historia ningún fenómeno ha sido eterno. Nada va siempre en el mismo sentido. La inflación contenida, aun en una Francia declinante, tendrá necesariamente un término. ¿Qué término?

Otra hipótesis es la de que un buen día, Francia y los franceses encuentren la fuerza del alma que les permita salir de la inflación. Les será necesario equilibrar sus finanzas interiores y exteriores, consentir en sacrificios, plegarse a una disciplina, recibir menos subvenciones, mantener menos parásitos, pagar más impuestos, consumir más, ahorrar más. ¿Son capaces de ello? No olvidemos que los franceses no repudian la inflación más que para echar de menos las comodidades para sumirse nuevamente en ella con una voluptuosidad morbosa.

La tercera hipótesis consiste en que la inflación se acelere, cese de trepar para desmedirse, cese de trotar para galopar y por la reacción en cadena ocasione la catástrofe. Las escalas móviles la preparen, la inestabilidad y la irresponsabilidad de los gobiernos la predisponen. Tampoco puede excluirse este riesgo, pero es casi improbable, pues Francia posee bastantes técnicos y los franceses conservan la suficiente lucidez para distinguir debidamente el peligro a su debido tiempo y para frenar en la pendiente terrible. En la mayor parte de los casos, se ha visto que la hiperinflación es deliberada. Para provocar tales catástrofes es necesario quererlo. Law y la Revolución no han querido las causas, Rusia y Alemania han querido los efectos. Al menos de desear grandes subversiones políticas y sociales, Francia sabrá negarse a aceptar una situación similar.

Las inflaciones galopantes, que no son algunas veces más que la expresión de una suprema delincuencia, como ocurrió en la Hungría de 1946, o en la China de 1948, son frecuentemente la expresión de una audacia razonada que sólo puede hacer madurar a los pueblos vivientes, la Francia del XVIII y la Alemania del XX, o en regímenes atrevidos como la Rusia de los soviets. La Francia de hoy no parece caída en la delincuencia total capaz del sobrealto de temeridad que podría ocasionar una inflación sin límites. Hoy posee una inflación a su medida, que no tiende a lo grandioso: una buena inflación media que envilece sin sacudidas, una inflación de la cual no se muere, sino que se vive, se vive mediocrementemente.

Sólo una crisis de inflación galopante abre los ojos y enseña las virtudes de la estabilidad. Francia y los franceses sufrirán atrozmente con una prueba semejante. Para salir de la tormenta, el franco o su sucesor tienen que hacer algo y que, además, sea duradero.

La inflación, reflejo del país que la practica, aparece en Francia como un compromiso bastardo entre tendencias contradictorias: los gobiernos precarios han sido compensados por una administración bien entablillada, los ciudadanos rutinarios y torpes por los ciudadanos prestos a las más nobles iniciativas, los románticos por los clásicos, los revolucionarios por los cartesianos, los quiméricos por los razonadores, los pródigos por los avaros, los perezosos por los trabajadores, los enamorados del pasado por los enamorados del porvenir, los fervientes de la libertad por los fervientes de la autoridad, los apasionados del oscurantismo por los apasionados de la gloria. País de contrastes y de divergencias, Francia está dividida entre el gusto de la seguridad y el gusto del riesgo, entre el deseo de la continuidad y el del cambio, entre la llorada a la moneda estable y el de la inflación. Resultante de fuerzas opuestas, media aritmética de estos factores contrarios, la inflación lenta responde mejor o peor a los deseos secretos de los franceses de hoy.

¿Por qué indignarse? Los pueblos tienen las inflaciones que merecen.

JOSE VIDAL CADELLANS, PREMIO "NADAL" NUMERO 15

"NO ERA DE LOS NUESTROS", NOVELA
CON "SUSPENSE" MORAL



El Jurado. De izquierda a derecha: Juan Teixidor, Juan Ramón Masohyer, Néstor Luján, Sebastián Juan Arbó, José Vergés, Rafael Vázquez-Zamora y José María Espinás



José Vidal Castellans, premio «Nadal» 1958

«NO SOY UN SER EXCEPCIONAL, UN SUPERYO, SINO UN MODESTO HOMBRE QUE NO PRETENDE SER OTRA COSA»

A las once menos cuarto de la noche del 6 de enero de 1959, un hombre y una mujer entran en un cine de Igualada, pueblo de Barcelona. A las once y media de la noche del 6 de enero, aquel hombre—la mujer era su novia—es el Premio «Eugenio Nadal» de novela, número quince.

A las once y media de la noche, en el hotel Ritz de Barcelona, la voz de un locutor anunció el resultado de la última votación:

—«No era de los nuestros», de José Vidal Cadellans, cuatro votos; «El carnaval de los gigantes», de Claudio Bassols Jacas, tres votos.

Por el amplio millar de asistentes corrió el clásico escalofrío de la emoción. Y se difundió, como

en otras ocasiones—cuando Luisa Forrellad, cuando Francisco José Alcántara, cuando José Luis Martín Descalzo—, la pregunta escueta y definidora.

—¿Quién es José Vidal Cadellans?

La precisa máquina de la Prensa—fotógrafos, cronistas, informadores—disparó sus ballestas. Empezaron las pistas, los rastro; se fueron acusando los perfiles, las sensaciones; comenzó a saberse de la vida, de los hechos, de las acciones de José Vidal Cadellans. Pero nadie, nadie pudo, en ese mismo instante, hablar con él, cegarle con el relámpago intenso de las fotografías con luz artificial.

Y nadie pudo, porque José Vi-

dal. Premio «Eugenio Nadal» de novela 1958, a esa hora, enlazadas las manos, veía en un simple cine de Igualada, una ficción que, en imágenes, creasen los hombres para los hombres. A esa misma hora en que los hombres, también, anunciaban que la ficción escrita con palabras de José Vidal era, en su opinión, mejor que ninguna de las doscientas y pico de novelas presentadas al juicio de un Jurado.

LA CENTRAL DE TELEFONOS DE RELLINÁS

Rellinás es un pueblecito del Vallés, no lejos de Tarrasa y no lejos tampoco de Igualada. Rellinás tiene teléfono y, por tanto, central. Una central telefónica de las que, en la Compañía, se conoce con el nombre de familiar, porque una sola familia es la que la vigila, la dirige y la hace funcionar.

La madre de José Vidal es jefe y encargada de los «Teléfonos» de Rellinás. Y con ella vive, porque el padre murió, el hoy nuevo «Nadal».

A las doce menos cuarto del 6 de enero, los teléfonos, pues, llevaron al pueblecito del Vallés la mejor noticia.

—José Vidal es Premio «Nadal».

—Su hijo, señora, ya es famoso.

—¿Dónde está su hijo?

Y así, una y cien preguntas, desde las cabinas del Ritz barcelonés.

—Mi hijo no está en casa. Marchó con la novia.

—Están en Igualada, de donde es ella.

—Se llama Conchita Torres Calsals.

Y la madre, con la garganta apretada, con las lágrimas rompiéndosele por las mejillas, fué contestando, como pudo, como sabía, los oficios, los trabajos, las ilusiones y las historias de su hijo bien querido.

UN «ENFERMO» QUE NO ES ENFERMO

A los nombres de Carmen Laforet, José Félix Tapia, José María Gironella, Miguel Delibes, Sebastián Juan Arbó, José Suárez Carreño, Elena Quiroga, Luis Romero, Dolores Medio, Luisa Forre-

llad, Francisco José Alcántara, Rafael Sánchez Ferlosio, José Luis Martín Descalzo y Carmen Martín Gaité, se une este nuevo de José Vidal.

José Vidal tiene treinta años. Es alto, delgado, pálido, de grandes ojos vivaces y, a pesar de su primer aspecto delicado, no es un enfermo como en su autodefinition de apenas hace un año hizo creer a la gente. Cierto es que la razón de su residencia en Rellinás haya sido en gran parte una larga enfermedad, de diez años nada menos, que le ha llevado a gozar del ambiente puro del campo. Pero vencida ya la crisis física, José Vidal hoy es un hombre activo. Y su actividad se inserta en el justo plano de lo literario y de lo artístico.

José Vidal, a los doce años, ingresa en un seminario. Pero su salud no le permite continuar en el camino que lleva al duro ejercicio del sacerdocio y ha de abandonar aquel centro. A los quince años muere su padre—un modesto funcionario municipal de Barcelona—y José Vidal se encuentra en la necesidad de ayudar a la casa.

—Ha sido un hijo modelo—decía su madre en la misma noche del Premio.

Estudia idiomas; aprende por sí solo francés e inglés. Las traducciones serán una base decisiva para la economía de la casa. Mosén Camprubí, catedrático de Arqueología del Seminario de Barcelona, encuentra en José Vidal un eficaz y valioso colaborador. El sacerdote había conocido al hoy Premio «Nadal» en Horta, en la circunstancia de que aquél desempeñaba el cargo de capellán de esta barriada barcelonesa.

Cuando la madre de José Vidal encuentra su destino telefónico en Rellinás, éste se traslada también allí. Y allí sigue trabajando no sólo en traducciones, sino también en menesteres de más altos vuelos literarios. Es crítico de arte y de teatro y editorialista de la revista «Rumbo», en la que igualmente escribe cuentos.

Y con un cuento, precisamente, casi gana el concurso convocado por el diario barcelonés «El Correo Catalán» el pasado año. El Jurado de este concurso—según hizo constar Angel Marsá, que formaba parte de él—«apreció tan fina calidad en aquel trabajo, titulado «Janos, el labrador», que estuvo a punto de concederle el primer premio. En la votación final la diferencia respecto al vencedor fué tan sólo de un voto».

José Vidal es, ante todo, un concursante literario. Queda bien clasificado en el último Premio de Teatro «Ciudad de Barcelona», así como en el de «Biblioteca Breve», e igualmente merece los plácemes del Jurado en el concurso de guiones radiofónicos de la revista «Ondas», de la misma especialidad.

Hasta que llega el Premio «Nadal» del año pasado. O de este año, como se quiera.

UNA NOVELA CON MORAL CRISTIANA

Un miembro del Jurado dijo, al

finalizar las votaciones de este «Nadal» 1958 que «No era de los nuestros», la novela de José Vidal Cadellán, es el resultado de profundas luchas internas, y que, salvando las distancias de edad y medio ambiente que le rodeaban, podría calificarse al joven Vidal como el Camus español. Salvando las distancias, sobre todo considerando, en primer lugar, el fondo cristiano del nuevo autor.

—Es una novela de «suspense» moral más que del simple «suspense» pelicular—ha dicho Vázquez Zamora, secretario del Jurado—. Y no es «suspense» de acción, porque «No era de los nuestros» es el caso de un descarriado perteneciente a una familia honorable. Pero al frente de esta novela, como lema, se podían haber escrito las palabras evangélicas invitando a tirar la primera piedra al que esté libre de pecado...

He aquí, pues, que la obra finalista y vencedora de este XV «Nadal» desarrolla el tema de la culpabilidad.

Novela dialéctica, madura y de excelente factura—en el decir de los propios jurados—, trata de un problema ético derivado del desfalco que comete un joven en perjuicio de su padre. Este hecho es condenado unánimemente por los demás personajes de la novela, pero luego, en la propia santidad de cada uno, esos personajes que condenan van encontrando justificación.

—Incluso llegan a considerar el delito como resultado de los factores que cada uno de ellos puso en juego, y se sienten, en cierto modo, culpables. Exculpan, en definitiva al delincuente, mientras su delito se erige en símbolo de las culpas de una sociedad.

«EL AÑO PASADO PRESENTE OTRA MEJOR QUE ESTA»

—Me decidí a escribir porque ya no podía hacer otra cosa.

El novelista se encuentra en la sala de redacción de la revista «Destino» de Barcelona. Junto a él miembros de la publicación, escritores, periodistas. José Vidal va contando su vida. Esas sus anteriores frases vienen a resumir un poco su existencia.

—Mi primer intento fué ser oficial de la Marina Mercante, pero tuve que abandonarlo debido al número de dioptrías que mi vista padece. Más tarde hice oposiciones a la Compañía Ibérica, en las que obtuve el número uno, pero el reconocimiento médico me impidió ejercer prácticamente el puesto conquistado. Quise ser después auxiliar de Banca y otras cosas más. Hasta que, en vista de todas estas contrariedades, me decidí a escribir.

Vidal Cadellán viste un traje «príncipe de Gales» gris, calza zapatos de ante y en su porte hay una cierta despreocupación.

—¿Cuál es la tesis de «No es de los nuestros»?

—Ninguna. Mi novela no es otra cosa que una serie de cuartillas en las que está escrita la trama de un sueño. No tengo men-



Un rincón de los asistentes



Los salones del Ritz barcelonés, la sala del premio

safe que dar a la Humanidad ni nuevas ideas de técnica moderna a los novelistas, porque creo que no existen patrones ni moldes, ni preceptivos para las novelas. Mi novela no es más que eso: una sencilla novela sin pretensiones.

Un día del mes de junio pasado, los amigos de José Vidal le apostaron a que no era capaz de escribir una novela con personajes de la vida, con hechos fácilmente localizables, con tipos de los que andan por la calle todos los días. En aquellas sus tertulias se le reprochaba que sus novelas—las novelas que conocían sus amigos, aún no publicadas—trataban siempre de temas algo abstractos, sin fijación localista.

José Vidal se ríe.

—Tres semanas tardé en escribirla.

Y ganó, como era lógico, la apuesta. Bueno, primero la apuesta; después, el «Nadal».

—Sin embargo, el año pasado presenté al mismo «Nadal» otra novela, que yo creo es mucho mejor que ésta y que algún día espero que alcance otro premio.

José Vidal tiene escritas como una veintena de obras. Obras de teatro, de ensayo, de ficción, de argumento.

—Precisamente ahora estoy escribiendo otra novela. Se titula «Los días están contados» y su acción transcurre en un país imaginario centro-europeo, cuya vida atraviesa primero la dictadura, después el comunismo y, finalmente, el anticomunismo.

Salvo esos galardones honoríficos

de mención de su calidad en los premios a los que ha sido concursante, José Vidal no ha visto todavía publicado ninguno de sus escritos.

—No hay prisa. No sirvo para ir de editor en editor adulando lo excelente de sus ediciones. Precisamente por esto me presento a todos los premios con el único deseo de obtener algo, sin tener que dar coba a una serie de señores que, por lo general, no le hacen caso a uno ni le benefician en nada.

Precisamente otra de sus novelas concursa al premio «Ciudad de Barcelona», que el próximo día 26 dará a conocer su fallo.

—Me molestaría mucho que la gente se creyera que soy un ser excepcional, un superyo, un privilegiado. No soy más que un modesto hombre que en verdad no pretende ser otra cosa.

Estas han sido las palabras más concisas, más definidoras del nuevo Premio «Nadal». De este Premio «Nadal» cuya máxima aspiración se divide en dos partes: comprarse, lo primero, una corbata y después casarse.

—Que el dinero será lo que me lo facilite.

SERENIDAD EN TODAS LAS VOTACIONES

Denominador común de este quinceavo «Nadal» ha sido la serenidad en las votaciones. Y la presencia, en las últimas eliminatorias, de figuras concretas de la novelística española.

Por ejemplo, ahí están los nombres conocidos de Mercedes Ballesteros, con su obra titulada «Con las manos vacías», una novela de tipo psicológico, al estilo francés, donde se plantean problemas de hondura espiritual y se hace una delicada experiencia de caracteres, eliminada en la quinta votación; el de Mercedes Salisachs, con «Sinfonía de las moscas», derribada en la segunda votación; el de Angel María de Lera, con «La boda», eliminada en la tercera votación, y los de Luis López Cid y Antonio Ferrer, menos conocidos, pero que, en opinión de algunos miembros del Jurado representan, con «El descuelo» y «La piqueta», respectivamente, promesa de notables éxitos para el futuro.

En cuanto a «El carnaval de los gigantes», la novela finalista de Claudio Bassols, se trata de una vigorosa pintura del fabuloso mundo sudamericano, con personajes de una fuerza enorme, todo ello descrito con un lenguaje firme y certero que se encuentra en la línea de Miguel Angel Asturias y Rómulo Gallegos.

Y ésta ha sido la historia del quinceavo «Nadal», ante más de mil personas, en los amplísimos salones del Ritz barcelonés, que, en su inauguración literaria, se han quedado, más que pequeños, insuficientes.

Ismael MENDOZA

(Desde Barcelona, especial para EL ESPAÑOL.)

VENDER MAS Y COMPRAR MEJOR



La expansión del comercio español y el beneficio de los consumidores

EN BARCELONA SE INAUGURA EL PRIMER CLUB NACIONAL DE JEFES DE VENTAS

HA llegado enero. Y la cuesta, aquella famosa cuesta del comercio, ha desaparecido.

Después del día 6, pasadas las aglomeraciones de las ventas de Navidad y de Reyes, los comercios han vuelto a ver abarrotadas de público sus instalaciones.

Barcelona: Los Almacenes Vilardel obsequian con un aparato de televisión y una moto «Vespa» a sus clientes; los Almacenes El Aguila dicen que hay derribo de precios; los almacenes Las Columnas aseguran que sus precios, en sus retales, son nunca vistos de bajísimos; El Barato ha implantado como «slogan» que visitándoles pronto los clientes ganarán mucho dinero; la famosa modistería Santa Eulalia especifica que continúan

con esplendoroso éxito las grandes y sensacionales rebajas en todas las secciones»; los Almacenes Rodríguez dicen que hay tapicerías, alfombras, visillos, cretonas, terciopelos y telas blancas a la mitad de su valor...

Orense: Almacenes Baladrón hacen saber a sus clientes que ha llegado una nueva remesa de mantas dos caras —grandísimas—, al precio de 250 pesetas unidad; Galats notifica que su venta posbalance lleva anejos importantes descuentos en todos los artículos del 15 al 31 de enero; Almacenes Alfredo Romero aclara que todo está seleccionado con el máximo esmero y con el mínimo precio; Layton notifica que su tradicional venta-obsequio de calzados no es ni una liquida-

ción ni un saldo: es la obligada correspondencia anual al público orensano por su simpatía; Almacenes Celestino dice bien claro que el que compre sus rebajados artículos ganará de 50 a 200 pesetas por compra...

Santander: «Hoy comienza el derribo de precios en la liquidación de liquidaciones de Almacenes El Aguila... Se va a armar...»

Logroño: Almacenes González Cuevas no solamente llama la atención sobre las etiquetas amarillas, sino que, después de recomendar que la conservación del anuncio que publica en «Nueva Rioja», supone el primer paso hacia la prosperidad que ellos desearán... «Mientela, en 1959, aclarará que... liquidación total de los tejidos sobrantes tiene por finalidad renovar dibujos y aumentar la rotación de existencias, consiguiendo para todo el año los mínimos costos, los mínimos márgenes y los mínimos precios de venta en el norte de España; El Salón del Mueble especifica que algo realmente maravilloso es su suntuoso dormitorio de última novedad...

Zaragoza: Las Nuevas Sedecías y d'Harcourt, a media página de «Amanecer» notifican que el 12 de enero es la fecha señalada...

Granada: Almacenes Los Muñecos quema sus precios. Almacenes El León aconseja a sus clientes no sean de los últimos. Olmedo dice que vayan a ver sus retales temprano; Velilla presenta su primera Feria del Centenario con las más grandes reba-



Los índices de ventas del comercio al por menor acusan un aumento de un 100 por 100 con relación al año 1940

... aconseja igualmente levantarse temprano para evitarse apreturas. El Paraíso dice que sus guantes, sus medias y sus paraguas son los más baratos y los mejores de la especialidad. Los Almacenes Gualda hacen saber que la reforma de sus locales les obliga a iniciar la Gran Venta al Costo, y los Almacenes El Aguila, a semejanza de sus homónimos de Orense y de Barcelona, bajo la común frase de «Se va a armar», difunden la noticia del comienzo de la liquidación de liquidaciones...

Pamplona: Los precios de verdadera ganga en chaquetones, chaquetas, suéteres, conjuntos, vestidos, niquis, trincheras, americanas, jerseys, camisas, corbatas y calcetines se encuentran en la gran liquidación de restos de serie de Tampúy; con el 20 por 100 de descuento. Exclusivas Freudendor ofrece cristalerías, juguetería, muebles, camas, sillas, mesas, etc....

Valencia: Los Almacenes Castaño, sitos en el edificio Balkis, van más lejos; no solamente anuncian oportunidades increíbles para las familias valencianas, sino que especifican que los comerciantes y los revendedores pueden también beneficiarse de la décima «gran venta de enero»; los Almacenes El Aguila, siguen con su anuncio de «La que se va a armar...»; los Grandes Almacenes El Siglo Valenciano dan ejemplo de lo fulminante de sus rebajas en prendas y artículos de alta calidad; Gay anuncia



Un fenómeno que ha pasado a ser tradicional es el de las rebajas de enero

«la venta más fantástica de todos los tiempos», «la ilusión hecha realidad»; Almacenes Villanueva regalan «retales a peseta», y Tejidos Selogar dice que no es una fábula más sus increíbles precios.

Y así por todas las capitales y las ciudades de España.

EXPANSION DE VENTAS

La actualidad especial del comercio son, desde luego, estas rebajas, que empezaron hace algunos años en forma masiva por grandes almacenes como El Corte Inglés o Galerías Preciados, y que se han generalizado como

LA ESCUELA, DE VIAJE

SIN que pretendamos decir que sea España una realidad bipolar —dentro de un conjunto armónico de regiones y provincias— el hecho concreto es que existen en nuestro país dos puntos de máxima irradiación vital. Madrid y Barcelona son dos ciudades hermanas de paralela grandeza y densidad de población, que, en gran medida, forman como las dos partes de un gigantesca escarpate, en el que España muestra al mundo su más fuerte potencia vital.

Por suerte nuestra no es España una de esas naciones macrocéfalas, en las que existe una marcadísima desproporción entre la cabeza y el cuerpo y en las que la capital levanta su magnitud aplastante sobre todo el resto del territorio, sino que tenemos aquí, además de muy importantes ciudades de segundo orden, dos grandes núcleos urbanos bien distintos y diferenciados en la igualdad de su grandeza.

Pasaron ya los tiempos en los que Barcelona y Madrid parecían estar unidas tan sólo por el hilo delgado del teléfono y la fragilidad de unos railes de ferrocarril prolongados sobre un paisaje variable que de la alegría mediterránea

llega a la tierra absoluta de Castilla a través de la sequedad del páramo. Las dos grandes ciudades españolas se sienten ahora unidas, más que nunca, en la común tarea del engrandecimiento nacional, para cuyo objetivo son las dos necesarias e insustituibles. Una política unitaria ha tendido por el ancho campo y el amplio cielo de España muchos más vínculos entre Madrid y Barcelona que los que sostienen los palos del teléfono o las traviesas del ferrocarril.

Y en esta mayor vinculación, tan acrecentada en los últimos años, tiene una gran importancia el intercambio escolar que realizan los Ayuntamientos de Madrid y Barcelona durante los periodos de vacaciones en las escuelas municipales.

Son ya muchos millares de niños en edad escolar, madrileños y barceloneses, los que han recibido el imborrable impacto de una prolongada visita a la Ciudad Condal o a la Villa de Madrid.

Si tenemos en cuenta que son los escolares la base del futuro de un país, es evidente que el intercambio que realizan los colegios municipales de Madrid y Barcelona tiene

una gran importancia para un todavía mayor acercamiento espiritual entre las dos grandes capitales españolas. Pero hay otro aspecto en este intercambio escolar que no debe olvidarse, y es el de la impronta que produce esa política en las familias y el beneficioso recuerdo que deja de relatos e ilusiones infantiles.

Así, desde la misma base de la escuela se trabaja por el mejor conocimiento entre esas dos grandes capitales españolas, tan unidas bajo el sistema de autoridad como polemizantes en los tristes periodos en los que el espíritu de la política disociadora las separó en las discrepancias de un país de tajías.

En las pasadas vacaciones de Navidad las escuelas municipales de Madrid y Barcelona han vuelto a realizar ese cordial intercambio de muchachos, ya repetido muchas veces, cuyos frutos se notan con un efecto prometedor más para el esplendoroso futuro que espera tanto a Madrid, como a "pubilla" o hija mayor de España, como a esa Barcelona españolaísima, que tiene el rojo y gualda de nuestra bandera común en el viejo y barrado escudo de las glorias catalanas.

una costumbre tan tradicional casi como las ventas de Navidad o Reyes.

De siempre, los comercios de artículos de consumo —no alimenticios— dedicaban una época, concretamente en estas fechas, a estimular sus ventas en lo que se refiere a artículos en los cuales la moda o la temporada ejercía notorio influjo. Pero nunca tanto como en las proporciones actuales, en las cuales los volúmenes de ventas en enero superan en algunas ocasiones a los acaecidos en el tradicional espacio de mediados de diciembre a primeros de enero.

Sin embargo, lo cierto es que los índices de ventas del comercio al por menor, sobre todo en las grandes capitales, han aumentado progresivamente no ya en estas específicas fechas, sino a lo largo de los años. Es decir, hay mayor número de ventas en el comercio español. Y esto quiere decir, ni más ni menos, que los consumidores, los clientes, la gente, en definitiva, adquiere más artículos, consume más, viste mejor, vive mejor, dispone de una mayor capacidad adquisitiva.

A este respecto son altamente ilustrativos los índices de ventas

del comercio al por menor publicados por la Cámara de Comercio de Madrid. Del examen de sus simples cifras se deduce la expansión del comercio español.

El índice general de venta de mercancías, tomando como base el año 1940, se ha duplicado en la actualidad. Es decir, que si en 1940 los comercios al por menor vendían una cantidad de artículos equivalente a 100, hoy venden una cantidad de artículos equivalente a casi 200. Por lo que respecta al valor, las cifras son mucho mayores. Si aquellos 100 artículos valían también como 100, estos 200 artículos de hoy valen casi como 800. Lo cual quiere decir dos cosas. Por un lado, que si bien es cierto que los precios, naturalmente, han sufrido variación, en este 800 de índice juegan decisivo papel los precios de artículos más costosos y de nueva introducción en el mercado, como son aparatos eléctricos, radios, aparatos domésticos, telas de fantasía, etc... La segunda deducción es que hay mayor cantidad de dinero a disposición de los consumidores para poder gastárselo en bienes de consumo. Y cuando se adquieren por un mismo conjunto de consumidores mayor cantidad de bienes de consumo quiere decir que ha aumentado la capacidad



Los nuevos aparatos electrodomésticos constituyen un fuerte impacto positivo en las compras de los particulares

adquisitiva y, por tanto, el nivel de vida.

Este aumento de la capacidad adquisitiva se ve perfectamente reflejado en los índices del valor referidos a pesetas de 1940. Si las mercancías vendidas en 1940 valían como 100, los nuevos volúmenes de mercancías vendidos en estos últimos años, salen como 150, referidos a pesetas de aquel año de 1940. Lo cual quiere decir, de una manera general, que la capacidad adquisitiva de los consumidores, en el ramo del comercio al por menor, ha aumentado, por lo menos, en un 50 por 100, en lo que se refiere al valor de las mercancías y en un 100 por 100 en lo que se refiere a la cantidad de mercancías.

EL AUTOSERVICIO, LA SISTEMATIZACIÓN Y LA PSICOLOGÍA

Como consecuencia de esta expresión económica, el comercio español ha mejorado notablemente sus instalaciones.

Pero lo que sí es cierto es que los grandes almacenes de artículos de consumo no alimenticios fueron los primeros en introducir las modernas técnicas del autoservicio para los compradores. Por sus estanterías, por sus góndolas, se fueron amontonando y hoy se amontonan, ordenadamente o en un estudiado desorden, calcetines, jerseys, ropa blanca, servilletas, pañuelos, etc... Prácticamente, el comprador no tiene más que decir, «ése», pagar y marchar con ello debajo del brazo. Van desapareciendo las antiguas costumbres de salir a la calle con el dependiente, mirar el color de la tela a la luz del día y hacer sacar muestras y más muestras del fondo de la cueva.

La sistematización de las ventas y la ordenación de secciones son otra de las actuales conquistas de los nuevos sistemas comerciales.

Una de las últimas técnicas que más se han difundido entre los dependientes especializados es el conocimiento de la psicología del cliente.

A este respecto, las presentes rebajas de enero ofrecen consideraciones muy curiosas en cuanto a la psicología de los consumidores.

Por ejemplo, casi el noventa y ocho por ciento de los compradores pertenece al público femenino. Las mujeres, en las cuales una de sus virtudes es la de la paciencia, la de saber esperar en lo referente a compras, aguardan estas ocasiones para realizar adquisiciones no urgentes o de compromiso.

Los clientes femeninos, pues, empiezan por comprar aquello que tenían pensado. Pero ante la sugestibilidad de precios de otros artículos, ante la adecuada presentación de los mismos y muchas veces también ante la calidad y gusto de éstos no resisten las tentaciones adquisitivas, con lo cual el presupuesto primitivo queda alterado fundamentalmente, dándose así la circunstancia de que estas liquidaciones, para los comercios, se convierten en gran número de casos en auténticas liquidaciones, porque prácticamente se agotan las existencias.

En cambio, los hombres son raros en esta clase de ventas. Ra-



ros en cuanto a presencia física, ya que el hombre, por lo general, aunque parezca mentira, lo que quiere es lo nuevo y, en su subconsciente no le gusta ir vestido de rebajas. Son las mujeres las que hacen de «agentes compradores» y llevan a casa camisas, calcetines, gabardinas, jerseys e incluso cortes de traje que de otra manera no habrían sido adquiridos personalmente por los que en definitiva serán sus usuarios.

BARCELONA, PRIMER CLUB DE JEFES DE VENTAS

Los sistemas de ventas, pues, en esta expansión económica del comercio español, han adquirido lugar primero. Hasta el punto de que acaba de fundarse en Barcelona el primer Club de Jefes de Ventas de España.

Un argumento bien simple es éste: «Cin ventas todo el trabajo, el tiempo y el dinero invertidos en la producción es trabajo, tiempo y dinero perdidos.» Y la labor de los especialistas viene precisamente, no en aquellos casos en la venta del producto, por su necesidad, calidad o impacto mo-

El calzado constituye uno de los principales objetivos en las rebajas de enero

mentáneo, está asegurada sino en las ocasiones en que hay que dar salida, sin pérdidas apreciables y a ser posible con ganancias, a partidas de géneros que, en otras circunstancias, sin el concurso de estos especialistas, podrían resultar pérdidas.

Mr. Elmer R. Krueger, presidente de la Paper Ar. Co. de Indianápolis, llegó a Barcelona hace unos cuatro años al frente de un grupo de expertos en sistemas de ventas pertenecientes a la organización norteamericana National Sales Executives.

Del propio Mr. Elmer R. Krueger son las siguientes palabras:

—La verdadera batalla del mundo no ha de ser con armas, sino con producción y niveles de vida y la llave de la victoria radica en la distribución de géneros y servicios.

Por esto en Norteamérica y en otros países funciona una Federación Internacional de Jefes de



Nuevas técnicas en el arte de vender han sido implantadas en los comercios españoles

Ventas, organizada en más de doscientos Clubs de esta clase de especialistas. Bajo la presidencia de don José Mestres, y con el apoyo de treinta grandes empresas y organismos industriales y comerciales se acaba de constituir en Barcelona el primer Club español.

Fundamento de estas organiza-

ciones es la puesta en práctica de sistemas de ventas que se distinguen no por el precio de los artículos —que ésa es la primera fase—, sino por la manera de venderlos. A este respecto, las ideas más originales, por muy descabelladas por los técnicos y los expertos.

Y después puestas en práctica si lo merecen.

Barcelona, pues, abre una nueva época en modos y formas al comercio español. Una nueva época que contribuirá a aumentar ésta su ya de por sí notable expansión económica observada a través de los índices de ventas elaborados por los organismos técnicos especiales.

(Fotografías de Isidro Cortina.)

ALEMANIA, PROBLEMATICA DE EUROPA

COMO era de prever, y aquí se ha afirmado con antelación, el ultimátum ruso del 27 de noviembre concediendo un plazo de seis meses para liquidar el actual Estatuto de Berlín era un cinico movimiento soviético de cara a otras realidades. El absoluto "no" occidental estaba previsto por la U. R. S. S., por lo que cabe pensar que, salvo que estuviesen decididos a entrar en guerra, Berlín no era nada más que el principio de un más vasto movimiento diplomático. Así ha quedado demostrado.

Por lo pronto, Mikoyan en los Estados Unidos ha advertido tácitamente que el plazo de los seis meses no es un ultimátum y que tampoco cabe considerarlo como irrevocable. Al compás de este juego Rusia ha movido sus peones en torno al gran caballo de batalla: Alemania. En las proposiciones rusas se pretende nada menos que firmar definitivamente el Tratado de Paz con Alemania occidental, tratado de paz que en su última instancia representa la declaración oficial y permanente de la división del país.

Naturalmente que, una vez

más, los países occidentales y Bonn se han visto obligados a rechazar, unánimemente, las propuestas por considerarlas totalmente inaceptables. ¿Que pretende Rusia por este otro camino? En primer lugar hacer reconocer algo que constituye el punto de partida de toda la estrategia de Krustchev, tal como al menos se la ha explicado el comentarista norteamericano Walter Lippmann. Según éste, Krustchev mantiene una idea fija: hacer aceptar a Occidente, como situación normal del proceso histórico, cualquier revolución o subversión ocurrida en el campo occidental o en sus esferas de influencia, pero para no permitir de ninguna manera que Occidente intervenga en cualquier movimiento que ocurra dentro del área soviética —aunque sea una revolución como la de Hungría—, porque eso provocaría la guerra. La situación mundial así concebida lleva a callejones sin salida.

Tal posición es ratificada en el caso actual de Alemania. Rusia no aspira a otra cosa que a ratificar la división de Europa, la ocupación militar de la Alemania del Este, al

mismo tiempo que vuelve a una idea de neutralizar a la Alemania de Bonn. Las proporciones del intento son de tal índole, que no es extraño hayan provocado tan inmediata reacción occidental. Pero, como en el caso de Berlín —y perdón por la insistencia en este sentido—, Rusia no podía esperar respuestas distintas, por lo que cabe pensar que con estos movimientos estratégicos quiere obligar a los occidentales a llegar a otros acuerdos: la Conferencia de "alto nivel", elemento siempre de propaganda, o llevar a los Estados Unidos a un diálogo directo y personal con Rusia.

No es la primera vez que Rusia ha intentado llevar a los Estados Unidos a una situación semejante. Sabe que si ello es factible dentro de un crudo realismo de colosos, la alianza occidental recibirá un golpe gravísimo, y Estados Unidos quedaría descalificada ante los países aliados. Por esta razón Norteamérica se esfuerza, al revés, por advertir que no adoptará ninguna medida sin consultar con la Alianza Atlántica.

ATLETAS ESPAÑOLES EN LA CINTA DE LLEGADA

Barris, Amorós,
Molins y Alonso
en el «pódium»
de los vencedores

REALIDADES Y ESPERANZAS DE UN DEPORTE FORMATIVO

POR todo Sao Paulo flotaba un rumor sordo. No era ruido de coches, ni sirenas de la Policía o de los «tanques» de bomberos. Era el griterío de más de un millón de personas que se habían echado a la calle para presenciar en la noche de San Silvestre la carrera internacional de pedestrista. La noche tropical, silenciosa y serena, tamizaba este zumbido que se podía oír por toda la ciudad.

Eran equipos de varias naciones, que tenían su palabra definitiva en el atletismo. Y atletas maduros, algunos de los cuales conocían la carrera como los pasillos de su casa, entre ellos el portugués Faria. El argentino Oswaldo Suárez, el francés Bernard, el finlandés Hokinpuro, el norteamericano Seth y el yugoslavo Drago corrían en la prueba con esa fría exactitud y ese cientifismo que impone el atletismo. También corrían tres españoles: Amorós, Molins y Alonso. Miles de voces españolas saltaban por encima de la barrera de guardias con casco que contenían a la multitud, cientos de gritos en español que animaban a los nuestros a seguir pisando las serpentinas y los confetti sembrados por las calles del recorrido como un símbolo de futuro triunfo para los vencedores.

La prueba seguía. Era dura por la resistencia de los favoritos de la carrera, por la matemática con que los mejores atletas iban llevando el recorrido. Los tres



Amorós, en el momento de pisar la meta en la carrera de San Silvestre, en Sao Paulo



En el «pódium» de los vencedores vemos a Amorós y Molíns

españoles iban en el pelotón de cabeza. Cuando en el control de entrada entregaron sus papeletas era como si entregasen el certificado del comienzo de edad del atletismo español. Comienzo. Pero también madurez, después de un largo camino recorrido. España quedaba clasificada en primer lugar por naciones y Amorós pisaba la meta en tercer lugar, a un minuto del primero; José Molíns, el cuarto, casi a la vez que Amorós, y Manuel Alonso, el séptimo, a quince segundos de Molíns. Cuando fueron invitados a subir al «pódium» de los vencedores los cinco primeros corredores que habían pisado la meta, dos españoles oían un aplauso cerrado, unas voces que eran afirmación de lo que ellos acababan de hacer. Allí estaba el camino recorrido por el atletismo español en cuarenta años de lucha, de esfuerzo diario. También estaba allí el triunfo ininterrumpido de Tomás Barris, a quien días más tarde la revista «Vida Deportiva», de Barcelona, le proclamaba mejor deportista del año.

Este triunfo de los españoles, al filo de la despedida de un año y la entrada del otro, en Brasil, era el primer paso de las victorias que días más tarde en el estadio Pacambéu, también en Sao Paulo, conseguían los mismos tres atletas españoles que habían corrido la carrera de San Silvestre. Amorós, primero en 10.000 metros; Molíns, tercero en 5.000; Alonso vencía en los 3.000 con obstáculos. El atletismo español comienza ahora a correr con pisada segura y eficaz no sólo en las pistas españolas, sino sobre las cenizas de los estadios extranjeros.

PRIMEROS PASOS Y PRIMERAS FIGURAS

El atletismo español se puede decir que ha cumplido cuarenta años de vida. En la primera

quincena de este siglo eran las carreras por el campo, sin esa minuciosidad de medir hasta las décimas de segundo de una prueba, eran días en que un grupo de aficionados iba poniendo la semilla de un hoy que se presenta, esperanzador. Por entonces fueron naciendo algunas Federaciones que canalizaban esta afición. Hasta que en el año 1918 se reunían para crear la Real Federación de Atletismo Poco a poco fueron saliendo a la vida algunas Federaciones más, hasta desembocar en las treinta provinciales de hoy, que han reemplazado a las doce regionales que hubo hasta el año pasado.

La campana del colegio ha sonado. Una tromba vociferante de chiquillos, que cursan el bachillerato, se precipita en el patio o en el campo que sirve para entretener el cuarto de hora o los treinta minutos de descanso entre clase y clase. Pocos colegios de enseñanza en España estaban huérfanos de dos cosas para hacer un poco de deporte: el campo de fútbol y el frontón. Poco a poco el atletismo puro, el que siempre se ha practicado como significación auténtica del deporte, el que ha conservado a través de los siglos un espíritu propio, sin adulteraciones, desde los días casi mitológicos de las Olimpiadas griegas, fué entrando en la vida de los colegios y por aquí se fueron abriendo paso las aguas de una actividad deportiva que ha desembocado en lo que hoy conocemos. Junto a ello arriaron el hombro en este quehacer atlético las Universidades, donde el atletismo tomó carta de naturaleza con derecho a un valer propio y definitivo. Estas dos han sido las grandes canteras de donde han salido buenos depor-

tistas. Donde se empezaron a construir las primeras pistas de ceniza.

Y, sin embargo, lo paradójico es que las primeras figuras del atletismo español en estos cuarenta años han sido trabajadores o gente que no estudiaba en una Universidad. Hacia el año treinta fué cuando se empezaron a dar unos pasos que eran los movimientos primerizos del niño que se echa a andar por la vida. Entre estas gentes que han dejado huellas en los primeros tiempos del atletismo español había de todas las profesiones laborales, hasta vendedores de periódicos. Tiempos en que se ponía

nervio y pasión en lo que se hacía, lo mismo y hasta más que hoy se hace. Y por la puerta abierta a esta actividad deportiva fueron saliendo figuras y hombres: Diego Ordóñez, Rafael Hernández Coronado, Luis Serreix, Iguarán, Sasquivia, rocos, corredores en pista. Y entre todos, el sobrealiente y que nadie ha podido mejorar todavía en España, Altafulla, saltador de longitud, que en el año 1933 consiguió 7,21 metros. El plantó un récord y desde entonces hasta acá así permanece en espera de que algún atleta español lo supere. J. Mugueta, Gandia, Carreras, que quedó el noveno en los Juegos de París en marathón, y Mendizábal, que se clasificó en las semifinales de los Juegos Olímpicos de Amberes en 1920.

Por esas fechas comienzan a nacer las instalaciones deportivas acondicionadas para el atletismo. Tolosa fué la que abrió marcha con su pista de ceniza. Barcelona con su primer «estadium» y más tarde con el de Montjuich siguió esta carrera. Hasta que Madrid dió el paso siguiente con las pistas de la Ciudad Universitaria. Y desde entonces, poco a poco, 50 pistas han abierto su círculo por todo el territorio español. En esta andadura, Barcelona es la que va a la cabeza —y la Ciudad Condal es la cantera más fuerte de deportistas y atletas de toda España— y Palencia, San Sebastián y Madrid, con su Parque Sindical Deportivo, son ciudades que mantienen dignas instalaciones deportivas.

VEINTE AÑOS DE ATLETISMO

Parece que después de la guerra, una de las lecciones que hubiésemos aprendido los españoles fué la de hacer atletismo. Por serios va la corriente de este queha-

cer deportivo. El Frente de Juventudes, el S. E. U., Educación y Descanso, los cuarteles y las Federaciones. Cada uno desde su campo de acción, todas han empujado una dura batalla para conseguir que los hombres de España aprendan las lecciones que el atletismo enseña y lo mucho que forma.

Cuando el muchacho de veintún años llega al cuárel no sólo va a tener que aprender el manejo de las armas, la instrucción pre-militar o hacer las guardias. Hay algo más en la vida de un soldado: el atletismo. Con una periodicidad más o menos frecuente, controladas las pruebas por el mismo Ejército y persiguiendo una finalidad formativa en todo momento. Incluso durante algún tiempo existió en Madrid al Batallón de Atletismo, en que los soldados que demostraban clase se les adiestraba y entrenaba para su mejor formación.

Educación y Descanso, S. E. U. y el Frente de Juventudes han sido canteras de atletas formidables. La Organización Juvenil ha dado un empuje decisivo para la formación y preparación de atletas que en su día han sido palabras afortunadas lanzando el martillo, corriendo los cien o los mil metros o saltando con pértiga o en longitud. Tanto a través de los colegios y los concursos nacionales escolares, que dentro de poco tiempo, exactamente después de Semana Santa, celebrarán su IX edición, después de pasar por las fases previas de competiciones provinciales e interprovinciales, como en los concursos organizados dentro del Frente de Juventudes. Y el capítulo importante es el haberse ocupado de los muchachos del campo español, que así han tenido un momento favorable de asomarse a un balcón desconocido para ellos.

El S. E. U. también ha dado

su paso firme en este aspecto. Desde los días fundacionales, el atletismo fue algo primordial en la vida del Sindicato. En el año 1940 —durante los días 11 y 12 de octubre—, las pistas de la Ciudad Universitaria de Madrid sentían sobre su ceniza y sobre sus césped casi recién estrenado, el paso apasionado de los universitarios llegados de toda España para competir en los primeros torneos universitarios.

EL ATLETISMO ESPAÑOL, HOY

Del S. E. U., en su labor en pro del atletismo es mucho lo que hay que decir. Ha sido una cantera siempre con el filón abierto y de donde han salido gran cantidad de figuras. Y de hechos, que han dejado el pabellón español, cuando ha tenido que ondear en el extranjero, en unas circunstancias, si no orillantes, sí por lo menos honrosas y a la altura de nuestras posibilidades. España en atletismo siempre ha ido un poco a la zaga de los demás países, por una serie de causas, de las que más tarde hablaré. La entrada del S. E. U. en la F. I. S. U. hizo que los universitarios tuviesen más campo y más camino para sus andaduras y sus esfuerzos. Y hoy es el día en que en España pasan de los 25.000 los universitarios que practican todos los deportes, de los cuales el S. E. U. impulsa, ocupando lugar de primera magnitud, el atletismo.

Educación y Descanso ha sido la Obra Sindical, que a partir del año 1939 ha dado facilidades a los trabajadores, que por cierto han demostrado un espíritu, una entrega que asombra. Tanto ella misma de por sí, como la mayoría de las grandes empresas han ido levantando por toda la piel de nuestra Nación una serie de instalaciones depor-



Un festival del Frente de Juventudes, cantera de futuros atletas

tivas de importancia. A la cabeza, la magnitud y el esfuerzo de una obra maravillosa: el Parque Sindical Deportivo «Puerta Hierro», en Madrid, modelo en su género en toda Europa. Y junto a ellos los de Burgos, Almería, Vall d'Uxó, Tarragona, Mieres, Soria. En construcción, los de Valencia, Barcelona. Y en todos los casos, pistas cedidas a la Organización Sindical, donde los trabajadores pueden practicar el atletismo.

El capítulo grande de este paso dado dentro de la vida del trabajo, aparte de los Campeonatos Nacionales celebrados anualmente en distintas capitales de España, que en La Coruña en su última edición reunieron a 1.018 atletas de Agrupaciones Deportivas de la Obra, 1.110 de Grupos de Empresa y 6.324 de afiliados, lo fuer n los I Juegos Deportivos Sindicales celebrados en Madrid el pasado año.

ESCUELAS Y TECNICAS

Toda esta labor que los distintos organismos preocupados por el atletismo en España están haciendo es un grano más de arena que ayuda a los que ponen las Federaciones Provinciales y la misma Federación Nacional, por medio de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes, El Frente de Juventudes dió un paso firme al organizar los Cursillos de tres años—mes y medio cada uno—para entrenadores, Cursillos que aún siguen. Desde entonces la misma Federación y otras entidades trajeron técnicas, preparadores del extranjero. Las revistas técnicas de estas cuestiones se hojeaban y leían cada día con más apretada pasión. El atletismo exige una preparación científica fuerte. No es un juego de niños en el que lo que hace falta es echarse a correr por la pista o lanzar la jabalina con fuerza. El estudio de las técnicas, de la resistencia de un atleta, son bases, entre otras fundamentales para sacar el máximo rendimiento a un hombre.

Actualmente la Federación estudia la creación de una Escuela de Entrenadores. En atletismo no se da el caso, aunque pueda haber personas que sientan o tengan más afición y hasta aptitud, si queremos, por una prueba determinada, de un entrenador especializado en preparar a corredores

o saltadores. Lo mismo prepara a unos que a otros. Y si el atleta tiene que estar siempre en forma, no dejar jamás el ejercicio físico, el preparador tiene que estar estudiando continuamente.

Hasta ahora el entrenamiento de un atleta se hacía según la especialidad que practicase. Si era un corredor de los 5.000, eran esos metros en los que cada día estaba entrenándose. Pero hoy predomina el «entrenamiento fraccionado». Un día correrá veinte veces la prueba de los 100 metros y al día siguiente diez la de 400, para seguir al día que viene con quince de la de 200. Junto a esto la gimnasia. Y en invierno las carreras por el bosque o en recintos cerrados.

En este sentido se han dado grandes pasos en España. Pero hay que decir que estamos en el comienzo de la mayoría de edad. La Federación trabaja intensamente. Traduce revistas y folletos que envía a todos los preparadores—actualmente hay diecinueve repartidos por Oviedo, Santander, San Sebastián, Gijón, Bilbao, Portugalete, Valencia, Zaragoza, Vigo (2), Almería, Vitoria, Valladolid y Madrid (5), todos dependientes de la Federación, aparte de los que puedan tener otros organismos o Clubs—y a los atletas de verdadera clase, ya que controlados por la Federación hay unos tres mil.

En Friburgo existe un centro experimental y clínico dirigido conjuntamente por el doctor Reindel y el preparador Woldemar Gerchsler. Ambos a dos se dedican a hacer experiencias de la resistencia física de los atletas desde un punto de vista médico, que después aplican al atletismo: las reacciones antes y después de una carrera, el esfuerzo, etc. Allí es donde están actualmente varios médicos españoles y donde acuden con periodicidad los mejores de nuestros atletas. Tomás Barris es un corredor que sigue al pie de la letra las indicaciones de Gerchsler, y bajo cuya palabra ha hecho posible su prometedor avance. De él son las palabras aseguradoras de que puede hacer un buen papel en sus sucesivos encuentros internacionales e incluso en la próxima Olimpiada de Roma.

REALIDADES Y ESPERANZAS

El atletismo español en España

y fuera de nuestras fronteras ha dicho su palabra. En los Campeonatos de Europa, en los encuentros contra Francia en Mónaco, la victoria contra Portugal, el encuentro triangular en Bélgica contra esta nación y Dinamarca y varios festivales atléticos en todos los cuales no era la despreocupación anterior de los atletas extranjeros ante la presencia de los españoles. Ahora eran un enemigo temido. Como lo fueron al quedar primeros en Brasil en la noche que abre y cierra el año, y tercero, cuarto y séptimo individualmente Amorós, Molíns y Alonso.

En este pasado año se han batido en España una serie de records cuya enumeración fría y escueta puede ser una buena lección. En 100 metros lisos Roca consiguió 10"7. Tomás Barris en su especialidad de mediodfondista en los 1.500 metros alcanzó 3'41"7. Los 5.000 metros fueron realizados por Alonso en 14'16"6. Amorós hizo en 29'31"4 los 10.000. Y los 3.000 con obstáculos fueron salvados por Alonso en 8'56"2.

España de lo que más se resiente es en lanzamiento y salto. En carreras dice sus palabras y muestra sus hechos. En salto de altura Arriño alcanzó 192. En salto con pértiga Adarraga hizo 392. Vidal Quadras lanzó el peso a 15,12 metros. Elorriaga tiró el martillo hasta conseguir los 52,98 metros, y la barra fué lanzada por Clavero hasta los 53,97 metros. Precisamente se trata ahora de que la barra vasca sea introducida en las pruebas internacionales.

Acabando con este capítulo, Barris consiguió 8'13"8 en los 3.000 metros lisos y 4'3"2 en la milla. Por último, Navarro realizó los 20.000 metros en 1 h. 5'58"8-10, consiguiendo los 18.205 metros y cuarenta y cinco centímetros en el record de la hora. Aparte de estas pruebas, que ya cuentan con una nueva homologación han sido igualadas otras seis en España.

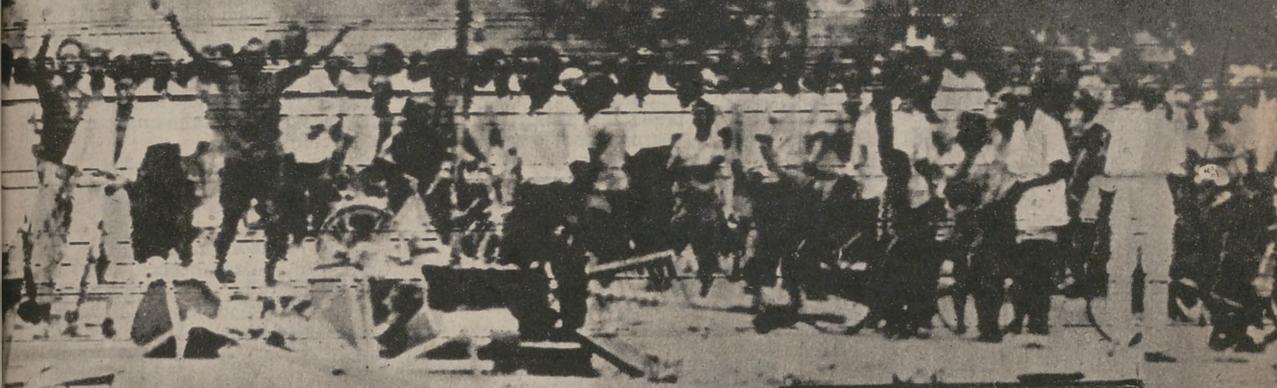
Barris, Amorós, Molíns, Alonso, Marín, nombres que figuran en las competiciones del auténtico deporte amateur. El próximo día 25 de este mes se celebrará en San Sebastián el Cross Internacional. En esta prueba participarán atletas de siete naciones. Esa será la llave que abra la temporada. Y desde entonces hasta el 18 de octubre, veintiséis pruebas a celebrar en España para las dos categorías de «juniors» y «seniors» que la Federación organiza. Aparte los de los distintos organismos que he nombrado. Un programa apretado, denso, en el que se pondrán a prueba las enseñanzas y preparación de los atletas españoles. Hasta que llegue la hora de preparar el pasaporte, porque en las pistas de Francia, Alemania, Bélgica hay unas voces españolas que animan y una bandera que ondea con unos colores que para los atletas españoles son demasiado conocidos. Por esto, y por esa honrilla de los trofeos que adornan las vitrinas de la casa, es por lo que los atletas van. Que no vor dinero.

Pedro PASCUAL

Tomás Barris recibe el trofeo del mejor deportista del año



40



Una de las manifestaciones ocurridas en Leopoldville

LOS SUCESOS DE LEOPOLDVILLE Y LA REACCION DE BRUSELAS

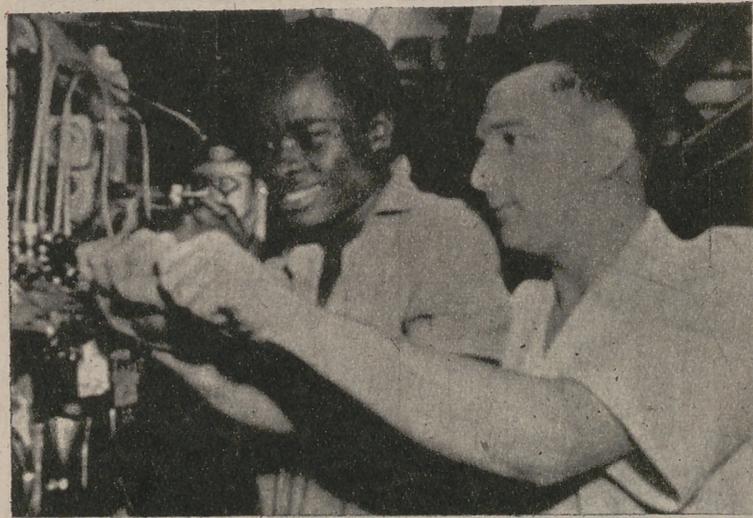
EL CONGO, NUEVA INQUIETUD EN EL AFRICA NEGRA

EN la mañana, a lo largo de la avenida Principe Balduino de la capital del Congo, una muchedumbre que había salido de los barrios indígenas se encontró frente al jardín zoológico —ya en la ciudad blanca—, donde se alineaban varias decenas de automóviles que fueron destruidos. En el restaurante del Zoo, dirigido por un matrimonio francés, el susto fué mayúsculo.

Mientras tanto, otro grupo negro se dirigió hacia el mercado de la ciudad donde las escenas de violencia continuaron. Corrió también la primera sangre. La Policía fué desbordada, por lo que, rápidamente, se pidió socorro a la base militar de Kamina. Pero sólo después de día y medio —casi al mediodía del lunes— pudo decirse que las tropas habían terminado con la revuelta. En Leopoldville una calma angustiosa sucedió a los disturbios. Algunos europeos se decidieron a salir de sus casas armados y en grupos.

Una noticia circulaba: orden de detención contra el alcalde negro del distrito de Dendale: Joseph Kazavubu.

El balance del motín, el miércoles 7 de enero, se estimaba en 50 muertos y un centenar de heridos, pero no se podía saber, con certeza, la cifra exacta porque la ciudad indígena es muy grande y se sabe algunos heridos o muertos han sido llevados a ella. Pero,



Blancos y negros trabajan juntos en las factorías del Congo

¿cuáles han sido las causas exactas del grave acontecimiento? Varias y complejas.

UN DISCURSO PROHIBIDO

Parece que los líderes del movimiento proindependencia tenían preparada una reunión pública que, a última hora, fué prohibida. Un gentío bastante numeroso co-

menzó a protestar vivamente apoyado, al parecer, por el alcalde negro Kazavubu. Un ataque multitudinario contra los policías negros degeneró inmediatamente en avalancha contra los blancos. Después la marcha hacia la zona europea fué cuestión de muy poco tiempo con las invasiones habituales de los «magazines».

Sin embargo, el eje de la cues-

tión residía en la llegada a Leopoldville, después de haber asistido a la conferencia de los pueblos negros en Accra, de los delegados Diomi y Lucumba, donde habían apoyado, con gran vigor, la moción de independencia del nacionalista Mbeya. Por otra parte, y a tenor del movimiento inmediato en el África francesa, de un proceso de autonomía general en todo el África negra.

EL CRECIMIENTO FABULOSO DE LA CIUDAD NEGRA

Como ocurre en Argelia, en Egipto y en general en todo el mundo africano, la capital del Congo ha padecido esta ola de crecimiento inaudito. La ciudad negra, según cuenta Blanchet, ha pasado de 43.000 habitantes en 1940 a más de trescientos mil actualmente. Cuadro impresionante donde el paro afecta a no menos de 25.000 hombres entre los que se reclutaron, naturalmente, los grupos más violentos.

Ese crecimiento revela, a su vez, algo que no es posible desconocer: el esfuerzo belga en el Congo. Esfuerzo evidente en este cuadro de crecimiento demográfico de Leopoldville y no menos importante en el terreno de la instrucción y de la higiene, pero sin acelerar el movimiento político aparte de haber pecado, según se dice claramente en Bruselas, del error de no haber considerado, en sus verdaderas proporciones, la influencia que los acontecimientos generales de África tenían que ejercer en el Congo. Todavía no hace mucho tiempo, según Labrique—antiguo agregado de Prensa en el Gabinete del gobernador general del Congo Belga—, un profesor de la Universidad colonial de Anvers, Van Bilsen, publicaba un «plan de treinta años para la emancipación política del Congo Belga». No deja de ser curioso y aleccionador si se tiene en cuenta la situación actual.

TRECE MILLONES DE HABITANTES

Sobre el territorio del Congo Belga viven 12.500.000 negros y no muchos más de 100.000 europeos que ejercían, sistemáticamente, un plan paternalista de educación de masas al que los jefes nacionalistas reprochaban, úl-

tivamente, su lentitud y el escaso realismo en alguno de los métodos empleados pero que durante medio siglo habían dado resultados. Tal era, al menos, el pensamiento belga.

La proximidad inmediata de Brazzaville, capital de la zona francesa, con el fenómeno de su autonomía, elecciones y referéndum ha acelerado la crisis. Entre Brazzaville y Leopoldville la distancia es mínima y las comunicaciones ferroviarias numerosas, de forma que la población mantiene, además de formar parte, más o menos, del mismo grupo étnico, lazos muy estrechos. De ahí la razón dirá con indudable conocimiento del problema Jean Labrique, de un movimiento de inquietud al ver transformarse en su torno—Angola, Rodesia, Uganda y Sudán—los estatutos políticos sin que en el Congo Belga sucediera lo mismo. Adviértase, no obstante, que el 42 por 100 de su población sabe leer y que el 38 por 100 de la población masculina se ha convertido en asalariada.

EL A. B. A. K. O. Y LOS SUEÑOS NUEVOS

Parte muy importante en los acontecimientos han tenido los miembros de la asociación de los Bakongos—la A. B. A. K. O.—, cuyo sueño es reconstruir, en lo posible, el viejo reino bakongo que se extendió no sólo por el Congo, sino también por un área muy amplia de la actual Angola portuguesa.

Este numeroso grupo humano había entrado ya en escena hace unos años pidiendo el establecimiento rápido de la independencia. Otros sectores del país, sobre todo los negros de Bengala, apoyaron el movimiento de los bakongos, que desde 1956 eran el foco disidente más firme del país, ocupando en la capital, en Leopoldville, una posición decisiva a través de sus alcaldes de distrito entre los que sobresalía, como ya hemos citado, Joseph Kazavubu.

LAS POSICIONES BELGAS ANTE EL CONFLICTO

Ante la creciente agitación del país, y desde luego antes de que se produjeran los motines—Van Hammelrijck, ministro del Congo

Belga y de Ruanda-Urundi había hecho patente a Bruselas la marcha de los acontecimientos.

Durante los últimos cincuenta años—más o menos ésa era la tesis oficial en Leopoldville—el plan del Gobierno para el Congo—política de educación y de lenta promoción social de los nuevos cuadros—parecía suficiente y nadie solicitaba una mayor urgencia a un método que, en su esencia, estaba bien pensado, pero que, en los últimos meses, había sido rebasado totalmente por dos acontecimientos.

Otras circunstancias han surgido que cierran y culminan el cuadro: la crisis económica. Crisis suscitada, en líneas generales, por la recesión mundial, la baja del cobre y otros hechos paralelos que hicieron posible últimamente que en el presupuesto del Congo—por primera vez desde 1908—los gastos fueran superiores a los ingresos.

Al compás de esta crisis se habían creado y fortalecido grupos políticos y nacionalistas que crecían en intensidad últimamente, pese a que los europeos pretendían aprovecharse de las diferencias entre bakongos y bangaleses para impedir una efectiva conexión de las dos grandes agrupaciones separatistas.

En suma, la política belga repentinamente se vió superada por los países vecinos, y al no efectuar rápidamente un cambio de frente los acontecimientos se precipitaron, actuando sobre ellos en cierta forma complementaria la crisis económica y una evasión de capitales hacia Bélgica que se aumentó últimamente.

LAS ÚLTIMAS ELECCIONES MUNICIPALES

Las últimas elecciones municipales en Leopoldville, Elisabethville y Jadotville fueron un aviso de que los belgas deseaban superar la etapa del paternalismo por la incorporación activa de los negros a la política. Pese a que la segregación estaba en trance de superación y de igual manera el racismo, no se quiso dar a la convocatoria electoral un carácter total. Así se redujeron mucho las listas y no se hizo caso en ocasiones de los resultados, pero era un «test» importante y, pese a inevitables insuficiencias iniciales y de prueba, el resultado fué un triunfo para los bakongos y, por tanto, para aquellos que habían iniciado su campaña con un manifiesto de independencia.

Casi al compás de estas ostensibles manifestaciones públicas los belgas habían dado un nuevo paso. Petillon, gobernador entonces del Congo, pronunciaba un discurso, en 1956, que marcaba o quería señalar un nuevo estadio en la fase de incorporación progresiva del congolés a la vida política, les advertía: «Ya no os llamaré por más tiempo "hijos míos", sino "hermanos".» En la línea general de la política de Bruselas significaba el cambio del «paternalismo» a una mayor her-



El general Janssens, comandante en jefe de la Fuerza Pública, con la población de Ndjili



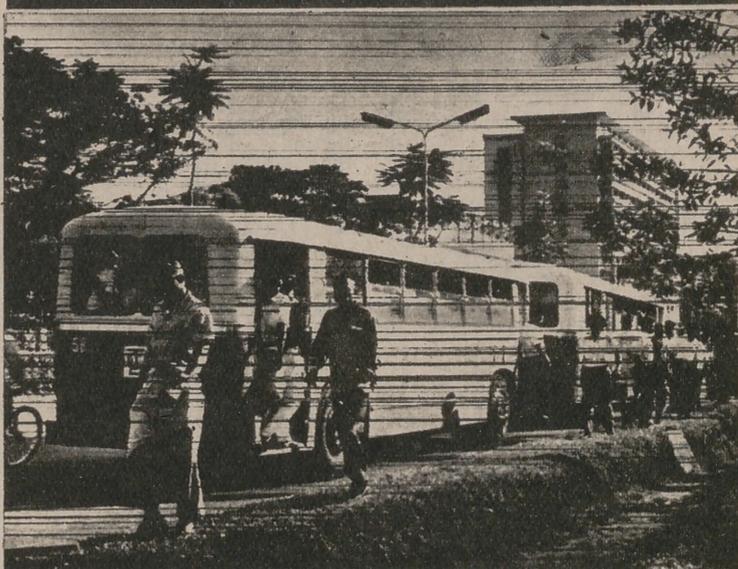
mandad. Pensaba Petillon acaso que después de cincuenta años de estabilidad absoluta el Congo Belga escaparía a la inquietud general del Africa negra, y no ha sido así. Se hubiera necesitado un aislamiento total para seguir por el mismo camino durante treinta años para culminar en el plan trazado anteriormente. La gran ventana abierta en Brazzaville, en el Congo Francés, a 4 kilómetros de Leopoldville, hacía imposible pensar seriamente en el aislamiento. Por tanto, desde ese momento, se podía prever que los procesos políticos de los pueblos africanos alcanzarían igualmente al pacífico Congo Belga donde sólo las sectas primitivas de Kibanguis y Kitewalas—que identificaban al demonio con el hombre blanco—promovían clásicos disturbios.

El plan pacífico de Bruselas, nuevas Universidades para nativos en Leopoldville y Elizabethville—para evitar el desarraigo—no impidió la crisis.

EL PRESUPUESTO DEL CONGO BELGA: INDEPENDIENTE

En el conjunto enormemente dinámico de las revoluciones y cambios actuales, el Congo Belga parece estar desbordado, efectivamente por los acontecimientos. Pero ¿hubieran sido mejores o peores sus frutos de haber procedido de distinta forma? ¿Se hubiera culminado en una progresiva incorporación del pueblo? Estar en pro o en contra sería desconocer que de hecho asistimos hoy a la subversión general de 1.600 millones de hombres en el mundo afroasiático y que este acontecimiento domina todos los otros.

Leopoldville, la capital del Congo Belga



La población de Leopoldville vuelve a sus ocupaciones habituales después de los sucesos

Sin embargo, los cincuenta años de estabilidad y la eliminación progresiva del racismo no había culminado por otra vía en un proceso de integración política. Aun así algunos observadores americanos se quedaban pasmados de que las «villas» aumentaban anualmente en proporciones del 10 por 100 su población. Otra cifra conviene recordar: Bélgica no necesitaba nada más que un 5 por 100 de las exportaciones congoleesas. El resto pasaba a los mercados internacionales, lo que explica que el presupuesto del territorio estuviera garantizado por

su propio comercio sin necesidad de la protección de la metrópoli. Los franceses aducen contra ello que ni el progreso ni la construcción son comparables con algunas de las regiones africanas bajo mandato francés, pero en el orden social—no político—la situación del territorio belga parece superior en bastantes casos. Al menos como experimento no debe desdafiarse.

Todavía no hace un año, Roland Darcy, fiado de este proceso pacífico, decía: «Este paciente edificio económico reposa sobre un concepto social que se traduce

EUROPA Y SU PORVENIR ECONOMICO

EN sólo unos días, los que sirvieron de final al año último y los primeros del presente, la perspectiva económica de la Europa occidental ha experimentado una amplia, radical transformación. En ese reducido espacio de tiempo han ocurrido hechos de enorme alcance, desde un punto de vista económico. Ha ocurrido lo que muchos especialistas han considerado hasta el último momento que no llegaría nunca a producirse.

Estos hechos han sido, como se sabe, la convertibilidad monetaria establecida, primero, en la Alemania occidental, Inglaterra y Francia, y, después, en otros países del occidente europeo; y, segundo, la entrada en vigor del "Mercado Común Europeo".

Lo más importante no es la convertibilidad monetaria en sí misma, sino la coyuntura y la situación económicas que esa recién establecida convertibilidad refleja. Y todavía acaso más importante es que haya sido decidida para dar paso libre a la entrada en vigor del "Mercado Común Europeo", y para que se manifieste ese movimiento de coordinación comercial y arancelaria que se dibuja entre todos los países de la O. E. C. E. De ahí nuestra anterior aseveración. No nos

hallamos sólo ante una nueva fase de la historia monetaria de Europa. Nos hallamos también ante una fase de su estructura económica y comercial.

Sería ocioso, naturalmente, resaltar la importancia que estos hechos tienen para todos los países del occidente europeo, sin excepción alguna. Si ningún entorpecimiento grave dificulta el desenvolvimiento y el desarrollo de este proceso de integración económica, la fisonomía y la base misma de la economía europea quedará profundamente transformada en el curso de los años próximos. No es necesaria ninguna otra aclaración.

España no está integrada hasta la fecha en el "Mercado Común". Pero si está asociada a la O. E. C. E. Esta sola circunstancia es suficiente para explicar la expectación y el interés con que en nuestro país se siguen los hechos a que nos referimos. Es, además, parte de ese occidente europeo, y esta realidad física implica también muchas realidades, digámoslo así, de diversa índole, entre las que figuran en lugar preponderante, las económicas y comerciales. En el año que acaba de concluir, por ejemplo, nuestro intercambio comer-

cial con los seis países del "Mercado Común" casi se ha duplicado. Este tráfico comercial representaba antes, y representa mucho más ahora, claro está, gran parte de nuestro comercio exterior. Resulta evidente que todo cuanto está sucediendo en Europa nos afecta de una manera insoslayable, directa.

El Gobierno español ha seguido en los últimos meses con creciente atención esta nueva perspectiva europea. Y viene preparando desde hace tiempo las medidas necesarias a la vista del desenvolvimiento de esta nueva etapa. Viene también preparando nuestro dispositivo industrial y nuestro complejo económico para afrontarla de la mejor manera. Nuestros Sindicatos, por otra parte, también estudian y preparan desde hace bastantes meses aquellas medidas que puedan ser adaptadas, que puedan ser necesarias. Muchos otros organismos oficiales y privados siguen el mismo camino y despliegan igual actividad. España, en fin, sigue atenta y consciente el curso de estos importantes y alentadores acontecimientos económicos que se están produciendo en nuestro Viejo Continente.

por la evolución de vastas poblaciones indígenas que no viven sobre un sistema jurídico de tribus, sino en el cuadro legal de los europeos... De ahí la ausencia en el Congo de la fermentación suscitada hoy en buena parte de Asia y de Africa.»

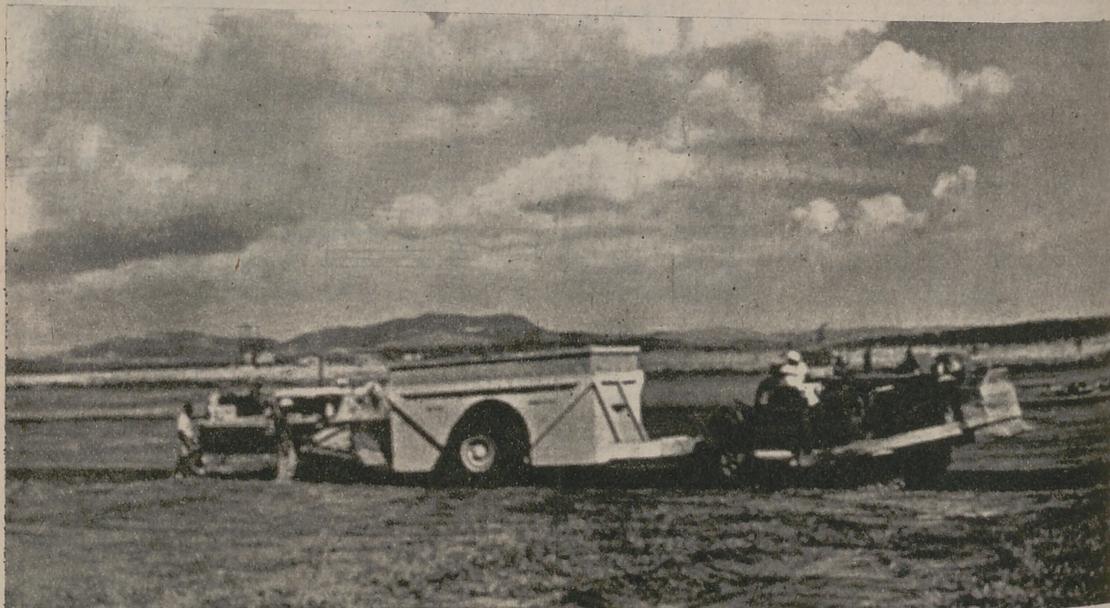
Ya vemos que la experiencia no ha podido completarse ni mucho menos y que, dadas las circunstancias, el Gobierno belga se en-

cuentra ante hechos nuevos que han obligado a reconocer, tácitamente, y en el cuadro de los dos años próximos, la autonomía del territorio.

LA SITUACION ACTUAL: LOS ALCALDES NEGROS ESCRIBEN AL REY

Los alcaldes de los distritos negros de Leopoldville han dirigido

dos telegramas a Bruselas, uno al Rey y otro al primer ministro solicitando la libertad de Kazavubu. El telegrama dice lo siguiente: «La población quiere la libertad inmediata de Kazavubu, igual que la reintegración a sus funciones...» Se habla de que en diversos manifiestos se solicita la libertad de diversos miembros del movimiento A. B. A. C. O. detenidos por las autoridades belgas a raíz de los mo-



La obra de cooperación y mecanización del Congo ha sido impulsada desde la misma Bélgica

tines del sábado, domingo y lunes. En Bélgica, a su vez, los acontecimientos han sorprendido por la inusitada violencia de los manifestantes y la reacción de las tropas. Después de medio siglo de tranquilidad la noticia ha sobresaltado a la gente y los estudiantes de Lovaina, según la agencia A. F. P., han ido a la huelga para protestar contra la represión de las fuerzas armadas.

Mientras tanto, el gobernador general del Congo, Cornelis, hizo público un comunicado declarando que el futuro estatuto del Congo, en estudio por el Gobierno, no podría realizarse nada más que en la paz. Eso mismo, poco tiempo después, lo diría también el Rey anunciando el nuevo estatuto del Congo.

En su mensaje ha dicho que Bélgica está firmemente resuelta a conducir al Congo hacia la independencia «sin retraso innecesario, pero también sin una inconsiderada prisa». El Monarca belga ha dicho también que sólo puede llegarse a ello «mediante instituciones sólidas y bien equilibradas, estructuras administrativas experimentadas, organizaciones sociales económicas y financieras dirigidas por técnicos en las diferentes materias y una formación intelectual y moral de la población, sin la cual un régimen democrático es solamente escarnio, engaño y tiranía».

NOBLE ACTITUD DE LA CAMARA BELGA

El debate en el Parlamento belga ha revestido al tiempo dos actitudes: el reconocimiento de los errores cometidos y el deseo de evitar convertir el problema del Congo en un pretexto «fácil» para la oposición. Los socialistas, efectivamente, no han querido explicitar la situación en su provecho, salvo dos diputados comunistas. En general, y siguiendo las palabras del ministro del Congo, Hemmelrijck, «se ha dejado pasar mucho tiempo sin que Bélgica decidiera su futura política africana. Ahora se ha introducido en el territorio el "virus" político sin tener una idea neta sobre las instituciones a crear ni el procedimiento para dar a las minorías una formación política».

El Gobierno belga ha anunciado en la Cámara y en el Senado que trece millones de africanos del Congo belga serán llamados a votar, sin las limitaciones anteriores, en unas elecciones municipales y rurales que se celebrarán a finales de este año.

En general, a presión por las circunstancias y en medio de una tendencia general del Gobierno, se hace evidente la aparición para un próximo futuro, de otro pueblo independiente en el África negra. Todos los esfuerzos se dirigen ahora a impedir una ruptura total. Las noticias de Leopoldville pueden marcar efectivamente el comienzo de una etapa nueva.

Enrique RUIZ GARCIA

UNIDAD PARCELARIA

VA siendo necesario que los españoles todos miremos con alegres ojos la transformación real de nuestros pueblos y ciudades. Ella va lográndose lentamente, mas con tal profundidad que nuestro recuerdo de la España de ayer resulta empequeñecido, y es preciso, sin más, reconocer que efectivamente esta España nuestra ha cumplido otra vez uno de sus estirones que pudiéramos definir como clásicos en nuestra manera de ser, justamente por la enorme dimensión de las obras acometidas en gran parte, y una buena parte de ésta ya cumplida o en trance de cumplimiento. ¿Será necesario, pese a la distancia y a la niebla que el tiempo pone sobre las cosas, que traigamos a la memoria del lector la estampa veraz de casi todos los pueblos y de muchas de las ciudades, incluso capitales de provincia de nuestro país? Si aquéllos van incorporándose decididamente a la conquista de las comodidades que parecían exclusivamente reservadas en otras épocas a quienes residían en las ciudades, éstas, capitales de provincia en numerosos casos, abandonando la secular pasividad que las mantenía en un aparente letargo entre la tradición intocable y la somnolencia negativa, han hecho impetuoso acto de presencia en la plaza de las necesidades y esperanzas nacionales, dando realidad a insospechados vuelos de realizaciones en los más diversos campos de la actividad humana. Claro que si los primeros, incorporándose al goce de lo que antes tenían por prohibido, y las segundas, acometiendo empresas de tal magnitud cuyo volumen económico haría tildar de locos a quienes hace muy poco tiempo lo hubieran intentado, son el más claro y rotundo exponente de la vieja vitalidad renacida y de la nobilísima ambición de nuestras gentes para ir alcanzando — o importa tras cuántas metas y forzosas detenciones, en virtud de aquel mencionado estirón insólito — un nivel de vida más elevado del que ahora disfrutamos.

Si es larga la mención que pudiera hacerse de cada una de las ciudades objeto de la transformación que hemos glo-

sado brevemente, Soria nos ofrece en estos momentos un ejemplo de cierta consideración, y sólo nos referiremos a uno de los múltiples aspectos que pudieran servir para nuestro aserto. Concretamente vamos a detenernos en lo que atañe a la unidad agraria de las tierras sorianas. No hace falta hablar — pues bastante se ha hablado ya — de cuanto para el campo español ha representado la sucesiva aplicación de la concentración parcelaria en las distintas provincias. Se ha beneficiado positivamente el campo, y también de forma extraordinaria el agricultor. Nada menos que a sesenta y tres pueblos sorianos con extensión superior a las cien mil hectáreas han alcanzado esas medidas protectoras de la agricultura, con lo que, desaparecida esa fragmentación de la tierra, impedimento en muchísimos casos para un cultivo adecuado y unas medidas uniformes de laboreo, su valor real y el de sus productos se ha incrementado en tan notable forma que los propietarios de las mismas, al beneficiarse en sus bienes, saben que este bien se refleja naturalmente sobre la economía de la zona afectada por aquellas medidas de unidad parcelaria.

Todo un programa de realizaciones había de éxitos notables y de indudables mejoras. Pueden citarse la expansión de la red de caminos de varios pueblos del Campo de Gómara, el trazado de buen número de kilómetros de caminos, con lo que al mejorar los accesos a diversas zonas de cultivo dentro, pueblos concretamente de la provincia gozarán de comunicaciones que antes no tenían. Mas no quedan ahí los trabajos planteados y resueltos o en trance de terminación sino que es preciso añadir el abastecimiento de agua potable a diversas localidades, saneamiento de terrenos próximos a los cauces de determinados ríos, y todo ello dará la posibilidad de poner en cultivo nuevas decenas de hectáreas de tierras antes improductivas. ¿No vale todo ello para que mientras España se va transformando así la miremos cada día con más esperanza alegría?

*Usted estará mejor informado
leyendo todas las semanas*

EL ESPAÑOL

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

EL CONGO, NUEVA INQUIETUD EN EL AFRICA NEGRA

LOS SUCESOS DE LEOPOLDVILLE Y LA REACCION DE BRUSELAS

